La Cultura Filosófica En La España Medieval
José Ingenieros



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

OBRA COLABORACIÓN DE USUARIO

Esta obra fue enviada como donación por un usuario. Las obras recibidas como donativo son publicadas como el usuario las envía, confiando en que la obra enviada está completa y corregida debidamente por quien realiza la contribución.

ADVERTENCIA

Desde su cátedra en la Facultad de Filosofía, Ingenieros dictó en 1916 un breve curso sobre la cultura filosófica en España.

Con los apuntes de las clases reconstruyó luego, para la Revista de Filosofía -mayo y julio de 1916- lo más esencial de dicho curso.

Sin consultar al autor, una editorial "Cervantes" de Madrid, editó ese texto en un volumen plagado de errores. Consciente, como pocos, de lo que significa la responsabilidad de un libro, Ingenieros no sólo se sintió ofendido, sino dejó constancia expresa de su desautorización y su protesta.

Con posterioridad amplió el texto primitivo y lo envió con el título Itinerario de la Filosofía española a la "Biblioteca Andrés Bello", de Madrid, que lo había solicitado. Por razones que ignoro, el Itinerario no apareció en la "Biblioteca Andrés Bello" y, lo que es peor, han sido hasta hoy inútiles los esfuerzos para conseguirlo.

En la imposibilidad de publicar el Itinerario, como lo hubiéramos deseado, y con el deseo de no demorar la edición de las Obras Completas, reproduzco ahora -después de la debida explicación -el texto de La Cultura Filosófica en España tal como Ingenieros lo dio a conocer a sus lectores de la Revista de Filosofía.

Aníbal Ponce

LA CULTURA FILOSÓFICA EN LA ESPAÑA MEDIEVAL

I. Las fuentes teológico-escolásticas del pensamiento medieval. -II. La cultura romano–visigoda. -III. La cultura árabe. -IV. La cultura judía.

-V. La cultura cataluño-aragonesa. -VI. La cultura castellana. -VII. Sinopsis.

I. -LAS FUENTES TEOLÓGICO-ESCOLÁSTICAS DEL PENSAMIENTO MEDIEVAL

La habitual cronología política pone como límites de la Edad Media la caída de los imperios de Occidente (476) y de Oriente (1453) Picavet ha discutido esas fechas con relación a la historia de la filosofía; en su concepto, la civilización teológica tiene sus orígenes en el siglo primero antes de nuestra era, y dura diez y seis siglos En el caso particular de la cultura filosófica española los orígenes remontan a la escuela de Córdoba, durante el período hispano-romano y su terminación puede fijarse en el fin del siglo XV, por coincidir el descubrimiento de América y la introducción de la imprenta con la unificación política de la España feudal bajo la hegemonía de Castilla.

La historia filosófica de la Edad Media se caracteriza por el advenimiento de tres religiones orientales monoteístas, derivadas del mismo tronco hebreo. Ellas crean sus Patrologías y sus Escolásticas, siguiendo un proceso semejante. Cada una considera heréticas a las otras dos. Sus teólogos discuten los mismos problemas: Dios y Alma, aquél como creador o esencia del mundo ésta como intermediaria entre -el hombre y la divinidad. Junto a esos problemas aparece el tercero: el valor de la fe como fuente única de toda sabiduría. Antes de reaparecer en las tres teologías la antigua filosofía del mundo pagano, la labor de los docto- res respectivos se ciñe a comentar los textos sagrados -Biblia, Evangelio, Corán –que se consideran como fuentes de la verdad absoluta; para explicarlos y defenderlos tienen las tres iglesias sus Apologistas y sus Padres. Hay una Patrología hebrea y otra musulmana, semejantes a la cristiana.

Más tarde aparecen problemas ajenos a los libros sagrados. Las tres teologías se complican; la dialéctica se desarrolla en las escuelas como instrumento eficaz para la demostración de los dogmas y de la fe; pronto se advierte que el más formidable recurso para cultivar la dialéctica son los preceptos lógicos dejados por Aristóteles. Las teologías cristiana, musulmana y judía, reciben su limitado Aristóteles a través del neoplatonismo alejandrino, siendo esencial en las tres la influencia de Plotino y sus discípulos.

Con ese primer Aristóteles se alimentan las escuelas teológicas hasta la aparición del Aristóteles completo, que inicia la segunda escolástica.

Los árabes y los judíos de Occidente, toman contacto con él, antes que los cristianos; vencidos los primeros y perseguidos los segundos, su herencia pasa a renovar la escolástica cristiana. La filosofía se

introduce en las teologías; las tres llegan a distinguir, más tarde la verdad filosófica de la verdad teológica. Pero el triunfo político de la iglesia de Roma en la Europa Occidental, excluyó las otras dos escolásticas Medioevales, tocándole a la cristiana sufrir la crisis de renovación humanista que remató en el Renacimiento.

La teología musulmana culmina filosóficamente en Averroes; la teología judía en Maimónides; la cristiana en Tomás de Aquino. Las dos primeras mueren absorbidas por las teologías dogmáticas de sus religiones respectivas; la cristiana crece como el poder político de las naciones que la acatan, se transforma por el influjo de las otras dos, se renueva y más tarde se divide engendrando las dos teologías cristianas que siguen oponiéndose en la actualidad la teología católica y la teología protestante.

En ningún país europeo, durante la Edad Media, coexistieron en más íntimo contacto que en España las tres filosofías escolásticas medioevales.

La musulmana y la judía fueron esencialmente españolas con Averroes y Maimónides. La cristiana, que en la Patrología había tenido a Isidoro de Sevilla llegó a contar en Aragón el nombre ilustre de Raimundo Lulio; ninguno igual tuvo Castilla que se distinguió principalmente por el cultivo de los géneros literarios.

Desde la irrupción de las religiones monoteístas en el mundo pagano, hasta la aparición de la escolástica tomista, la península española es la región más interesante para la historia de la filosofía.

II. -LA CULTURA ROMANO-VISIGODA

Las religiones monoteístas de Oriente penetraron a la Europa Occidental con la predicación del cristianismo, que fue una simple herejía con relación a su tronco judaico, como vino a serlo más tarde el protestantismo con relación a la iglesia de Roma. Con grande oportunidad se presentó a la nueva fe en el mundo pagano; su decadencia moral era propicia a una religión de simpleza y virtud, como suelen serlo todas las herejías en sus comienzos.

Su difusión es rápida, nada pueden contra ella las persecuciones. A medida que su influencia crece el cristianismo se adapta al medio. Pónese primero en contacto con la moral estoica, floreciente en Roma; durante muchos siglos Séneca y Cicerón figuran mezclados, en la naciente teología, con los Padres de la Iglesia. Más tarde busca una cultura superior y se abreva sin reservas en el neoplatonismo alejandrino, que la pone en comunicación con la filosofía griega. La patrología cristiana se impregna de ambas y prospera con su ayuda.

Intereses políticos heterogéneos, y diferencias de interpretación de los textos sagrados, engendran las primeras discordancias en el naciente mundo cristiano; durante toda la Edad Media florecen innumerables herejías, que son al cristianismo lo que éste al judaísmo; a la larga ellas son reprimidas por la connivencia de intereses entre los más poderosos monarcas feudales y la iglesia de Roma.

La herejía de Lutero, más robusta, encontró propicios intereses políticos que la consolidaron, consiguiendo afirmarse y crear la nueva iglesia protestante que aún coexiste con la católica, dividiéndose ambas el mundo cristiano.

En esta evolución cultural de la Edad Media, esencialmente religiosa, tuvo España participación marcada, desde los orígenes hasta la renovación final [1].

Siendo provincia romana, la península fue rica y culta. Dio a las letras y a la filosofía latinas ciertos nombres preclaros. Pompeyo favoreció singularmente a Córdoba; César a Sevilla. Esta última llegó a ser un centro de cultura, aunque no produjo ninguna personalidad descollante en la historia del pensamiento latino. Córdoba tuvo una fisonomía intelectual más acentuada; partieron de allí, hacia Roma, algunos eminentes hombres [2]. Debe, empero, su mayor renombre y gloria a Séneca, nacido en el año segundo de la cronología cristiana. Los escritores españoles suelen reclamarlo como compatriota; la involuntaria circunstancia de nacer en uno y otro punto geográfico no constituye la nacionalidad de un pensador, sino

[1] Además de las historias generales de España (dando entre las de autores españoles mayor crédito a la de Altamira) y de las historias de la literatura castellana, hemos consultado con provecho -aparte de los libros especialmente citados: modernos y fáciles de encontrar-, las tres obras monumentales (no obstante su absurdo criterio filosófico) de D. Marcelino Menéndez y Pelayo *(Ciencia Española Heterodoxos e Ideas Estéticas en España)* y los únicos dos tomos publicados de la erudita y excelente *Historia de la filosofía española* de Bonilla y San Martín. Aunque menos, también nos fue útil el "Discurso Preliminar" a las *Obras escogidas de los filósofos*, por D. Adolfo de Castro. (Tomo LXV de la "Biblioteca de Autores españoles", 1893.)

[2] En las letras y la retórica duran los nombres de Porcio Latrón, Junio Galión, Turrino Clodia, Víctor Statorius y del retórico M. A. Séneca, padre del filósofo. Fueron nativos de la península -además de los cordobeses Lucano y Marcial- Deciano de Mérida, Cayo Higinio de Valencia y los dos Balbo de Cádiz, que florecieron bajo la República. Huesca tuvo una escuela floreciente, fundada por Sertorius.

su compenetración con la cultura nacional. Si Séneca no asimiló la de España, pues su estoicismo no era de origen peninsular, es indudable que en todo tiempo sus doctrinas tuvieron marcada influencia sobre los moralistas de la península [3].

Aparte de las obras literarias que se le atribuyen –diez tragedias de visible inspiración griega-, sus escritos filosóficos le acreditan como el más feliz expositor de las doctrinas estoicas. Su biografía y bibliografía son bien conocidas: sus *Epístolas a Lucilio* han sido copiadas e impresas más que ninguna otra obra filosófica. Fue eminente eticista; poniendo los fundamentos de la moral en la dignidad humana, aparte de todo dogmatismo religioso, conservó firme prestigio entre los hombres superiores de todos los países y de todas las creencias; el estoicismo ha sido siempre una aristocracia moral. Su influencia en España fue, considerable por la circunstancia de abundar moralistas, como consecuencia de frecuentes relajamientos de las costumbres políticas, sociales y religiosas.

Durante los primeros siglos el cristianismo lo aceptó de buen grado, inventándose la leyenda de las relaciones entre Séneca y San Pablo, y sobreentendiéndose que fue adicto al cristianismo. Lo que, más tarde vino a probarse inexacto.

Merece particular mención el insigne rector y pedagogo *M. F.*

Quintiliano, nacido en Calahorra a mediados del siglo primero. Después de estudiar en Roma, regresó a la península de donde fue llamado a la metrópoli por Galba, quien le distinguió muchísimo, lo mismo que Domiciano. Grande fama alcanzó como profesor de elocuencia y tuvo muchos discípulos siendo el más ilustre de éstos Plinio el Joven. Su *Institutiones Oratoriae,* en doce libros, constituye un verdadero tratado de pedagogía, lógica y ética, particularmente aplicadas a la educación de los oradores. Es visible en la obra entera una marcada influencia de Cicerón, a quien procuró imitar, no sin ingenio como en las de su modelo, flota en ella un espíritu conciliador y acomodaticio, diluyendo la severa moral estoica en proporciones que la hicieran agradable a los hombres de inundo. Su autoridad se mantuvo mientras la retórica guardó su antiguo prestigio, decayendo con ella.

Por la misma época que Quintiliano en Roma, floreció Mo*derato* en Cádiz, expositor de la doctrina pitagórica a quien menciona Porfirio en las biografías de Pitágoras y de Plotino; Bonilla y San Martín ha publicado los exiguos fragmentos que Estabeo le atribuye.

Al decaer la dominación romana, la península se vio sucesivamente solicitada por dos influencias religiosas (cristianismo y arrianismo), cuyas luchas caracterizan su historia cultural hasta la invasión de los árabes.

El cristianismo penetró precozmente, alcanzándole algunas de las persecuciones imperiales. A principios del siglo XV el poeta cristiano C. Vecio Aquilino Juvenco escribió una historia evangélica en verso y otros varios libros de apologética cristiana. Uno de los primeros obispos, Osio de Córdoba, intervino en el Concilio de Nicea, en *325,* para combatir el arrianismo. Se le atribuyen inclinaciones platónicas e hizo traducir al latín el *Timeo* por Calcidio; éste, de quien se tienen pocas noticias, era un comprometedor mezclista de neoplatonismo y cristianismo, sin importancia original. Discreto poeta aunque modestísimo pensador fue M. A. Prudencio Clemente, nacido en Zaragoza (?); a fines del siglo IV escribió en defensa de la religión y contra las herejías, imitando a los apologistas de su tiempo y a su contemporáneo – Agustín de Hipona.

Las herejías adelantáronse en importancia al cristianismo peninsular.

Prisciliano (de 350 a 4,00), docto y virtuoso gallego, fue educado en la escuela de los gnósticos Marco y Elpidio. Hubo muchos priscilianistas en España, inclusivo algunos obispos, excomulgados en *380* por el Concilio de Zaragoza. Prisciliano, electo obispo de Avila, fue más tarde perseguido y decapitado, por orden del emperador, junto con varios de sus principales partidarios. Era un tanto original, dentro de su gnosticismo, mezcla de magia y astrología con el cristianismo; reclamaba el derecho de crítica de los textos religiosos y propició una moral ascética. Introdujo la influencia oriental. Su exégesis es reciente (Schepps, *1886);* en un muy interesante capítulo estudia su personalidad y su influencia un docto benedictino francés [4].

Contra Prisciliano escribió el monje Baquiario dos opúsculos de polémica. Su herejía agitó durante algún tiempo la vida religiosa penin- sular, siendo el eje de las mayores disputas hasta el advenimiento del arrianismo visigodo, en el cual se refundió.

[3] Ángel Ganivet, en su magnífico *Idearum Español (1899),* afirma que el "senequismo" es una característica de la cultura peninsular, parecer com. partido, antes y después, por otros escritores españoles.

[4] Dom Leclercq: *L'Espagne Chrétienne,* 1906.

Las incursiones de alanos, vándalos y suevos, comenzadas en España en los primeros tres siglos acentuáronse en el IV; en el V fue definitiva la invasión de los visigodos [5]. Profesaban éstos el arrianismo, herejía derivada, como el priscilianismo, del gnosticismo alejandrino.

La crisis política y social del imperio romano acercábase a su término.

Teodosio dividió el imperio (395) El de Oriente alcanzó cierta estabilidad y grandeza, prolongándose hasta el advenimiento de la dominación turca (1453); el de Occidente no llegó a durar un siglo. En el imperio oriental siguióse cultivando la filosofía, mezclándose las fuentes griegas con las asiáticas. En el Occidente decayó mucho la cultura filosófica, mirada al principio con desconfianza por el cristianismo triunfante; Justiniano en 579, no vaciló en cerrar las escuelas de filosofía, entendiendo favorecer con ello a los inseguros teólogos cristianos.

Los primeros apóstoles habíanse jactado de su ignorancia y pobreza; entendían que la ciencia era innecesaria para comprender su doctrina y que las riquezas no eran indispensables para servir a Dios. Al surgir la época de controversia, los doctores cristianos viéronse forzados a lustrarse, abrevándose en las fuentes paganas [6] Los Padres de la Iglesia no llegaron, sin embargo, a poseer un definido sistema filosófico; en sus manos la filosofía se convirtió en una preparación para la teología. Los padres platónicos predominaron, encabezados por Agustín de Hipone (354-430); los padres peripatéticos fueron menos escuchados, influidos por Boecio (470-576), que introdujo el único Aristóteles de la primera escolástica, lo que le valió morir en el suplicio, aunque converso.

Sobrepuestos los textos sagrados a toda razón o experiencia, el espíritu crítico y de libre examen tradújose por una pululación de herejías, que en los siglos VIII y IX llegaron a ser una epidemia. Habrían variado, ciertamente, las suertes de la cultura europea medieval, si los monarcas feudales no hubiesen favorecido a la iglesia católica principalmente Carlomagno; éste, lector de la *Ciudad de Dios* de Agustín, propulsó las ciencias y las letras con una orientación estrictamente teológica y religiosa.

Todo el período patrológico sigue ocupado por la lucha contra las herejías; ello se advierte, como en todas partes, en España.

Los visigodos eran secuaces de Arrio, famoso hereje de Alejandría.

Temperamento de Apóstol, familiarizado con la filosofía de Aristóteles y Platón, atacó la doctrina de la divinidad del Verbo, negando que Cristo fuese Dios; fue condenado por el concilio de Nicea. Aunque repuesto por Constantino el obispo Atanasio de Alejandría (296-373)

negóse a admitirlo, combatiéndolo en vida y después de muerto. Por el obispo Ulfilas que en Constantinopla había conocido a Arrio, los godos recibieron el arrianismo; fue poderoso hasta el siglo VI, teniendo numerosas iglesias y obispos, con el apoyo de muchos reyes, en todo el occidente.

La conquista visigoda trajo en la península una ardiente lucha entre cristianos y arrianos. Los discípulos de Prisciliano recibieron el arrianismo con simpatía y coadyudaron a su florecimiento, hasta fines del siglo VI. A combatirle, en la primera mitad del siglo V, dedicáronse los obispos cristianos -ldacio, Draconcio, Orensio, etcétera-, sin muy buena fortuna, por no tener de su parte a los reyes godos.

Destácase entre ellos Pablo Orosiol, discípulo de Agustín, sin originalidad; sus escritos son polémicos y su *Apología del Cristianismo,* aunque publicada en concepto de historia universal, es puramente apologética.

En el siguiente siglo Martín Dumiense, natural de Hungría, llegó a Galicia y convirtió a los suevos; influenciado por los alejandrinos y por Séneca, escribió sobre temas morales, revelándose recopilador poco original.

En la segunda mitad del siglo VI, el obispo de Cartagena, Liciniano, desterrado por el rey Leovigildo, escribió algunas polémicas contra los herejes; Menéndez y Pelayo le considera influenciado por Platón.

La capital visigoda, que fuera desde 441 Sevilla y Toledo desde 567, fue, por ese entonces, el teatro de luchas terribles entre arrianos y católicos. Al partir Leovigildo dejó en Sevilla a sus hijos, Hermenegildo como virrey y Leandro como obispo. Influenciados estos últimos por el antiarrianismo de Atanasio, convirtiéronse al cristianismo y se revelaron contra su padre. Hermenegildo fue vencido y ejecutado; Leandro, y su hermano Isidoro que vino a sucederle en el obispado, no cejaron por eso en su predicación de la fe. Las suertes del cristianismo en la península se vieron favorecidas grandemente desde 586 por la

[5] Sobre este período puede leerse la excelente Historia de las instituciones sociales de la España Goda, de Pérez Pujol.

[6] Ver: L. GRANDGEORGE: *Saint Augustin* et le *Néo-Platonisme* (Bibl. de L'Ecole des Hautes Etudes, section de Sciences Religeuses), edit. Lerroux, París, 1896.

conversión del rey Recaredo; en el tercer concilio de Toledo (589) el rey y toda su corte abjuraron la religión visigoda, adoptando oficialmente la cristiana y el idioma latino. Por el año 600, bajo el Papa Gregorio I, la conversión extendíase a todos los dominios visigodos.

El término de esta contienda coincide con la aparición de una figura eminente en patrología cristiana: *Isidoro de Sevilla* (570636) incomparablemente superior a cuantos otros le precedieron y siguieron en España, durante la edad media godo-cristiana. llustradísimo para su tiempo, fue enciclopédico. Además de escritos históricos y literarios, sus obras fundamentales refiérense a la teología moral. Debe su mayor notoriedad a su famoso enciclopedia *Orígenes y etimologías,* en veinte libros, que contienen todo lo que podía saber un erudito en el siglo VII. Es una verdadera suma; interesa más por la cantidad de conocimientos en ella acumulados que por la originalidad doctrinaria o el vuelo metafísico, por cuya razón le asignan rango secundario los historiadores de la patrología.

Su importancia en la península fue enorme; fuera de ella alcanzó bastante notoriedad, siendo muy citado en los comienzos de la escolástica cristiana. Vicente de Beauvais tomó las *Etimologías* de Isidoro como ejemplo para su famoso *Espejo Mayor*. Durante mucho tiempo se le atribuyen las Falsas *Decretales* que tanto dieron que disputar en la Edad Media. Su biografía y bibliografía son muy considerables [7].

Tuvo numerosos discípulos; el obispo de Zaragoza, Braulio, ordenó sus *Etimologías* en la primera mitad del siglo VII, Eugenio, lldefonso y Julián obispos de Zaragoza; Constancio de Palencia, y otros de menor cuantía. La escuela de Sevilla tuvo, por esos tiempos, la hegemonía la cultura peninsular [8]Durante los siglos VII y VIII la cultura cristiana decae, en general.

El catolicismo, triunfante, se inmiscuyó en la política temporal, y con ello sobrevino la corrupción del clero, en cuyos altos cargos se filtró la nobleza visigoda; ello se desprende de las declaraciones de los padres y de las decisiones de los concilios. No sorprende que en el eclipse de la monarquía visigoda, en el Guadalete (711), la nobleza y el clero estuvieran representados por dos traidores, un conde y un obispo.

Desde ese momento la nueva civilización árabe se sobrepone a la visigoda; su religión y su teología, maduradas en Oriente, llegan a constituir una importante rama de la escolástica musulmana en la península por los mismos siglos en que la cristiana florece en Europa.

III. LA CULTURA ÁRABE

La decadencia cultural que acompañó la caída del imperio de occidente, fue menos intensa en el oriental, donde persistió cierto afán de estudio. De Bizancio aprendieron los sirios y de éstos los árabes, que más tarde transmitieron al occidente de la filosofía griega. La grandeza del imperio islámico, a partir del siglo VIII, acompañóse del singular florecimiento de las ciencias y las artes, fundándose escuelas donde comenzó a cultivarse la filosofía alejandrina, cuya influencia es en ella evidentísima [9]. Antes de ese contacto con la filosofía griega, el islamismo había engendrado muchas sectas y escuelas, cuyo objeto era co- mentar la teología mahometana [10] Cuando vinieron a apartarse del dogma, los filósofos tuvieron que luchar grandemente con los doctores místicos, contrarios a toda especulación que pudiera comprometer la fe.

En el mundo árabe el peripatelismo prospera, sin embargo, a través de los comentaristas neoplatónicos. Al- asel (después de Al Kindi, Alarabi e Al-Sina), opúsose en nombre de la fe a toda ciencia fundada en la razón, llegando a predominar en oriente; en cambio, en occidente, la filosofía arábigo-española volcóse provisoriamente del lado aristotélico, principalmente con Averroes, para volver más tarde al algacelismo y reconstituirse como simple teología religiosa, cuando ya el imperio musulmán declinaba en la península.

Nacida de la interpretación del Corán, la filosofía musulmana iníciase con sutiles discusiones teológicas sobre las relaciones entre Dios y la Naturaleza, para continuarse en inequívocas interpretaciones de la influencia de la divinidad de la libertad humana. Estos problemas -de origen el uno y de ética el otro-, son los temas que predominan en la primera teología árabe, de igual modo que en las teologías judaica y cristiana. Dan los árabes mayor importancia práctica al problema de la libertad, que llega a ser el eje de

---

[7] obras Completas, magistralmente comentados por el jesuita Arévalo, Roma, 1797, en VII *volúmenes*. Monografía de Menéndez y Pelayo, en los *Estudios de Crítica Literaria,* Madrid, 1884. *San Isidoro, obras e influencias,* por CARLOS CANAL, Sevilla 1897. Etc.

[8] ABATE BOURRET: *L'Ecole Chrétienne de Séville,* etc, París, 1855.

[9] Ver E. VACHEROT: *Histoire critique de l'Ecole d'Alexandrie,* III vol, París, 1846-1851.

[10] Ver O. HOUDES:*L'Islamisme, edit.* Lerroux, París, 1909.

las tres sectas que disputan la supremacía en el seno de la religión. La afirman los Kadritas; la niegan los Djabaritas, para subordinarla a Dios, y caer en el fatalismo; los Motazales intentan un eclectismo conciliador aunque supeditando la libertad humana a la voluntad divina. Otros problemas se presentaron a la reflexión y a la disputa cuando los califas abásidas (Al-Manzor, Haroum- al-Raschid, Al-Mamoun) fundaron escuelas y abrieron bibliotecas, disponiendo la traducción de obras científicas, literarias, filosóficas y religiosas pertenecientes a cinco literaturas: griega, judía, siria, persa e india, a fines del siglo VIII y principios del IX [11]. La cultura arábiga llega, más tarde a estar representada por dos grandes escuelas la de Bagdad, (IX-XI) y la de Córdoba (XII-XIII). Por su orientación filosófica, su valor intrínseco y su influencia sobre la cultura europea, reviste más importancia e interés la escuela árabe-española.

Los filósofos musulmanes de España, en mayor proporción que los de Oriente, introdujeron en Europa el aristotelismo, preparando la renovación de la escolástica cristiana. El paso enorme que se advierte entre Agustín y Tomás, fue en gran parte resultado de su labor combinada con la de los judíos. Su civilización tuvo otros méritos, que la colocan más alta que la Europa cristiana de su tiempo. Dos grandes ramas de las ciencias naturales, las matemático-astronómicas y las médicas, fueron cultivadas por ellos con grande afán y fecundos resultados; ese movimiento científico es más representativo si se tiene en cuenta la confusión reinante en el mundo cristiano, nunca tan grande en el mundo grecolatino. Por un lado se estudiaba la naturaleza y por otro el hombre, es decir, las bases reales de toda filosofía posible; de esas dos grandes fuentes está impregnada la cultura musulmana y sus datos desbordan constantemente los límites dogmáticos impuestos por los teólogos y los fanáticos islamitas [12].

Los comienzos del islamismo en España no son brillantes. En los primeros tiempos fueron los cristianos y judíos, sometidos a su dominio, los que tuvieron algunas preocupaciones culturales; en la medida en que aquellos respetaron su libertad de cultos, los cristianos mozárabes continuaron la tradición isidoriana del cristianismo visigodo y los judíos cultivaron su propia teología.

La conquista de España por los árabes fue interrumpida. En 711 los moros dieron muerte al último rey visigodo, Roderico; un año después reinaban en Sevilla y a poco andar solamente Asturias y Galicia escaparon a su dominación. Instalada su capital en Córdoba (715), el gran califato de Occidente se preparó a culminar en las artes las ciencias, las letras y la filosofía [13] Desde el omniada Abderramán (755), el desarro- llo es incesante hasta Abderramán III (912-961), en cuyo tiempo alcanzó Córdoba su apogeo y fue asilo para sabios de lejanas tierras. La hegemonía peninsular, que ya tuviera en la época hispano-romana, fue superada durante el esplendor de los omniadas; Córdoba fue la ciudad más opulenta del Occidente y rivalizó con las mayores orientales. Hacia fines del siglo X los árabes introdujeron el papel en España y en Sicilia.

En el XII, Córdoba madre de Séneca, se ilustra con Averroes, precedido por otros pensadores y teólogos de su raza. Toledo, gran centro morisco desde el siglo VIII yo sitio de un emir subordinado al califa de Córdoba, indenendizóse en 1035, creando escuelas propias de teología, artes y ciencias, y asimilándose completamente a los cristianos mozárabes; baste recordar que en el siglo XVI toda la población seguía hablando árabe y fue menester que los reyes españoles impusieran oficialmente el castellano [14].

Nacido en Zaragoza a fines del siglo XI, *Avempace*, o lbn-Badja, murió en 1138 en Marruecos. Dentro de la teología árabe sigue principalmente la influencia de Al-Farabi, y, como él, no se pronuncia sobre el problema de la inmortalidad del alma. En las demás cuestiones, y en toda su vasta cultura, revélase repetidor del aristotelismo neoplástico, que sigue en sus explicaciones sobre el intelecto activo y las diferentes especies de alma, lo mismo que en cuanto respecta a la lógica. En su concepción de la vuelta a la Unidad, mézclase la teología árabe con la doctrina aristotélica de la materia y la forma, a la que aportó modificaciones de alguna consideración. Escribió muchas obras, y todas ellas fueron combatidas por los partidarios de Al-Gazel. *Su Régimen del Solitario* fue expresamente analizado por Munk [15].

---

[11] Ver CARRÁ DE VAUX: *Avicena,* París, 1900. (Capítulo III: "Los Traductores")

[12] Menéndez y Pelayo, para explicar la poca influencia de los árabes en la formación de la lírica española advierte que ellos se ocuparon principalmente de ciencias y filosofía.

[13] Sobre las escuelas superiores de los árabes en España, PAUL MELÓN: *L'enseignement supérteur en Espagne*, París, 1898.

[14] FRANCISCO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ, en *Importancia de la Cultura* de los *Árabes españoles*, y en otros muchos escritos, ha ilustrado esas cuestiones.

[15] MUNK, excelente artículo sintético en el *Dictionnaire des sciences philosophiques* de Ad. Franck, página 743, edición de 1875.

Abel-Tofail o Abubacer árabe de Andalucía, nació a principios del siglo XII y murió en Marruecos en 1185. Su preocupación principal es conciliar la filosofía con la religión, oponiéndose con vehemencia a los secuaces de Al-Gazel. Entiende que deben ser idénticas las conclusiones de las ciencias y los principios teológicos del libro sagrado; eso le permitió cultivar a Plotino, con la certidumbre de que la razón corroboraría la fe. En su sentir, la religión es la forma que la filosofía adopta para llegar hasta el alma de los creyentes simples, y la filosofía es una meditación docta sobre el contenido esencial de la religión. La sabiduría permite acercarse a Dios mediante meditaciones más profundas, hasta confundirse con su espíritu mismo. Además de médico y matemático, era poeta, circunstancia que influye en sus escritos filosóficos, siempre alegóricos e imaginativos; en El *filósofo autodidacto* un huérfano solitario crece en una isla desierta y su sola reflexión le lleva hasta conocer a Dios y compenetrarse con él, de igual manera que otros llegan a ello por la instrucción teológica. Infiere de ello que la filosofía y la religión enseñan las mismas verdades [16]

La exégesis de Munk [17]y de Renán [18]an contribuido grandemente a una estimación sintética de las obras del cordobés *Averroes,* o Ibn-Hoschd (¿-1198), y de su influjo sobre la escolástica cristiana. Fue el más notorio de los filósofos árabes de Occidente; tuvo una cultura comparable a la del oriental Avicena a quien aventajó, sin duda, por la cantidad de su labor y por su influencia. Su vida fue de fortuna variable, unas veces cadí en Sevilla o Córdoba y obras médico de la corte de Marruecos; fue, al fin, perseguido por los mismos sectarios de la dinastía almohade que antes le favoreciera decididamente [19].

Entre los comentaristas árabes de Aristóteles ninguno le iguala.

Con excepción de la *Política y la Historia de los animales,* no existe un solo tratado que no comentara una o varias veces. Es importantísimo tener presente que, al comentar las teorías de Aristóteles, supo separar de ellas algunas infiltraciones neoplatónicas, distinguiéndolas aun en los casos en que se inclina hacia las últimas. En cuanto respecta a la causa final que pone en movimiento al mundo, se apartó del maestro para aceptar la teoría alejandrina de la emanación, más conforme con su teología islamita. Como era corriente en su tiempo y en su medio, aceptó la concepción de una causa única y suprema que produce las cosas reales y vivientes, irradiándose en una serie de esferas jerarquizadas; negaba la Providencia y la creación del Mundo, reconociendo que una inteligencia única animaba el Universo y los hombres, cuyos actos y funciones eran formas y efectos de aquella misma causa, pero acordando a la materia eterna una importancia mayor que el propio Aristóteles.

Fuera de estos principios, inherentes a su teología, muestra un acentuado racionalismo, como el que aparece en Maimónides, aunque tiene en menos estimación al hombre y sus aptitudes; cree en la importancia fundamental de la ciencia y en la inferioridad del éxtasis para llegar al conocimiento de la verdad, pero no disimula que la inseguridad de la sensación es un obstáculo para alcanzarla.

Por algunos aspectos sus escritos resultan inferiores a los de Avicena, que era indudablemente más fuerte en ciencias naturales. Pero su mérito es incomparablemente superior como comentarista de Aristóteles y éste es el lado positivo y útil de la filosofía árabe. Escribió los "grandes", "medianos" y "menores" comentarios, que fueron pronto traducidos al latín, revelando a los escolásticos cristianos un Aristóteles completo e inesperado.

Fundándose en las premisas teológicas del emanatismo, inclinóse Averroes a considerar que entre todos los hombres, formados de un espíritu único y semejante era imposible hacer distinciones de mérito o demérito, de precio o de expiación después de la muerte; de allí surgía la conclusión ética de la indistinción entre el bien y el mal, lo justo y lo injusto, la recompensa y el castigo. Consideraba insubsistentes las aseveraciones de los platónicos sobre el porvenir de las almas; sin negar que ellas pudieran interesar el egoísmo de los hombres ignorantes para inducirlos a practicar el bien, hace constar que conoce hombres moralísimos que las rechazan y cuya virtud supera a la de muchos que las admiten.

Esta doctrina, exagerada en las frecuentes imputaciones de los escolásticos cristianos, fue por éstos considerada peligrosa para la moral y tornóse en blanco de sus formidables ataques [20].

---

[16] MUNK, noticia en el diccionario de Franck.

[17] S. MUNK: Mélanges de Philosophie juive et árabe, París, 1859.

[18] E. RENAN: Averroes et l'Averroisme, 1852, París.

[19] Datos interesantes sobre su familia y su vida, en CONDE: *Historia de la dominación de los árabes en España.*

[20] Sobre las luchas contra el averroismo, BRUCKER: *Histoire critique de la Philosophie,* vol. IV.

Sus discordancias acerca del problema del libre albedrío fueron también muy combatidas; oponíase al fatalismo de una predeterminación providencial, en cuanto ello contrariaba la moralidad del esfuerzo por la perfección individual; pero no afirmaba que el hombre fuera absolutamente libre de sus actos, por cuanto ellos dependían de una cantidad de factores internos y externos a los que no podía sustraerse, y cuya subordinación a las leyes de la naturaleza sólo podía ser accesible a la presencia divina.

Su discutida teoría de la unidad del entendimiento puede interpretarse como un resultado de dos premisas, la universalidad de los principios de la razón pura y la semejante constitución psicológica de todos los hombres: si iguales inteligencias se aplican a estudiar principios universales, tienen que llegar a una misma y única concepción de las cosas. Caben, naturalmente, otras interpretaciones.

Averroes representa en el pensamiento árabe la reacción de las ciencias y de la filosofía contra el misticismo neoplatónico de Al-Gazel.

Este había escrito *La destrucción de los Filósofos* para atacar a Aristóteles y a los árabes Al-Farabi e Ibn-Sina, que tiene por aristotelizantes; Averroes refutó brillantemente a Al-Gazel en su *Destrucción de la Destrucción,* que es el mejor escrito polémico de todo el averroísmo.

Sus tratados para demostrar la concordancia entre la religión y la filosofía, tuvieron tanta influencia como sus disertaciones sobre el *Organon* aristotélico; pero bien pronto el algacelismo prevaleció entre los árabes y sus obras fueron proscritas a punto de ser los judíos quienes las tradujeron y transmitieron a la Europa Occidental.

La unidad filosófica de los escritos de Averroes resulta escasa. Su deseo de ajustarse a la teología islamita le lleva a tomar mucho de Plotino para los problemas de la divinidad y del alma; en todo lo demás se ciñó a un aristotelismo bien comprendido. Fuerza es confesar que la alternación de estas dos corrientes opuestas suele aparejarse de situa- ciones contradictorias y, confusas, como ocurre con todos los eclectismos.

Por eso fue igualmente descalificado por los teólogos árabes y por los cristianos, no obstante las concesiones a la religión, que tanto aumentaron sus contradicciones con el aristotelismo.

La influencia de los árabes [21]fue inmensa en todo el mundo occidental.

Sus escritos fueron el principal elemento para la transformación de la escolástica cristiana, gracias a la sustitución del primitivo e incompleto Aristóteles, por otro relativamente depurado y completo.

Gerbert, más tarde Papa Silvestre II, había frecuentado las escuelas árabes de España, aprendiendo en Sevilla las ciencias y la filosofía que se enseñaban en el mundo musulmán de entonces. Alberto el Grande tomó sus Aristóteles de esas mismas fuentes. Tomás de Aquino bebió más directamente en Averroes, y en su pequeño tratado *De la unidad de la inteligencia, contra los sectarios de Averroes,* intentó exponer las doctrinas del árabe, aunque criticándolas con el espíritu de la teología cristiana.

El propio Raimundo Lulio renovó el ataque muchas veces, con más vehemencia que acierto, sosteniendo que Averroes interpretaba mal el sentido de ciertas proposiciones aristotélicas. Los otros maestros de la escolástica, de los siglos XIII a XV, están todos endeudados con Averroes.

Si algunos lo profesaron abiertamente, como ocurrió en la escuela de Padua, los demás pronunciáronse contra el mismo de quien aprendían; pues no debe olvidarse que árabes, cristianos y judíos pretendieron ver en Aristóteles un aliado de sus respectivas escolásticas anteponiendo a todo criterio el de su particular verdad religiosa, que cada iglesia consideraba absoluta.

Las suertes políticas de la civilización hispano-arábiga cambiaron en el siglo XII. Desde fines del XI Sevilla comenzó a eclipsar a Córdoba, alcanzando a contar 400.000 habitantes; en 1110 entraron a dominar los almoravides. Por el mismo tiempo los árabes tenían otro gran centro de estudios en Toledo. Las victorias castellanas de Fernando III quitá- ronle a los árabes la paz, y con ella se disolvieron sus ciencias y sus letras; en 1248 el rey castellano incurrió en la grave culpa de decretar su expulsión, haciéndola efectiva sobre 300.000 árabes radicados en el territorio de Sevilla. Los destinos siguieron adversos para la civilización islamita; de 1250 a 1492 vivieron en guerra continua, conservando solamente el reino de Granada donde su cultura decayó profundamente, sin alcanzar en momento alguno el desarrollo que antes en Sevilla y Toledo, ni mucho menos la esplendidez intelectual de Córdoba. Con Averroes termina y culmina la filosofía árabe en España; después de él cesan los estudios propiamente filosóficos -sospechados de heterodoxia-, y la escolástica árabe desciende a ser, como en sus comienzos,

---

[21] JOURDAIN: *Recherches critiques sur l'age et sur I'origine des traductions latines d'Aristote;* BRUCKER: *Hist., critique de la philosophie,* vol. III; UEBERWEGG: *Grundriss der Philosophie,* vol. II; MUNK, RENAN, PICAVET, obras citadas.

una simple teología interpretativa de los dogmas religiosos. Al-Gazel triunfa, con su contagio de Plotino; Aristóteles queda proscrito y pasa en herencia a la escolástica cristiana.

Ciencias artes, filosofía, toda la civilización árabe corre un destino paralelo al de su ruina política.

IV. -LA CULTURA JUDÍA

Son bien conocidas las características del pensamiento filosófico judío. Una evolución continua puede advertirse desde la primitiva literatura talmúdica, pasando por la fusión greco-hebraica de Filón, hasta el florecimiento de estudios cabalistas, ya importantes en el siglo VII y culminantes con la redacción del Zohar, monumento de la Cábala por los siglos XIII y XIV. Cuando los talmudistas tropiezan con la cultura helénica, comienzan los primeros ensayos de conciliación con las doctrinas platónicas, pitagóricas y estoicas; iníciase entonces el período de cultura verdaderamente filosófica, paralela en cierto sentido a la musulmana, cuya influencia es sensible sobre los judíos.

Entre éstos, como en el seno de toda religión sistemática, perfílanse en breve dos direcciones opuestas. Los judíos tradicionalistas y ortodoxos, fieles al judaísmo talmúdico: para los "Rabanitas" la palabra de los textos sagrados es superior a todo conocimiento adquirido por los hombres y crean una teología sistemática, como la que entre los árabes representa el algacelismo y entre los cristianos el tomismo. Los judíos racionalistas se apartan del judaísmo talmúdico y se entregan al libre examen de la Biblia, oponiéndose a las exageraciones místicas y al dogmatismo; para los "Caraítas", más sensibles a las influencias griega y árabe, sin por ello estar inmunes de alguna infiltración cristiana, el examen racional de los textos puede llevar a nuevas interpretaciones más compatibles con el desenvolvimiento de las ciencias de observación y experimentales, correspondiendo al período averroísta de la filosofía árabe y al renacimiento filosófico que coincide con el protestantismo en la Europa cristiana.

Inútil sería analizar aquí ese movimiento, entre cuya vasta bibliografía existen algunas obras modernas, fáciles de consultar [22]. Bástenos decir que cuando la filosofía hebrea pasa de Oriente a Occidente, vemos florecer en España esas dos mismas direcciones, mística-ortodoxa y ecléctico-racionalista, que más tarde culminan, respectivamente, en Abengabirol y Maimónides.

Advirtamos que mientras los místicos neoplatónicos atribuyen principal función cultural a las disciplinas matemático- astronómicas, apropiadas en todo caso para dar apariencias de exactitud a relaciones entre cosas inexactas, los racionalistas aristotélicos prefieren las ciencias naturales en un sentido más objetivo y realista, siendo médicos los más de ellos. No es de sorprender que los primeros pensaran alegóricamente, y los segundos realísticamente; mientras aquellos toman el camino del misticismo y se acoquinan en una teología dogmática, los segundos se orientan hacia un naturalismo panteísta, que al fin culmina heterodoxamente en el sublime pensamiento de Spinoza.

Se supone que los primeros judíos entraron a la Península antes de la conquista romana, durante la cual siguieron llegando otros. El cristianismo trajo algunos conflictos entre los creyentes de la vieja y de la nueva fe. Los visigodos no los molestaron. “Pero a partir de la conversión de Recaredo I (586-601) el estado gótico se trueca en una turbulenta teocracia (católica) y los judíos comienzan a pagar con las setenas los siglos de relativa paz de que habían disfrutado" [23].

En el siglo VII la persecución recrudeció. En esas condiciones debieron asistir con simpatía a la invasión de los árabes, de quienes esperaban mayor respeto, y no vacilaron en darles ayuda en su conquista, aunque tuvieron el tacto de no inmiscuirse en su vida política. Los judíos prosperaron bajo los almoravíes, pero fueron muy molestados por los almohades. Su cultura creció bajo Abderramán II; grandes academias judías florecieron en Sevilla y Lucena. Perseguidos por los almohades más que por los cristianos, tuvieron que errar sin sosiego, como ocurrió al propio Maimónides. A medida que avanzó la reconquista mejoró su situación en los estados cristianos, llegando a tener influencia considerable en algunos reinados de Castilla y Aragón, que más se distinguieren por su amor a la cultura y a las letras influyendo "no sólo en la política, en la filosofía, en la industria y en las artes, sino también en la literatura, donde produjo una do obras más preclaras de la Historia: la comedia de Calixto y Melibea" [24] Estos juicios de Bonilla y San

[22] Ver GRAET7: *Histoire des Juifs,* trad. francesa. París, 1893. SPIEGLER: *Geschichte der Philosophie des Judenthums,* Leipzig, 1890. ROTTA: La *cosciencia religiosa medioevale,* Milán, 1908. A. FRANCK: *La Kabbale ou la Philosophie religeuse des Hebreux, 3* ed., París, 1892. KARPPE: *Etude sur les origines et la nature du Zoliar,* París, 1901. MUNK: *Mélanges de philosophie juive et arabe,* París, 18,59. PICAVET: *Esquise d'une histoire genérale et comparée des Philosophies medincrales, 2 ed.,* París, 1907. BONILLA Y SAN MARTÍN: el tomo II (último publicado, 1911) de su *Historia de la Filosofía española* es una óptima monografía de conjunto acerca de la filosofía judío española.

[23] BONILLA Y SAN MARTíN, loc. cit., pág. 27.

[24] Idem, página 45.

Martín son más exactos que los de Menéndez y Pelayo, que al juzgar el conjunto del "panteísmo judío" en España inclinase a considerarlo exclusivamente dañino, en cuanto constituye un semillero de heterodoxas corrupciones del pensamiento teológico y católico. [25] o más firme de la mentalidad hebrea, durante los siglos XI y XII, florece en España; y en la península durante la Edad Media, "contrasta abiertamente -dice Bonilla y San Martín- con la pobreza del pensamiento cristiano". [26]Los judíos se aprovecharon de la cultura árabe, imitando o continuando sus doctrinas, con las naturales divergencias teológicas; muchos judíos escribieron sus obras maestras en el idioma de Averroes. Por intermedio de unos y otros la cultura griega entró a reforzar la desorientada teología del cristianismo occidental, transfundiéndole vida y luz intensas, hasta ser el germen de todas sus ulteriores renovaciones.

Les debe mucha parte de sus criterios y doctrinas; sin ellos sería inexplicable la evolución de la escolástica europea en los siglos XV y XVI, cuyos maestros frecuentaron, todos, las traducciones latinas de los textos en que árabes y judíos habían transfundido a Aristóteles. [27] l Avicebron o Avicebrol, a quien se referían los escolásticos, y que muchos consideraban árabe, ha sido identificado por Munk, que puso de relieve su personalidad filosófica. El rabí Salomón *Abengabirol (1020-1070)* ?), nació en Málaga, residió en Córdoba, floreció en Zaragoza en 1045, y murió en Valencia, probablemente.

Además de poesías y otros ensayos filosóficos, escribió un compendio de moral práctica, destinado a facilitar el conocimiento de los temperamentos humanos: *Libro de la reconciliación de caracteres;* pone los sentidos como fundamento del carácter y de las pasiones humanas, intuyendo felizmente el criterio psicofisiológico moderno.

Pero su obra más célebre y mejor conocida es la *Fuente de la Vida.*

[28]Esta obra es una combinación de doctrinas aristotélicas y neoplatónicas, siendo fácil de advertir la influencia indirecta de Plotino en muchas partes de su teoría sobre la materia y las formas, que resuelve por una evolución sucesiva de aquélla a través de éstas. En su doctrina de la voluntad, concebida como una intuición activa que se aproxima a la sabiduría, identificada con Dios, la influencia alejandrina es acentuada, sin desalojar por completo el sentido de la tradición hebrea. Adviértese en la obra una subterránea tendencia hacia el monismo panteísta, aunque nunca explícitamente confesada; en cambio, es siempre realista (con relación al nominalismo), en cuanto las abstracciones de la mente humana le parecen seres reales y principios mismos de las cosas.

Para Abengabirol la divinidad es incognoscible e indefinible; es absoluta y esencial, emanando de ella por irradiación los seres reales. Todo lo que existe se compone de materia y de forma. La forma es concebida como una emanación pura que irradia sobre la materia y al penetrarla la define o concreta en una serie de jerarquías que se van condensando progresivamente, desde la entidad inicial hasta los cuerpos reales que componen lo existente; corresponde a lo que otros sintetizaron en una fórmula simple: el ente crea lo existente. Una serie de esferas superpuestas constituye el substrátum de lo real que es universal y en quien la Unidad o la voluntad divina ha fundido la materia y la forma absolutas. Estas nociones, de pronunciado sabor alejandrino, están confusamente desleídas en una prosa harto redundante; si Abengabirol no hubiese conocido a Plotino y a Proclo, como algunos pretenden, su originalidad sería profunda y característica. Parece que los conoció, aunque indirectamente.

Tuvo pocos discípulos; los mismos judíos lo olvidaron, teniéndolo acaso por demasiado heterodoxo. Dentro del movimiento generador de la escolástica, Abengabirol fue aplaudido por Duns Scott y combatido por Tomás de Aquino; pero ambos le tuvieron en mucha cuenta. [29] l judío de Zaragoza, Bahya o *Ibn-Badja, o* Ba'hyaben Joseph ibn Pakouda, escribió a fines del siglo XI dos libros de entonación mística y moral: *Obligación de Corazones y Reflexiones sobre el alma*. Su biografía es mal conocida y muchos autores le confundieron con el árabe Avempace. Considera a Dios como la Unidad absoluta, en quien se funden la existencia y la eternidad. El problema de la libertad escapa a la reflexión humana; el

---

[25] MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Introducción.

[26] Esta opinión Confirma el sentido de los numerosos escritos sobre la cultura judía-española publicados por Amador de los Ríos, Fernández y González, Viscasillas etc.

[27] Ver MUNK, resumen sintético sobre los filósofos judíos, en el Diccionario de Franck.

[28] Traducida al español por Federico de Castro. (Edit. Rodríguez Serra, Madrid, 1901. -II vol)

[29] Sobre Abengabirol, véase: AD. FRANCK: *Etudes orientales*, París, 1861; S. MUNK: Mélanges, etc., París, 1857-59; EMILE CHARLES: Artículo en el Diccionario de Franck.

hombre le Parece libre en la medida que Dios así lo quiere. El supremo bien está en amar a Dios; ese principio le aproxima a los místicos cristianos, a la manera de Ruysbroeck, tendencia que reaparece en la mística española del siglo XV. Muy influenciado por Al-Gazel, y poeta como todos los pensadores orientalizados, muéstrase esquivo al peripatetismo oriental y francamente hostil a los eruditos, que tiene por descarriados.

El rabí de Córdoba *Abensaddik, o* Joseph ibn Caddip (10801149), fue autor de una Lógica y del tratado *Mikrokosmos (1140)* En el último quiere probar a Dios, partiendo de la contingencia del mundo, en cuanto éste se manifiesta por accidentes transitorios y aquél es la Unidad imperecedera.

Considerado el hombre como un microcosmos, puede elevarse hasta Dios mediante el conocimiento de sí mismo, que le permite perfeccionarse incesantemente.

Su misticismo se encuentra acentuado en Jehuda Ha Leví, o *Juda Haleví,* nacido en Toledo por el 1085. Médico y filósofo, fue empero más fecundo como poeta. La fe y la tradición parécenle más útiles que la ciencia; el mejor instrumento del conocimiento es la profecía, que considera como una enseñanza sobrenatural. Su *Cuzary* es un libro que en la actualidad diríamos intuicionista. [30] o estima a los filósofos; es antiperipatético y mira con igual desconfianza a los que aprenden algo de Aristóteles o de Platón. Es un espíritu sectario y cree que el estudio daña a la fe judía. Su psicología no presenta ninguna originalidad y muchos la consideran copiada de Avicena. Este curioso propagandista religioso tiene escasa significación para la historia de la filosofía.

Cuando la invasión de los almohades, refugiáronse los judíos en Toledo, que se convirtió en centro importante de su cultura. Allí escribió el médico Abendaud o *Abendavid,* o Abrabam ibn Daud (1110.1180) su libro *La Fe Sublime,* en que se opone abiertamente al misticismo tradicionalista de los precedentes. Cree que el conocimiento filosófico no se opone a la fe y procura conciliar la Biblia con Aristóteles.

En todos los problemas filosóficos que trata, muéstrase ecléctico y sin originalidad, así como en algunos escritos históricos y de otra índole, nunca tuvo prestigio. Fue su contemporáneo *Abenesra* o Abraham ibn Ezra, de Toledo (1088-1167), personaje de vida novelesca y más dado a escribir que a pensar lo que escribía. Todos los asuntos éranle fáciles y en todos daba un golpe en el clavo y ciento en la herradura. Sus lucubraciones filológicas y sus divagaciones astronómicas afectan una erudición tan insegura como la de sus comentarios a la Biblia, dignos de interesar la curiosidad de los eruditos en historia religiosa. Sus *Fundamentos del temor de Dios,* tratan sin originalidad los mismos problemas filosóficos que reaparecen en los libros de sus predecesores, aunque en todas sus obras se acentúa considerablemente la influencia neoplatónica.

El moderno libro de L. G. Lévy ha presentado en su conjunto la vida, las doctrinas y la influencia del más ilustre filósofo de la España judía: Maimónides o Moisés ben Maimón (1153-1234), [31] atural de Córdoba. Su cultura abarcaba todo lo que en su tiempo podía aprenderse; era astrónomo, comerciante, médico, teólogo, exégeta y filósofo, tocándole soportar una azarosa vida llena de penurias. Sus obras médicas, teológicas y filosóficas, son valiosas, aunque su originalidad es desigual. Estudió las fuentes judías con tanto empeño como las griegas y las árabes, impregnándose sobre todo de Aristóteles, de Avicena y de Alfarabi, de quienes se separa resueltamente en muchas cuestiones particulares.

Su fondo es crítico y renovador; no considera inconciliables la razón y la fe, creyendo que la filosofía debe ser el cimiento de la religión y renegando de la credulidad ciega. Pone en buscar la verdad un tesón e independencia extraordinarios, no desdeñándola cuando aparece en obras ajenas a sus creencias religiosas. Estrictamente juzgado, es un heterodoxo dentro del judaísmo, lo que le valió algunos censores hebreos junto a admiradores innumerables. Su justamente célebre *Guía de los descarriados* es en el judaísmo español lo que en la patrología peninsular *las Etimologías* de Isidoro de Sevilla con una más alta cultura y mayor amplitud de criterios; en muy grande consideración le tuvieron los escolásticos, y nunca decayó su reputación de filósofo.

En sus obras teológicas muéstrase muy libre comentarista de la Biblia y del Talmud, señalando sus errores e indicando la necesidad de corregir las interpretaciones que reputa falsas. El Código de Maimónides es un monumento en la historia de la teología hebrea; es gran mérito suyo la sistematización dogmática y moral del judaísmo. Niega que debe creerse en lo absurdo e irracional; inclínase a subordinar la fe a la razón, aunque supone que ésta se resuelve al fin en auxiliar de aquélla.

---

[30] Publicado en la Colección de filósofos españoles y extranjeros, Victoriano Suárez, Madrid, 1910.

[31] L. G. Lévy: *Maimonide* París, 1911. AD. FEANCK: *Philosophie et religion*, París, 1861. V. COUSIN: *HiSt. génér.* de la Phil., lección VIII. *Le Guide des Egarés, traité de théologie et* de *philosophie* fue editada magistralmente por Munck, en París. III volumen, 1856-61-66.

Cree en Dios porque se puede demostrar su existencia y cree que Dios es Uno porque es incorpóreo, entendiendo que la unidad y la incorporeidad son sus atributos esenciales. Concibe el origen del mundo como un milagro, creencia que juzga de carácter necesario. Cree que toda ciencia es útil para conducir al conocimiento de Dios y a la metafísica, que reputa la ciencia suprema.

En esa sobreposición de la metafísica a las ciencias, renueva la división aristotélica, que reaparece también en su magnífica psicología; de ésta tiene un concepto que hoy diríamos biológico y funcional, no obstante su intelectualismo racionalista. Considera exclusivamente humano el intelecto racional y le opone la imaginación, común a los animales.

Su teoría del conocimiento se inclina al empirismo sensacionista y no vacila en proscribir la intuición y el éxtasis como instrumentos del conocimiento.

La misma inspiración aristotélica se advierte en su física y es más aristotélico aún en su astronomía, no comulgando con Tolomeo. En su ética se transfunde el vigoroso sentir del maestro presentando, sin embargo, aspectos interesantes y acentuaciones originales. Docto en medicina e higienista práctico, puso en la salud las bases de la bondad individual, considerando que el equilibrio de las funciones corporales es condición indispensable para la estabilidad y el endulzamiento del carácter. Concibe al individuo como elemento de la sociedad; estimula el ejercicio de las relaciones con los semejantes y pone en primer término el cumplimiento de los deberes sociales. Condena, por ende el celibato y el monaquismo.

Tan complejos pensamientos, coordinados en una inmensa obra, admiran, no obstante, lo relativo de su originalidad. Maimónides es el más grande aristotelista de la escolástica judía y es seguro que en ese tiempo no hubo uno igual en la cristiana. Para su época y su medio, muéstrase libre y osado; condescendió con las preocupaciones de su religión en materia teológica, oponiendo una voluntad ortodoxa a sus inclinaciones racionalistas.

En esta culminación magnífica se apaga súbitamente la filosofía hebreo-española. [32] arece que la raza, en su provisorio descanso penin- sular, hubiérase detenido un momento a meditar sobre el destino humno en sus relaciones con la divinidad. Obligada a seguir viviendo en equilibrio inestable, fáltale más tarde el acicate de un hogar, que la simple esperanza no reemplaza. Sólo un momento se detiene y culmina en un genio; cuando Spinoza, el holandés de origen lusitano, busca inútilmente la divinidad en la altura y acaba por sentirla en la Naturaleza toda, no ya creada por Dios ni de él emanada, sino panteístamente deificada por un admirativo sentimiento humano.

V. -LA CULTURA CATALUÑO-ARAGONESA

Aragón, Cataluña y Valencia presentan una relativa unidad cultural en la historia peninsular. Sus condiciones geográficas fueron propicias a un constante intercambio de cosas y de ideas con la Europa mediterránea; por otra parte, durante los siglos medioevales se influenciaron constantemente de las culturas árabe y hebrea que florecían a su Occidente.

España –fuera absurdo negarlo- es una coaptación de estados diversos que la geografía peninsular predestina a vivir confederados. La unidad realizada a fines del siglo XV es pura y simplemente política: cada provincia o región conserva tradiciones propias y tiene intereses heterogéneos.

Dentro de la gran patria geográfica y política subsisten las pequeñas nacionalidades históricas y sociales. La unidad de herencia -que es la historia- y la unidad de educación -que es la cultura- dan cierta fisonomía particular a las provincias orientales de la península que baña un mismo mar desde Perpiñán hasta Valencia y riega el Ebro desde Tudela hasta Tolosa.

Jaime de Aragón tomó a Valencia; los abuelos del valenciano Luis Vives sirvieron en los ejércitos de Aragón; Lulio nació en Mallorca y se educó en tierra firme; Servet dividió sus primeros estudios entre Zaragoza y Barcelona; las intelectuales catalanes figuraron en el partido aragonés en tiempos de Carlos III; hoy mismo, para abreviar, Ramón y Cajal, nacido en Zaragoza, fue profesor en Valencia y en Barcelona, antes de emigrar a Madrid.

En esta Cataluña grande -floreciente sobre los lados de un equilátero imaginario que tiene sus tres ángulos en Barcelona, Valencia y Zaragoza-, más vasta que la raquítica provincia del mapa político actual, sobra la tradición del pensar hondo y vasto.

En el período de la colonización griega, anterior a la cartaginesa, hubieron en el litoral mediterráneo escuelas y academias.

[32] En el siglo xiv no se mencionan filósofos judío-españoles. En el xv escribió el aragonés Joseph Ibn-Caspi y el castellana Joseph Albo, de Soria, autor de los Principios *fundamentales del judaísmo (1425),* obra conforme a la teología hebraica. Abraham Bibago, de Huesca, compuso el *Camino de la fe* (1470) y otros libros. Joseph ben Schem Tob, en Segovia, escribió en 1455 un valioso comentario de la *Etica a Nicomaco,* de Aristóteles; su hijo Sem Tob es autor de comentarios y de tratados teológico-religiosos. (Datos de S. Munk, obras cita- das)

Esas manifestaciones de cultura se acrecentaron bajo la dominación romana, introduciéndose estudios de ciencias y derecho; en tiempos de Sertorio, el vencedor de Sila, fundáronse en Osca (Huesca) varias escuelas importantes, con maestros griegos y romanos.

En los siglos que corren del VIII al XI, bajo el gobierno árabe, la cultura romano-visigoda se extinguió, o poco menos, en la península; solamente en Navarra y Cataluña persistió algún amor por las ciencias y las letras, gracias a la no interrumpida relación con Francia y con Italia Menciónanse estudios canónicos y de ciencias, siendo indudable que a ellos concurrieron algunos estudiosos del país vecino. En Zaragoza los "Estudios", de origen romano, estaban florecientes en el siglo XII y de ellos se formó más tarde la Universidad. Lérida era un centro cultural de primer orden y en toda la región hubieron notables bibliotecas. La escuela de Montpellier, incorporada transitoriamente a los estados catalano- aragoneses, fue la más famosa de su época para la enseñanza de la Medicina.

El arrianismo, introducido en el siglo V por la invasión visigoda, tuvo aquí poca fortuna. La influencia cristiana predominó muy pronto, hasta producirse el advenimiento musulmán. El condado de Barcelona (siglo IX), nunca dejó de sentir influencias francesas e italianas. Del siglo X al XV, Barcelona compartió con Génova y Venecia el imperio comercial del Mediterráneo; su famoso código (1258), llegó a ser fundamental en el derecho marítimo de la Edad Media. Algunos reyes de Aragón favorecieron singularmente las artes y las ciencias, fundando Universidades; las de Zaragoza, Barcelona, Huesca, Gerona, Lérida, tuvieron importancia, siendo muchas de ellas cerradas por los reyes de la España católica, a principios del siglo XVIII, con motivo de la guerra de sucesión. En Valencia, definitivamente tomada a los moros en 1238, por Jaime I de Aragón y muy luego anexada a la corona de Castilla la Universidad fundada por los Reyes Católicos corrió igual suerte que las anteriores, por la misma causa. Estas regiones, en suma florecieron culturalmente bajo la dinastía aragonesa [33]y fueron más tarde arrastradas a la común penumbra española al pasar bajo la hegemonía castellana.

La corte de Jaime I el Conquistador (1213-1276), señala el comienzo del desarrollo cultural en Aragón y Cataluña. Al mismo tiempo que la suya Alfonso el Sabio, D. Jaime escribía personalmente la Crónica del reino de Aragón. En su reinado fue compuesto el *Libro de la Saviesa*, de índole didáctico-moral, género que floreció en abundancia.

Siguiendo el real ejemplo escribieron sus crónicas Bernardo Desclot y Raimundo Muntaner. Las letras fueron honradas, aunque en idioma catalán, circunstancia que vino a excluirlas de la historia literaria española con la ulterior hegemonía del idioma castellano.

Aumentadas las relaciones con Francia e Italia a fines del siglo XIII, la región catalana hubo de ellas considerables beneficios intelectuales.

Abundaron los trovadores; muchos reyes cultivaban la poesía; la didáctica moral prosperaba. En el siglo XIV hubo una verdadera escuela literaria catalana, cuyos comienzos nada tenían que envidiar a los de la otra escuela que nacía en Castilla. Eran dos naciones, dos mentalidades, dos idiomas, dos organizaciones independientes. Nadie, por otra parte, pensaba en la unidad política peninsular, ni la reunión de dos o tres coronas bastaba para fundarla siendo tantas las existentes. El mar y la montaña habían perdido su valor político. Los estados catalano-aragoneses habían traspasado los Pirineos y se extendían por Francia, al mismo tiempo que en Italia y Sicilia a través del Mediterráneo. En cambio, los estados castellanos veíanse obligados a compartir el resto de la península con otras dos nacionalidades; la musulmana y la portuguesa.

En 1300 Jaime I fundó en Lérida la primera Universidad catalana, para que los estudiantes no estuviesen precisados a asistir a la de Tolosa.

Carlos IV constituyó, a mediados del siglo, las de Huesca y Perpiñán.

En Zaragoza fundaron los mudéjares una Universidad en la morería, para enseñar medicina, filosofía y ciencias. En Valencia hubo escuelas superiores desde tiempos de Jaime I, convertidas en Universidad en 1500. Barcelona tenía una Academia de ciencias desde principios del siglo XIV, convertida en Estudios Generales en el siglo XV.

Siguen creciendo en los estados catalano-aragoneses las influencias italiana y francesa en la literatura, la árabe en la teología y la judía en la medicina. Culminan las en el reinado de Alfonso V a impulsos de ese contacto, con variadas culturas extranjeras; la influencia provenzal en la poesía catalana es pronto suplantada por la italiana. Antes del siglo XV comienza a refluir sobre Italia la cultura de Aragón, cuyos dominios llegaron a poner una pica en Grecia, en el episódico dominio de Atenas.

[33] Datos sobre escuelas y Universidades aragonesas, en PAUL MELON*: l'enseignement superieur en Espagne,* París, 1908.

Por ese tiempo la cultura científica y filosófica de Aragón y de Cataluña aparece más interesante que la de Castilla; mientras en ésta florecen el derecho y las letras, forjándose el idioma, en aquellas la doble influencia árabe y europea se dejan sentir en el pensar hondo y filosófico, que pronto culmina en el doctor iluminado. [34] a misma evolución operada dos siglos antes en las teologías árabe y judía hasta llegar a Averroes y Maimónides, se observa en el reino de Aragón, para la teología cristiana. La escolástica cataluño-aragonesa se transforma y sigue el movimiento europeo que remata en Tomás de Aquino, inscribiendo el nombre ilustre de Raimundo Lulio en la historia de la filosofía. [35] principios del siglo XIII alcanzó renombre como teólogo y erudito el domínico catalán *Raimundo de Pennafort*. El derecho canónico había sido coordinado en 1151 por el teólogo toscano Cracián en sus famosas *Decretales*, colección en que se incluían las "Falsas Decretales" (atribuidas a Isidoro de Sevilla a Isidoro Mercator y a otros), por ser muy papistas y favorecer la supremacía de los pontífices sobre los concilios. La recopilación de Gracián fue oficializada por Eugenio III, siendo varias veces aumentada y corregida. En 1239 Gregorio IX encargó a Pennafort la continuación de las '"Decretales" que por ese entonces alcanzaban a cinco tomos. A esta labor escrita debe agregarse la poderosa influencia que ejerció sobre Raimudo Lulio, decidiéndolo a la vida estudiosa y contemplativa. [36] ue de su tiempo *Pedro de España*, nacido en Lisboa, hijo del médico Juliano; estudió medicina y teología alcanzando gran erudición.

Este eminente discípulo de Tomás de Aquino contó entre los más célebres doctores de París. Su fama, creció en la Iglesia, y en 1276 fue elegido Papa (Juan XXII), situación que empleó en favorecer a Raimundo Lulio. Su *Compendio Lógico* o *Summulae* es un tratado poco original y debió su notoriedad al rango de su autor, por lo que fue muy comentado y discutido.

La más alta lumbrera de la cultura aragonesa fue, sin duda, *Raimundo Lulio*, nacido en Palma de Mallorca en 1235. Grande y original, sin disputa, su fama ha sido acrecentada por una vida novelesca y por peregrinas ideas que abigarran sus escritos. Educóse en el palacio de Jaime I y llevó vida galante hasta que una dramática aventura de amor le decidió por una disciplina estudiosa y austera. Contemporáneo de Rogerio Baron, le igualó en fama, aunque no en trascendencia. Al pasar de la vida galante a la mística, siguió siendo un hombre de aventuras en el terreno de las ideas. Sin método ni orientación aplicó su imaginativo ingenio a crear un método nuevo que, en su entender, debía ensanchar desmesuradamente el dominio de los conocimientos humanos.

Ermitaño durante una década tuvo tiempo de acumular vasta ilustración y entregarse a singulares meditaciones. Cultivó las ciencias y la filosofía, con el fin de utilizarlas para probar y esparcir en el mundo entero la doctrina cristiana. Estudió a los árabes para combatirlos mejor y recabó de ello el gran beneficio de ponerse en contacto con su, cultura.

Su obra capital, Ars *Magna, es* un ingenioso documento de la mezcla de orientaciones y propósitos que le inspiraban. Su nuevo método debía simplificar el aprendizaje de los conocimientos humanos, dispensando de largos estudios y permitiendo sabor con certidumbre todo lo que no se ha estudiado. El método ponía la lógica como base de la enseñanza de las ciencias y de la filosofía. Ideó una serie de cuadros movibles y superponibles que representaban las ideas abstractas y generales; sus variadas combinaciones mecánicas permitían fijar la exactitud de las proposiciones y la lógica de los razonamientos.

Mezclando estas fantasías con proyectos de cruzadas espirituales, obtuvo la protección de su compatriota el Papa Juan XXII, continuada por Honorio IV, y consiguió que su método fuera acogido, comentado y explicado en toda la Europa católica. Obtuvo autorización para enseñar en París, y más tarde en Montpellier, donde para simplificar su método escribió la *Ars inventiva* o arte de descubrir la verdad y demostrarla.

Fue a Roma e interesó al Papa Nicolás IV en favor de una cruzada espiritual entre los infieles, que a poco ensayó en Túnez discutiendo con los doctores musulmanes. Corrió peligros y regresó a Nápoles, donde compuso su Tabla General y otros libros de filosofía, pasando a Francia en 1298, protegido por Felipe el Hermoso. Los doctores escolásticos aprobaron sus inútiles e ingeniosas demostraciones del misterio de la Trinidad, mostrándosele propicios en todo. Volvió a África y convirtió a algunos averroistas, naufragando en Pisa al regresar. Nada desalentó a este piadoso e incansable doctor, nacido para las aventuras. Enseñó de nuevo en París con gran resonancia (1310), dedicando al rey su tratado *De los doce Principios*, escrito contra los errores de Averroes. En el concilio general de Viena (1311), propuso que sus métodos se

[34] Nombre que los contemporáneos dieron a Raimundo Lulio. -A. P.

[35] Interesantes datos sobre la cultura cataluño-aragonesa en los siglos XIV y XV se consignan en el trabajo de AGUSTÍN CALVET sobre *Fray Anselmo* de *Turmedar* (revista "Estudio", Barcelona, 1914)

[36] CARRERAS Y ARNAU: *San Raymundo de Pennafort. -Nota de su concepción ético-jurídica.* Conferencia en el primer Congreso de Historia de la Corona de Aragón. Barcelona, 1908.

adoptaran para la enseñanza teológica y pidió la exclusión absoluta del averroísmo, que no obtuvo. En París publicó nuevas obras científicas y teológicas, partiendo otra vez para su cruzada espiritual en África; gravemente maltratado por los moros, fue recogido y murió al llegar a su isla natal.

La celebridad de Lulio guarda proporción con su actividad de escritor y propagandista, así como también con la inutilidad de sus invenciones científicas. Pero, aun en sus extravíos, es imposible no considerarle como uno de los grandes agitadores de la filosofía en vísperas del Renacimiento.

Innumerables fueron sus continuadores en Europa y en España; en general, no tuvieron verdadera trascendencia filosófica, desde que lo esencial en Lulio fue su originalidad personal, sus aventuras y su inquieto afán de proselitismo, condiciones intrínsecas que son más fáciles de admirar que de imitar. Baste decir que a principios del siglo XIX, el cisterciense P. Pascual pasó su vida entera en Mallorca, consagrado a estudiar la vida e ilustrar las ideas de Lulio. Los teólogos más serios pusieron de lado sus doctrinas, ciñéndose a las de Tomás; si algunos creyeron necesario combatirlas fue para contrarrestar el entusiasmo de ciertos partidarios. [37] ntre los doctores de la época se le distingue con el nombre de *"'Iluminado"*, y en verdad, no pudo calificársele con más acierto. Su bibliografía es inmensa. [38] os comienzos del siglo XIV señálase por el creciente predominio cultural de Cataluña sobre Aragón; en tiempo de Alfonso IV (1328), las letras catalanas florecen y con ellas los escritos morales, las crónicas históricas, los alegatos religiosos y las disputas teológicas, supremacía más sensible aún durante el reinado de Pedro IV (1336-1387)

En una corriente puramente religiosa, el dominico y doctor en teología *Vicente Ferrer* (1357-1415), incomparable predicador, natural de Valencia, escribió en París varias obras místicas que merecen un recuerdo entre las de ese género, destinado a florecer en España, bajo aspectos más literarios en el siglo XVI.

A fines del XIV escribió algunos escritos teológicos *Fray Juan Fernández de Heredia* (1399), muy inferiores a las crónicas de Aragón que nos transmitieron su nombradía. El franciscano catalán *Francisco Eximenis* escribió varios trabajos teológicos, reflejando los problemas que agitaban la escolástica por ese entonces; sus dos compendios morales, El *Crestiá y principalmente* su divulgadísimo *Libro de les dones,* le dieron mayor fama, siendo el último imitado en el célebre *Córbacho.*

Amigo de Pedro III, el Grande (1335-1375) y médico celebrado de las cortes de Aragón y de Sicilia, fue *Arnaldo de Vilanova,* pensador original dentro de la teología, curioso de la alquimia y demás semiciencias de la época, animado por un espíritu de renovación y un criterio independiente. Como todos los aragoneses y catalanes de su tiempo, estudió en Europa y fue uno de los más ilustres maestros de la Universidad de Montpellier. Además de la magnífica monografía de Haréau puede leerse el documento estudio de Menéndez y Pelayo (cap. III, libro III, en los *Heterodo*xos), y otros de escritores catalanes contemporáneos (en los "Estudis Universitaris Catalans") que han agotado su biografía y sus doctrinas.

Grande amigo de la cultura fue *Alfonso V.* de Aragón (contemporáneo de Juan II de Castilla y de Juan II de Navarra), que conquistó el trono de Nápoles. Tradujo personalmente las epístolas de Séneca y gustaba de intervenir en las frecuentes controversias de los teólogos y moralistas, mostrando ingenio y doctrina. Abundaron en su tiempo los escritos morales, recopilados o traducidos en su mayor parte; en su corte de Nápoles fueron singularmente protegidos los eruditos y traductores.

Es de universal notoriedad *Raimundo Sebunde o* de Sebonde (1432), médico, filósofo y teólogo, natural de Barcelona. Enseñó en la Universidad de Telosa y vivió en continua relación con los escolásticos europeos; en su *Theologia Naturalis* se aparta un poco de las corrientes dogmáticas, no obstante su propósito de establecer las reglas y los argumentos de la religión para combatir a los ateos. Vínole su mucha fama de que Montaigne fue inducido por su padre a traducirlo, con el propósito de familiarizarlo con el castellano; aquél lo había recibido del tolosano Pedro Brunel, circunstancia que coincidió con el incremento del luteranismo para que el humanista francés diera a luz su *Apología de Raimundo Sebonde* que es uno de sus escritos más interesantes. [39] a notoriedad del apologista motivó varias reinversiones

[37] "La hipócrita distinción averroísta entre la verdad teológica y la filosófica provoca la enérgica reacción luliana, que por ir más allá de lo justo, borró los límites de las dos esferas, inclinándose a la teoría de la fe porpedéutica, de la cual (bien contra la voluntad de sus autores) se encuentran en varios libros del maestro, y en el prólogo del tratado de *Las criaturas,* de RAYMUNDO SABUNDE. De aquí la oposición de los domínicos y la ardiente controversia entre tomistas y lulianos, en la cual rompió Eymeriche las primeras lanzas". MENÉNDEZ Y PELAYO, Ob. cit., pffig. 60.

[38] Entre cien obras, puede leerse la de F. DE PAULA CANALEJAS: *Las doctrinas del doctor R. Lulio,* Madrid, 1878. Entre las historias generales, destácase la de Degérando por su interpretación de Lulio. Buen artículo de C. *Zévort* en *el Diccionario Filosófico* de Franck.

[39] MONTAIGNE: *Ensayos,* libro II, cap. XII.

francesas de la obra, que resulta inferior a su fama; conviene señalar que Montaigne en su *Apología,* suele sostener, en muchos puntos, lo contrario de Sebonde.

[40]A fines del siglo XIV el arcediano de Zaragoza *Don* Pedro *de* Luna fue autor de buenos escritos morales y doctísimo teólogo. No habría quedado por ellos en la historia de la filosofía; quedó, en cambio, en la historia eclesiástica, pues en 1394 fue electo en Aviñón "antipapa", con el nombre de Benito XIII. Pocos años más tarde fue depuesto como cismático y declarado tal por el Concilio de Constanza. En 1417 se retiró con sus cardenales a Peñíscola y allí murió en 1424. Sus "Consolaciones de la Vida Humana" revelan gran cultura y ánimo de devolver la paz a la iglesia anarquizada. Figura con brillo en la historia de la homiliética española y escribió varios tratados canónicos.

El fraile franciscano mallorquín, *Anselmo de Turmeda,* compuso a fines del siglo XIV un *Libre de bons ensenyaments,* de consejos morales en verso, muy difundido en Cataluña. Poeta didáctico, astrólogo y pseudoprofeta, sus vaticinios sirvieron para estimular el celo de los partidarios del conde de Urgel contra los secuaces de Fernando de Antequera.

Los moros le hicieron cautivo y, apostató; practicó la poligamia como un buen musulmán y compuso un extenso tratado en árabe, defendiendo el islamismo: El *presente del hombre letrado para refutar a los partidarios de la Cruz. A* principios del siglo XV escribió su muy curioso libro *La disputa del asno,* puesto en el Índice. Esta "disputa" es una sátira destemplada y licenciosa, construida por cuentos de induda- ble valor literario. Recientes críticos le han considerado como un impúdico plagiario que sofisticó por igual a moros y cristianos. [41] n el siglo XV escribió *Bernat Metge* su muy leído *El Somni,* construido por diálogos morales no exentos de valor literario dentro del idioma catalán. [42] n suma, los más grandes nombres de la filosofía española, en la hora augural del Renacimiento fueron de esta región peninsular; no quiere ello decir como suele pretenderse erróneamente, so color de catalanismo, que haya existido una particular filosofía catalana, ni que hubiese una lógica propia del pensamiento filosófico local, distinto del español; ninguno de los dos tuvo características colectivas.

Después del teólogo y moralista Oliva. abad de Ripoll, y bibliófilo consumado, el magnífico Lulio acompañó la evolución europea de la escolástica; Vives se asoció al humanismo de Erasmo; Servet precedió a Harvey en la ciencia del Renacimiento. Y son de esa época luminosa el catalán Pennafort, docto y laborioso; el valenciano Vicente Ferrer, todo fervor y piedad; el famoso Juan Fernández de Heredia, maestro de cronistas, y Bernat Metge, autor del *Sueño* magistral, y Francisco Eximenés, moralista de firmes principios, y el ilustre médico filósofo Arnaldo de Vilanova, Y otros que son honra de la cultura catalano-aragonesa.

Corrían décadas brillantes citando Alfonso V. traducía personalmente las epístolas de Séneca y gustaba de terciar en controversias de teólogos y moralistas, siendo su par en agudeza de ingenio.

Gloria es de Barcelona aquel Raimundo Sebunde cuya fama trascendió a Europa y fue entregada a la posteridad por la apología de Montaigne, fecunda en disputas. Y de Zaragoza lo es el doctísimo teólogo y moralista Pedro de Luna, el antipapa, que se retiró a Peñíscola para legarnos sus Consolaciones *de la vida humana,* de hondo sentido estoico y cristiano. Y en toda la región, más vasta, de Montpellier a Calatayud, floreció la escuela teológica y científica luliana; y frente a ella todos los escolásticos antilulianos, que remataron en el catalán Nicolás Eymerich, apasionándose por los más abstractos problemas que el pensamientos humanista planteó allende los Pirineos.

Nada faltó en aquella luminosa efervescencia cultural de Cataluña.

Para que el cuadro fuese completo, hubo un ingenioso personaje de novela picaresca: Anselmo de Turmeda, ¿escapado de una página aún no escrita del Gil Blas de Santillana?, verdadero Doctor Sangredo de la teología, que engañó a cristianos glosando libros moros y engañó a moros glosando libros cristianos.

Esta tradición cultural tuvo su lógica en la historia catalanoaragonesa.

No es por accidente que las primeras prensas alemanas, entradas a España, a fines del siglo XV, llegaron a Valencia, Barcelona y Zaragoza, antes que a Salamanca, Toledo y Avila.

---

[40] *S*AlNTE BEUVE: *Port Royal,* vol. II, libro III. AD. FRANCK, op cit., artículo *Raymond.*

[41] Véase MIGUEL ASÍN PALACIOS: El original árabe de la Disputa *del Asno contra F. Anselmo de Turmeda.* (Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas) Madrid, 1914.

[42] Edición con notas críticas y bibliográficas de R. Miguel y Plana, Barcelona, 1907.

Todo ello se agostó, es cierto, al realizarse la unidad política bajo la hegemonía de Castilla convertida en teocracia al servicio del fanatismo religioso. ¡Triste hora, aquélla cuando solamente ¡se permitió el cultivo crepuscular de la escolástica, que el Humanismo y el Renacimiento acababan de expulsar de Europa!

De esa España tuvo un gajo Cataluña, con Gaspar Lax, de Sariñena, cuya absurda ignorancia indignó, con razón, a Luis Vives cuando le frecuentó en París. En el siglo XVI la literatura catalana prosperó sin sentir influencias castellanas, particularmente la poesía. Pero entrando el siglo XVII las cosas cambiaron; el monopolio del comercio de Indias en favor de Cádiz y Sevilla restó importancia al litoral mediterráneo.

Por ese entonces comienza a interrumpirse la tradición cultural de la Cataluña grande que ya se limita a presenciar la gloria literaria de Castilla ofreciéndole una inmarcesible corona por manos de Boscán.

Además de los nombres mencionados, otros muchos, de escasa significación filosófico, están mezclados al movimiento escolástico, tan ruidosamente estimulado por Lulio y continuado con gran actividad en los siglos XIV y XV. Bajo la nueva y vigorosa influencia de Tomás de Aquino muchos teólogos continuaron la lucha contra el averroísmo, sin agregar originalidades al tomismo introducido en Europa. Dos corrientes distintas se manifestaron abiertamente dentro de la escolástica aragonesa, en su lucha común contra el aristotelismo árabe-judío. Los unos, inspirados por cierto localismo teológico, quisieron seguir directamente la tradición de Raimundo Lulio; otros, más católicos que localistas, como el catalán Nicolás Eymerich, combatieron el lulismo en nombre del tomismo, poniendo la autoridad del de Aquino sobre la del mallorquín. Fue ésta la característica esencial de la escolástica aragonesa por esos siglos; la castellana, como veremos, no tuvo ninguna y reflejó pálidamente la escolástica pretomista que se extinguía ya en Europa.

VI. -LA CULTURA CASTELLANA

En Aragón se refleja de dos maneras la influencia filosófica árabe- judía. Provoca directamente el antiaverroísmo luliano, que constituye en cierto modo una escuela u orientación autóctona; llega a través del naciente tomismo europeo, a renovar las fuentes de la primera escolástica, fomentando la segunda, iniciada por Tomás de Aquino. En Castilla esas influencias fueron menos sentidas; los teólogos que allí tuvieron entre manos el tesoro árabe-judío que renovó la escolástica europea, no se interesaron mucho por el Aristóteles nuevo y completo que se traducía bajo sus ojos y pasaba directamente a Europa. La iglesia católica tenía una función política y temporal que desempeñar; su porvenir estaba en impedir todo espúreo contagio de Averroes y Maimónides, mirados como objetos de curiosidad dañina y rechazados como fuentes de inoportunas herejías. [43] n plena invasión árabe, el núcleo visigodo-católico, acorralado en un rincón de la península después de la batalla del Guadalete, comenzó a rehacerse en torno del rey godo Pelayo, que desde Covadonga emprendió su lucha contra los moros y no cejó en ella hasta su muerte (737) Después de él, los monarcas católicos [44]vivieron en permanente guerra con los árabes, encendiendo cada día más su celo religioso. Poco a poco, en el alma castellana, la reconquista peninsular fue identificán- dose con el triunfo del catolicismo; la guerra contra los moros convirtióse en cruzada religiosa, aunque así, no parecieron considerarla algunos monarcas, ni el famoso Cid Campeador, que pactó, comerció y gobernó con los infieles de Valencia, viviendo primero de ellos y más tarde aterrorizándolos con su heroico bandolerismo.

Entre los visigodos sometidos a la dominación árabe no se apagó, sin embargo, la doble tendencia cristiana y herética que durante la dominación visigoda había culminado en Isidoro y Prisciliano. Los invasores dejaron a los sometidos una relativa libertad religiosa, de que éstos usaron al principio discretamente, conservando sus iglesias y obispos. En ese subsuelo cristiano del califato, formado por los mozárabes, germinaron nuevas herejías y hubieron de combatirlas los obispos católicos.

Los árabes, procediendo en esto con clara visión de sus conveniencias venideras, no omitieron esfuerzo por atraer a los cristianos residentes en sus dominios; los mozárabes, fundaron escuelas y academias en Córdoba, en Sevilla en Toledo y donde pudieron, evitando o prohibiendo que se escribiese en latín, para asimilarse el elemento cristiano mediante la extensión del propio idioma. Debió ser eficaz su tarea; en el

[43] El aporte filosófico de los árabes y judíos a la escolástica europea, merece el siguiente juicio, diez siglos más tarde al eruditísimo D. Marcelino Menéndez y Pelayo: "El panteísmo semítico-hispano continuó en el siglo xii inficionando la escolástica, pero no ya con el carácter de avicebronismo, sino con el de averroísmo y teoría del intelecto uno. Así le combatieron y derrotaron Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; pero no obstante sus derrotas, y convertido en bandera y pretexto de todas las impiedades que ya comenzaban a fermentar, tocó los límites del escándalo en el turbulento y obscurísimo siglo XVI, encarnándose, por lo que hace a España, en la singular figura de Fray Tomás Scoto, y en la mística blasfemia (no libro) *De tribus impostoribus*. Loc. cit., pág. 60.

[44] Siguen las conquistas de Alfonso el Católico y su hijo Fruela (757); éste funda el reinado de Asturias, que desaparece en el siglo X, sustituido por el de León, que con Navarra, Aragón y el condado de Barcelona (ya independiente de los francos), son los estadas cristianos en el siglo X.

siglo VIII un isidoriano, el obispo de Sevilla *Pedro Hispalense,* tradujo al árabe las sagradas Escrituras, por entender que muy pocos, aun entre el personal eclesiástico, entendían ya el latín. [45] a tradición isidoriana fue conservada en Córdoba por los obispos cristianos que, en el siglo IX, quisieron contrarrestar la asimilación de los mozárabes, por cuyo motivo fueron perseguidos; recrudeció con esto el isidorismo en la propia capital del califato. [46] ara poner término a las inquietudes que motivaban, un edicto de 1147 desterró a África a los mozárabes que convivían en los dominios musulmanes.

El núcleo godo-castellano, asaz ocupado en los heroísmos de la reconquista, no dio muestras de actividad cultural, que puedan interesarnos, [47]hasta fines del siglo XI, en que Alfonso VI, con grande ayuda de Ruy Díaz de Vivar, "El Cid Campeador", conquistó a Toledo (1081) y se proclamó emperador de España, transfiriendo allí la corte que residía en Burgos.

Para la cultura castellana -y más considerablemente para la europeael reinado de Alfonso VI señala una era memorable, ya ilustrada por la publicación del "Fuero de Avilés" en la nueva lengua castellana. Medio siglo antes, el arzobispo don Raimundo de Toledo había fundado una Escuela que con la entrada del rey católico adquirió importancia grandísima, sirviendo de puente para la penetración de la cultura árabe y judía en la Europa occidental.

Ya en el siglo XI Pero Alfonso, judío converso, señala esa introducción de elementos orientales en el pensar castellano. Poco tiempo después, a mediados del XII, Pedro Compostelano escribió mezclando el agustinismo isidoriano con el averroismo árabe.

La *Escuela de Traductores de Toledo* trabajó empeñosamente en la versión de los textos árabes al latín, creciendo en fama e importancia.

Dispensóle eficaz protección Alfonso el Sabio y hacia ella convergieron cuantos por esa época se preocupaban de la cultura teológico filosófica.

Además de los traductores peninsulares, acudieron estudiosos de toda Europa, ya en pleno florecimiento escolástico; entre otros muchos, Gerardo de Cremona, Roberto de Rétines, Hermann el Dálmata, Hermann de Schildis, Miguel Escoto, Adhelardo de Bath. Es muy importante señalar que la influencia arábiga sobre el Aristóteles traducido en Toledo era marcadísima; Europa recibió por esta vía a un aristotelismo averroizado, como fue advirtiéndose en los siglos posteriores. [48] ntre los traductores

---

[45] Isidorians, como Pedro Hispalense, fueron los obispos Isidoro de Paz Augusta y Cixila de Toledo. El sucesor de éste, Elipando, adhirió a la herejía adopcionista defendida por Félix, obispo de Urgel, a quien también se plegó Claudio, más tarde obispo de Turín. Contra ellos escribieron el asturiano Beato, presbítero de Liébana, y Etherio, obispo de Osma, ambos estrictamente isidorianos. (Estos y otros datos, más interesantes para la historia eclesiástica que para el desenvolvimiento de la cultura filosófica, pueden leerse en la *Historia de los Protestantes españoles,* Cádiz, 1851, de A. 45 CASTRO; en *Histoire de la Réformation en Espagne,* de MOISÉS DROIN, Lausane, 1880; en la citada *Historia de los Heterodoxos,* de MENÉNDEZ Y PELAYO, etcétera. BONILLA Y SAN MARTÍN cree oportuno intercalarlos en el tomo I de su *Historia de la filosofía española)*

[46] Distinguióse entre ellos el abad Esperaindeo, autor de un *Apologético contra Mahoma,* de mucha eficacia. Tomaron represalias los árabes; respondiéronles Eulogio y Alvara, que en 859 fueran ejecutados por las autoridades. Otros escritos polémicos redactaron el judío converso Alvaro Paulo, de Córdoba, y el poeta abad Samsón, que la emprendió contra el hereje Hostegesis. En el mismo siglo IX varios religiosos peninsulares compusieron versos místicos en mal latín, prefiriendo la poesía apacible a la polémica turbulenta. (Véase nota anterior)

[47] Desde el reinado de Alfonso III (866) renúdanse las cronistorias, redactadas todas por isidorianos, basta principios del siglo XII: el obispo Sebastián de Salamanca, Dulcidio, Sampiro, obispo de Astorga, Pelayo obispo de Oviedo, monje de Silos (?); aunque el romance español adquiría difusión en el siglo XII, esas crónicas seguían escribiéndose en latín. En el siglo XI florecen varios escritores religiosos, consagrados a escribir vidas de santos y a contar milagros: Giraldo, Renaldo Gramático, Rodulfo de Carrión, Juan de León, que interesan a la historia literaria o a la eclesiástica.

[48] "Los modos y caminos por donde otro influjo, el semítico, se inoculó en la ciencia española no son tan conocidas como debieran, aunque para la historia de las ideas en la Europa occidental tienen mucha importancia. El saber de árabes y judíos andaba mezclado con graves errores, cuando en el siglo XII, por media del colegio de intérpretes que estableció en Toledo el arzobispo D. Raimundo, y gracias a la asidua labor de judíos y mozárabes, se tradujeron sucesivamente las obras filosóficas de Avicena, Algazel, Alfarabi, Avicebrón, etc. El más ilustre de aquellos traductores, Domingo Gundisalvo, arcediano de Segovia, enseñó abiertamente. las principales doctrinas de la escuela alejandrina, en su tratado *De Precessione mundo,* bebiendo su doctrina en la *Fuente de la Vida,* del gran poeta judío Aben-Gabirol. Divulgadas estas doctrinas en las aulas de Paris por los libros y traducciones del mismo Gundisalvo, de Juan el Hispalense y de los extranjeros que, anhelosos de poseer ciencia oriental, acudían a Toledo, nace muy pronto una nueva y formidable herejía, cuyos corifeos, dos veces anatematizados, fueron Amautery de Chartres, David de Dinant y el español Mauricio" (MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los Heterodoxos españoles*, vol. I, página 60, edición de 1911) El eminente crítico, cuyo juicio fue siempre perturbado por la ortodoxia católica, no

españoles, *Domingo Gonzalo,* arcediano de Segovia, conocido por *Gundisalvo,* fue el más fecundo. Sus méritos de traductor no resultan muy aumentados por sus propios escritos, que suelen ser glosas o transcripciones de Abengabirol, Avicena y del aristotelismo y neoplatonismo árabe y judío. Su *Liber de Unitate,* alcanzó, sin embargo, gran fama en el siglo XII y es notoria su influencia en los primeros tiempos de la escolástica. Una vasta bibliografía, en los últimos treinta años, ha incorporado su nombre a la historia de la filosofía.

Es representativo de la misma escuela Juan Hispalense.

Este naciente influjo de la cultura árabe y judía sobre la castellana tuvo su formidable contrapeso en la introducción del Tribunal del Santo Oficio; los "inquisidores de la fe", instituidos definitivamente por el Concilio de Tolosa (1229), minaron la cultura de algunos países católicos.

Su influencia fue creciendo en todas partes, aunque en ninguna alcanzó, como en España la significación de una dictadura teocrática.

En los siguientes siglos llegó a coartar toda labor científica y filosófica, [49]viendo en ello obra de moros y judíos. pensar en discordancia con los teólogos oficiales, llegó a ser la más imperdonable de las herejías.

Mientras Francisco de Asís fundaba una Orden (1221) para reaccionar contra el hijo y las riquezas, que fue adversa a la Inquisición, el español Domingo de Guzmán, [50] undó la suya (1215) para combatir el decrecimiento de la fe; a los dominicos predicadores fue conferido (1233) el triste privilegio de ejercitar las funciones de la Inquisición.

La guerra contra los árabes tuvo el carácter de una cruzada político- religiosa. Esa unificación del sentimiento nacionalista y el sentimiento católico, fue una de las causas de la decadencia de las ciencias y la filosofía en los siglos siguientes. La inquisición, introducida desde el siglo XIII y definitivamente organizada en 1478, llegó a ser considerada por los Reyes Católicos como un instrumento útil para conseguir la unidad política y religiosa de la nación. Todos los libros pasaron por los Índices Expurgatorios; en consecuencia, los más altos ingenios peninsulares evitaron las ciencias y la filosofía, sospechadas de heréticas, para entregarse de lleno a la actividad literaria que veremos culminar tan alta en el llamado "siglo de oro". Justo es señalar que la Inquisición merecía el favor que obtuvo en aquel ambiente humeante de guerra y de patriotismo, en cuanto representaba el ideal nacionalista, la "España para los españoles"; quiso la fatalidad que ese ideal fuera a rematar en Carlos primero ("quinto" de Alemania) y en la trágica dinastía extranjera de los Habsburgos.

Los comienzos del siglo XIII, tan auspiciosos para el advenimiento de la naciente lengua castellana, [51] ue permiten advertir que la cultura arábigo-toledana pasaba directamente a Europa, saltando por sobre España; del rico filón trabajado en la Escuela de Traductores no caía un grano de metal en la cultura castellana. Sólo se observa alguna influencia en la manera literaria; la obra *Flores de Filosofía,* que a mediados del siglo mandó componer Fernando III, está hecha a la manera del apólogo oriental; es una recopilación de sentencias morales y máximas de los filósofos, que remata en Séneca. Conviene señalar que en este reinado (1230-1254), se consolida la unión de Castilla y de León.

Castilla forjó, en ese entonces, para España el instrumento esencial de la nacionalidad: el idioma. Nace éste popularmente, en el siglo XII, contra el latín bajo de los doctores eclesiásticos. La literatura erudita va siendo desalojada por la vulgar, que del romance evoluciona hacia el castellano. Mientras los doctores siguen hablando y escribiendo en mal latín, los escritores profanos y el bajo clero en contacto con el pueblo, comienzan a escribir en español, hasta que los reyes lo adoptan para sus crónicas y sus leyes. El contenido de la poesía vulgar es místico heroico, como toda la vida castellana durante la lucha con los

---

vacila en obscurecer el mérito de la Escuela de Traductores en cuanto ella ilustrando a Europa, contenía la simiente de nuevas herejías, naturalmente.

[49] Adviértase, desde ya que el eminente Vivés estudió, enseñó y murió fuera de España, sin volver nunca a su patria. No escribió sus obras en lengua española.

[50] PRADIER: *Les grands fondateurs d'ordres. S. Dominique.* Tours, 1902. CEFERINO GONZÁLEZ: *Biografía de Santo Domingo de Guzmán*. Discurso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, vol. III.

[51] Son de este tiempo la famosa *Disputación* entre el cuerpo y el alma, las poesías místicas de Gonzalo de Berceo y el místico-heroico *Poema de Alexandre,* en que Juan Lorenzo Segura de Astorga mezcló todo lo que podía saber un clérigo ilustrado en esos tiempos; obras, las tres, de inestimable significación en la historia de la literatura castellana. En 1241 el rey Fernando III publicó el Fuero Juzgo, traduciendo al castellano las leyes visigodas, monumento literario y jurídico; el mismo rey mandó componer el *Libro de los Doce Sabios,* catecismo para uso de príncipes, que inicia en castellano el género didáctico.

moros; la iglesia docta siguió esforzándose por mantener su latín, que al fin se vio relegado a las Universidades y restringido a la teología. En vano en el siglo XVI, bajo la teocracia de los Reyes Católicos, se intentó restaurar el latín en la corte; el idioma popular consagrado ya por monumentos literarios, históricos y jurídicos, siguió monopolizando toda la producción literaria y llegó a tener su auge en el mundo, cuando en los dominios de su rey "no se ponía el sol".

Fue un acontecimiento extraordinario en la historia de la cultura castellana el reinado de Alfonso X (1254- 284), llamado con verdad "el Sabio". Era doctísimo y su reputación se extendía por Europa. Trasplantó a Toledo las famosas academias judías de Córdoba del siglo X.

Mandó traducir la Biblia al castellano y adoptó esta lengua para todos los procedimientos oficiales. Dio importancia al elemento oriental y a su cultura; hizo traducir algunos trabajos científicos, principalmente astronómicos y alquímicos. Fomentó la literatura didáctica. Además de las famosas *Tablas Alfonsinas* y de varias recopilaciones, fue obra de este rey la asombrosa compilación jurídica comúnmente llamada *Las Siete Partidas;* este libro de las leyes es una suma del derecho de su tiempo, en que se funden las fuentes extranjeras con las españolas.

Cuanto elogio se haga de este reinado, en las historias literarias, es merecido.

Pero hay un hecho que no suele señalarse: la calidad de la cultura.

El tiempo de Alfonso el Sabio parécenos caracterizar, virtualmente, todo el porvenir de España castellana y católica; aparte de los géneros propiamente literarios, florecen el Derecho, la historia y la Erudición das llamadas "ciencias de papel"), sin un equitativo complemento de las disciplinas propiamente científicas das llamadas "ciencias de la naturaleza"), que son el indispensable fundamento de toda fecunda reflexión filosófica.

Mientras en Aragón y Cataluña se renueva vigorosamente el escolasticismo, adquiriendo personalidad y prestigios mundiales con Raimundo Lulio y su escuela en Castilla no puede citarse un nombre ilustre o una escuela autóctona que haya pasado a la historia de la filosofía.

Y tiempo era ya en toda Europa. [52] oralistas, ya que no filósofos, hubo varios por ese tiempo en Castilla. El mismo rey Don Sancho IV, el Bravo (1284-1295), es tenido por autor del *Lucidario,* libro en que se intenta concordar las ciencias divinas y las humanas; una gran cultura filosófico-moral es aplicada a explicar todas las cosas, por teología o por natura. Mucha influencia oriental revela este libro científico-religioso como también el *Libro de los Castigos* en que la moral es puesta al servicio de la política, pues lo escribió para la educación de su hijo Don Fernando. Siguió igual orientación Pedro Gómez Barroso, autor del Libro *de los Conseios e de los Conseieros,* destinado a la educación de príncipes y semejantes al de los castigos; su autor fue obispo de Cartagena en 1320 y luego cardenal.

[53]El sobrino de Alfonso el Sabio, y señor de Peñafiel, *Don Juan Manuel* (1282-1348), cuenta entre los más considerables moralistas castellanos.

Prosista, poeta, historiador, poseía una cultura enciclopédica y participó activamente de la política. Con un sentido hondamente español y cristiano escribió 14 (?) tratados de índole histórica y didáctica. El más importante es su famoso *El Conde de Lucanor o El Libro de Patronio,* de sensible influencia oriental y de altísimo valor literario, no obstante su irregular composición. Consta de 51 “enxiemplos”, en forma de cuentos, anécdotas o apólogos, terminados por moralejas. Nótase también en ellos alguna influencia, de Séneca. [54] l turbulento reinado de Enrique IV señálase por la presencia de un ingenio que en otro ambiente cultural hubiera podido honrar a la filosofía.

---

[52] En el anterior siglo XII habían florecido a dos pasos de Castilla los admirables Averroes y Maimónides, mientras nacía en Europa la Escolástica con Erigeno, Champeaux, Anselmo, Roscelin y Abelardo. Y en el siglo de Alfonso el Sabio aparecen en Europa Tomás de Aquino, Rogerio Bacon Buenaventura, Alberto Magno, Duns Scoto y Ocam. La escolástica castellana sólo adquirió gran importancia cuando el renacimiento humanista la expulsó de Europa; resucitó en España con el formidable Suárez.

[53] A fines del XIII se escribió la *Crónica de los Hazañas de los Filósofos*, colección de 120 biografías de grandes hombres de la antigüedad, que aparecen como nigromantes o encantadores, a la manera que los paladines en los libros de caballería. Este aspecto es la único original, pues la parte biográfica fue una traducción o arreglo, cuyo texto primitivo se conoce.

[54] Esta tendencia moral en otros libros de éste y el siguiente siglo. *El Libro de exemplos,* de CLEMENTE SÁNCHEZ DE VERCIEL más preceptista que el anterior, consta de 395 ejemplos; el *Libro de los gatos* se compone de 58 y es menos interesante. Posteriormente, en tiempos de Pedro I, el Cruel, fray Jacobo de Benavente escribió un tratado de moral cristiana titulado *Viridario o Vergel de Consolación*; fray Juan García, a instancia de Bernabé, obispo de Osma, arregló con el título *Reginamiento de los Príncipes* una obra italiana de Egidio Colonna; el rabí don Sem Tob, de Carrión, cultivó la poesía didáctico-moral y tienen gran valor literario sus máximas en verso tituladas, *Pioverbios*

En 1474, *Jorge Matirique (1440-1479)* escribió sus famosas coplas llenas de un misticismo ascético y sereno; se advierte en ellas una melancólica elevación moral y son un modelo acabado de poesía filosófica.

Ellas solas valen más que los centenares de volúmenes morales publicados en Castilla después de Don Juan Manuel.

Los escritores religiosos, suprimido el estímulo que antes los impulsara a cultivar la apologética y, a polemizar con los herejes, entregáronse de lleno a escribir crónicas civiles y eclesiásticas. El fervor de disputas que encendió la escolástica en Europa, no tuvo en Castilla un solo maestro original.

Reflejo de las doctrinas europeas son los escritos teológicos del cardenal Juan de Torquemada, de Valladolid, cuyas obras cuentan en la historia eclesiástica: concurrió al concilio de Basilea, en 1437, y actuó en él eficazmente, influyendo para la condenación de Wickleff y Juau Huss. Acompañábale el obispo de Burgos, Alonso de Cartagena, cronista, moralista, traductor fecundo y teólogo de consideración. También doctos en teología mostráronse Alonso de San Cristóbal, Antonio Andrés, Alfonso Tostado y algunos otros escolásticos. Al apagarse la Patrología y las Herejías, la Escolástica no encuentra en la España castellana un nombre comparable al de Isidoro de Sevilla o Prisciliano.

La causa de este hecho es sencilla. Durante los primeros reinados castellanos se continúa el isidorismo, que tiene el doble sabor español y católico, tan conforme al estado de alma político y religioso. Restaurar a Isidoro en lo espiritual, equivale a expulsar a los moros en lo temporal.

Después del siglo XIII en que se fundan las Universidades de Valencia, Salamanca y Valladolid, la cultura teológica refleja la primera escolástica europea, la de Champeaux, Anselmo, Abelardo y Roscelin, en el preciso momento en que Europa comenzaba a renovarla con Rogerio Bacon Tomás de Aquino y Alberto Magno, creando la segunda escolástica. Esas Universidades castellanas, durante tres siglos estuvieron contraídas a la famosa disputa de los universales. Algunos eran nominalistas, siguiendo a Roscelin, y no acordando valor alguno a las ideas generales, mirándolas como simples "flatus vocis"; otros eran realistas, siguiendo a Champeaux y Anselmo, y juzgaban que lo único real eran los universales o conceptos generales. No tienen especial importancia los nombres de los que adhirieron a una u otra tendencia, siendo simplemente de advertir que en la primera escolástica se llamaron "realistas" lo que en todo otro tiempo fueron lo contrario del Realismo filosófico, y viceversa. Sabido es, también, que en el fondo de esta disputa estaba en juego el dogma de la Trinidad y que fue un teólogo laico Abelardo quien inventó el correspondiente eclecticismo para evitar el problema sin resolverlo, con su también famoso conceptualis- mo que tuvo algunos secuaces en las Universidades castellanas. El tomismo fue entrando a ellas con algún retardo. Hubo algunos lulianos y antilulianos. Poco dieron que hacer los teólogos herejes. Si alguno, como *Pedro de Osina, de Salamanca,* en el siglo XV se permitía enunciar ideas un poco originales dentro del dogmatismo convencional, era bien pronto llamado al orden; sus escritos, de noble inspiración moral y precursores del libre examen que proclamó la Reforma, hiciéronse sospechosos y el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, convocó a los más sabios teólogos de su diócesis para resolver: sus proposiciones fueron condenadas por heréticas y escandalosas.

La lucha contra el averroísmo fue menos apasionada que entre los lulianos de Aragón, contando con que para impedir su florecimiento había otra arma de mayor eficacia que los tratados en latín: el Tribunal del Santo Oficio. La Universidad de Salamanca, dotada por Alfonso el Sabio de su biblioteca valiosa, y elevada (1254) por el Papa Alejandro VI al mismo rango que las de Bolonia, Oxford y París, llegó a ser, a

---

morales o Consejos et documentos al rey don Pedro; fue arreglada del francés la *Danza de la muerte*, sátira moral muy leída e imitada Alonso de Cartagena, obispo de Burgos y favorito de Juan II de Castilla (1406-1454), que era tenido en consideración de mecenas, fue traductor asiduo y cronista; ese virtuoso varón, que intervino lucidamente en el Concilio de Basilea y llegó a tener discípulos, escribió dos ensayos morales, *Memorial de Virtudes y Libro de las mujeres ilustres*, muy leído este último y en abierta antítesis con *El Corbacho* del notorio cronista Alfonso Martínez de Toledo, imitado del catalán Eximenis y no de Bocaccio, como podría sugerir su título.

Alfonso de la Torre, de no escasa erudición y claro ingenio, compuso una recopilación enciclopédica y dantesca, poco original, la *Visión deletable de la philosophia e de las otras ciencias*. Fray Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, compuso varios libros morales por orden del rey. El famosamente fecundo Alfonso de Madrigal, obispo de Avila produjo en este género su curioso *Libro de las paradoxas*. Se menciona un original Diálogo e razonamiento de Pedro Díaz de Toledo. El afamado historiador y polígrafo Fernán Pérez de Guzmán recopiló sentencias morales en su *Floresta de Philosophos*, sin ninguna originalidad.

Enrique de Aragón o de Villena (1384-1434), espíritu inquieto y curioso, contó varios ensayos morales y mágicos entre su vasta y abigarrada producción; no sorprende que después de muerto se mandaran quemar las más de sus obras, por atribuírsele pactos con el diablo. *El Libro de Vida Beata* fue adaptado del italiano por Juan de Lucena. Reunió 6.000 Refranes, o proverbios en romance, el polígrafo y moralista Hernán Núñez de Toledo. El hijo de Juan II, príncipe Carlos de Viana tradujo al romance vulgar la Ética de Aristóteles, arreglando su composición y uniéndole comentarios, etc. Los más de ellos muchísimos de mayor insignificancia filosófica, son traductores o recopiladores, rara vez de primera mano. Estuvieron de moda los libros de ese género.

fines del siglo XV, el mayor centro de la cultura castellana; la de Palencia, fomentada por Alfonso VIII, declinaba va. Por aquélla pasó parte de la cultura filosófica de los árabes y judíos, camino de Europa. La Salamanca de esa época sólo es hoy conocida, fuera de España, [55] or su respuesta a la consulta del genovés Cristóbal Colón; pero es indudable que en su tiempo era fundado su prestigio y en ella enseñaron muchos varones doctísimos, aunque ninguno extraordinario.

Mientras los teólogos de Aragón y Cataluña se renovaban, después de Lulio, mezclándose constantemente con los de Europa, viviendo una mitad de su vida en las Universidades de Italia y de Francia, los doctores de Castilla para distraerse de la disputa de los universales, encontraron otra ocupación: cardenales, obispos y clero, todos entraron a actuar en la vida política, grande y pequeña. Los episcopados fueron señoríos feudales; les arzobispos de Toledo no vacilaron en reñir con los reyes, hasta que Felipe II optó por arraigar en Madrid la "Única corte". Entre esos gobernantes sin corona, el famoso cardenal *Francisco Ximénez de Cisneros,* fundador de la Universidad de Alcalá de Henares, emprendió la magna obra de preparar la famosa "Biblioteca Políglota", con la cooperación de traductores meritísimos; sus escritos personales son de escaso valor teológico. Pasó a la historia por su eficacia política y al morir los Reyes Católicos reinó, de hecho, sobre la España castellanizada; desde su balcón en Madrid, a los grandes que le exigían sus títulos pudo mostrarles el ejército reunido en la plaza pública.

Esa Castilla que a fines del siglo XV asume la hegemonía de la España Unificada, estaba pronta para tener un gran filósofo representativo, el jesuita Suárez, y una escuela filosófica esencialmente española la tercera escolástica o escolástica católica (siglo XVI) último baluarte de la que en Europa acababa de sucumbir ante el humanismo del Renacimiento.

VII. –SINOPSIS

Durante la Edad Media florecen en España las tres teologías religiosas que reinarán a Europa; sus escolásticas respectivas alcanzan en la península un verdadero desenvolvimiento filosófico.

Durante el período romano, el estoico Séneca y el gnóstico Prisciliano son los personajes más representativos. El primero, eminente moralista, enseñó, en Roma, una doctrina grecolatina; pero su españolidad fue siempre recordada en la península siendo muy leído e imitado. El segundo, el más insigne herético español de En tiempo, introdujo la influencia oriental. Ellos encarnan las dos corrientes (latina y oriental)

que se sumaron con el cristianismo neoplatonizante de la Patrología cristiana. En plena dominación visigoda, Isidoro de Sevilla culmina entre los obispos peninsulares de su tiempo y lega a la teología católica una de las obras más comentadas en los comienzos de la escolástica europea; su escuela continúase en la España visigoda, persiste en la árabe y reaparece en la castellana, donde empalma con la escolástica cultivada en las Universidades durante los siglos XIII a XV.

Con la invasión árabe y el florecimiento judío, dos nuevas teologías monoteístas coexisten con la cristiana; de la interpretación del Corán, el Talmud y el Evangelio evolucionan las tres hacia la compenetración filosófico- eligiosa que caracteriza las escolásticas respectivas.

La cultura árabe, con Averroes, se adelanta a la transformación de la escolástica europea y le transmite un Aristóteles completo e inesperado, con sabios comentarios. Forma escuela fuera de la propia teología árabe, que retrocede a la Posición religiosa de Al-Gazel y se extingue como filosofía.

La cultura judía se desarrolla colateralmente a la anterior y tiene en Maimónides su más alto representante; desempeña igual función que el averroísmo, del cual difiere en cuanto se relaciona con la propia teología religiosa. No forma escuela dentro ni fuera de la teología hebrea; individualmente es, por todos y en todo tiempo, muy considerado.

La cultura cataluño-aragonesa, en contacto incesante con Europa y con la España árabe-judía, contribuye eficazmente al desarrollo de la escolástica cristiana y culmina en su original Raimundo Lulio, que forma una escuela importante, absorbida más tarde por el tomismo. El pensamiento filosófico cataluño-aragonés declina con la hegemonía política y literaria de Castilla.

La cultura castellana es esencialmente literaria y forja el idioma de la España moderna. Sus escritores morales, generalmente compiladores y traductores, carecen de interés filosófico y sólo representan un género didáctico dentro de la literatura. La historia y el derecho tienen ilustre representación. Su escolástica refleja, con algún atraso, el primer período de la europea.

La edad media española ciérrase con la supremacía de Castilla. Su cultura tórnase de más en más literaria, hasta el maravilloso "siglo de oro"; su teología se aferra más y más al dogmatismo católico: La monarquía teocrática, que culmina en Felipe II, proscribe toda especulación peligrosa y España queda ajena al Renacimiento científico y filosófico, según veremos en la próxima conferencia.

[55] Ver A. VIDAL Y DÍAZ: Memoria histórica de la Universidad de Salamanca, Salanianca, 1869.

LA CULTURA FILOSÓFICA EN LA ESPAÑA TEOCRÁTICA

I. La España teocrática. -II. La tercera escolástica o escolástico-católica.

-III. Tentativas renacentistas: erasmismo, reformismo y humanismo.

-IV. El crepúsculo de la mentalidad española. -V. Sinopsis.

I. -LA ESPAÑA TEOCRÁTICA

Una fatalidad siniestra ensombrece la cultura castellana desde el advenimiento de los Reyes Católicos; la unidad del reino aparece minada por hondas causas de subversión en todos los órdenes de la vida política, económica e intelectual. Esa unidad fue siempre ilusoria; antes del matrimonio de Fernando e Isabel existían en la península cuarenta señoríos feudales, más o menos independientes: habían derramado más sangre luchando entre sí, que en expulsar la civilización árabe. La ignorancia y la pobreza ciérnense desde el comienzo sobre la nación nueva, en la medida misma en que se exalta el sentimiento nacionalista, esencialmente dinástico y teocrático. La gloria fue el substitutivo del pan y la fe reemplazo a todo afán de cultura científica. [56] l alma castellana soñó con el imperio universal en servicio de Roma; restringió la cultura filosófica a una teología en latín de los tiempos bajos y tuvo dos ideales predominantes: poner un candado en cada boca herética y plantar un laurel sobre la paja de cada trigal.

Los siglos XVI y XVII tienen una gloria imperecedera: el "siglo de oro" literario. Castilla dio a España el alma misma de la nueva nacionalidad:

el idioma, sobrepuesto a los otros dialectos peninsulares y pronto encumbrado en maravilloso perfeccionamiento. Pero este beneficio -nos dice la historia- no fue obra de la dinastía ni de la iglesia. El renacimiento literario, ya iniciado con la italianización del siglo XIV, culminante en Boscán, continuóse bajo esa misma influencia, hasta el reinado de Carlos V. En tiempo de los Reyes Católicos el clero y la dinastía - atólicos antes que españoles- no omitieron esfuerzo por reemplazar el latín al castellano; en la corte de Isabel se desarrolló una manía epidémica de aprender el latín y traducir autores latinos; en las historias de la literatura española se leen los nombres de doctos varones que proclamaban la incapacidad del castellano para expresar altas y galanas ideas.

A pesar de esos obstáculos el Renacimiento literario en España fue; magnífico. No hubo, empero, Renacimiento científico y filosófico: la dinastía teocrática confió a la Inquisición el mandato de obstarlo. Es notoria la eficacia con que ella cumplió su tarea; no incurramos en la vulgaridad de repetirlo.

Las primeras prensas aletrianas entraron en España a fines del siglo XV, en Valencia, Barcelona, Zaragoza, primero, y después en Salamanca, Toledo, Zamora, etc, salieron de ellas los escritos que permitió la previa censura religiosa. Ella era tan intransigente en religión como tolerante en moral; las más obscenas literaturas obtenían la licencia negada a cualquier leve discrepancia con el dogma. Los "Índices Expurgatorios" impidieron que, por prudencia o temor, se cultivaran las ciencias naturales y la filosofía, siempre sospechadas. Sólo los teólogos escolásticos podían pensar y escribir, a condición de acatar las prescripciones de la dictadura intelectual ejercida por los Cisneros y los Torquemada.

La condición eclesiástica no fue un valladar a estos excesos:

las persecuciones del Tribunal alcanzaron a Juan de Avila a Fray Luis de Granada, a Fray Luis de León, a San Juan de la Cruz, a Santa Teresa de Jesús, al arzobispo Carranza de Toledo, para citar lo inverosímil.

La Inquisición no explica todo, sin embargo. Tuviéronla otros países que concurrieron al renacimiento de las ciencias y de la filosofía.

Otras desgracias pesaron sobre la cultura peninsular.

La exclusión violenta de las poblaciones árabe y judía, tuvo mucha parte en la ruina material y cultural de España. La exaltación nacionalista traicionó los pactos de la rendición de Granada, sucediénelose las persecuciones y expulsiones de "infieles"; al violar las capitulaciones no se advertía que las artes y las ciencias, el trabajo y la filosofía, estaban en manos de las víctimas y se iban con ellas. Pagó España esta injusticia con un progresivo aumento de su incultura y su miseria, veladas al principio por el apogeo literario y político. Pero la grandeza de las letras no es duradera cuando en ellas se apaga el pensamiento, transformándose en manía conceptista o culterana, que son acrobacias del estilo; y la grandeza de los

[56] La evidencia de este hecho se tiene leyendo *La Ciencia Española* en que el ilustre D. Marcelino Menéndez y Pelayo se propuso demostrar lo contrario. “En el Index Librorum Expurgatorvm del Arzobispo de Toledo e Inquisidor general Don Gaspar de Quiroga –Madrid, 1584– figura ya en el libro de Vives (*Comentarios*), como figura en los Índices posteriores al lado, de otros muchos, entre ellos *El examen de ingenios* para las ciencias, de Dr. Huarte de San Juan; la guía de pecadores, del venerable Fray Luis de Granada; el *Tratado de la Sacra Philosophia*, del Dr. Vallés; la *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*, de doña Oliva Sabuco de Nantes, y los nombres de humanistas como Marineo Siculo, Pedro Juan Nuñez, Furio Ceriol, etc., BONILLA SAN MARTÍN, Luis Vives, pág. 118.

imperios es simple retórica y hojalatería cuando un Carlos V y un Felipe II están reducidos a la miseria y gobiernan a una sociedad inmortalmente retratada en la novela picaresca: el más original y profundo género literario de España.

El régimen unitario instaurado por la teocracia castellana fue funesto para la cultura peninsular. España es, geográficamente ([57]) heterogénea y su población se compone de varios grupos sociales enteramente distintos; hoy mismo, después de cuatro siglos coexisten en su territorio varias "naciones" de diversa mentalidad colectiva. Si en alguna parte el feudalismo político debiera ser un resultado natural de las cosas, sería en España, lo mismo en la actualidad que en tiempo de los Reyes Católicos.

El error unitario en la península federal produjo la atonía y el decaimiento de muchos centros de cultura regionales, cuyos mejores ingenios fueron absorbidos por la centralización política en Toledo y Valladolid, las capitales castellanas.

Colmóse esta desgracia con la invención de Madrid por Felipe II. Al declarar "única corte" al pobre villorio de entonces ([58]), atrajo los hombres más, eminentes de la península a un centro puramente político, sin tradiciones de ciencia ni de cultura, propicio tan sólo al florecimiento de la literatura, que ha sido siempre ocupación cortesana. Córdoba, Sevilla Zaragoza, Barcelona, Valencia, Toledo, tenían en su historia un Séneca, un Isidoro, un Lulio, un Averroes, un Maimónides, un Vilanova, un Vives; todos los nombres ilustres en la filosofía peninsular, además de las academias árabes y judías, las de Traductores, las escuelas de isidorianos y de lulistas, un alma, en fin, en que todo no fuera el Cid y el Gran Capitán. Salamanca era ya famosa en el mundo católico; su Universidad disminuyó de importancia. La que en Alcalá de Henares fundó Cisneros, y donde se emprendió la *Biblia Políglota*, acabó por ser trasplantada a Madrid. Zaragoza decayó desde el casamiento de su rey Fernando con Isabel de Castilla. La mitad de las ciudades, cuya masa de población era judía o árabe, vinieron a menos con la expulsión de ellos. Todo, todo corrió aguas abajo, todo cuanto podía nivelarse con la cultura científica y filosófica que el Humanismo despertaba en Europa.

¿Bastan a compensar esa pérdida el florecimiento literario, y las Universidades fundadas sucesivamente en Sevilla Alcalá, Granada, Valencia, Santiago, Baeza, Oviedo, etc.? No y no. En primer lugar, porque muchas de esas Universidades ya existían como escuelas y sólo cambiaron de nombre al acorcársele ciertos beneficios; en ellas se cultivaron la teología, el derecho, la historia y las letras, olvidándose las ciencias naturales y proscribiéndose toda filosofía que no se ajustara al escolasticismo, ya muerto en Europa. En segundo término, porque, con motivo de la guerra de sucesión, fueron clausuradas las más de las Universidades cataluño-aragonesas, únicas que de los últimos siglos medioevales podían conservar una tradición propiamente filosófica.

El descubrimiento de las Indias Occidentales influyó desfavorablemente sobre la cultura española. Hábitos de aventura y de parasitismo vinieron a complicar la perturbada megalomanía nacionalista, distrayendo del estudio y de la meditación, inconcebibles en hombres pobres y urgidos por el afán de dominio o la sed de riquezas. Y fue para enloquecer a toda la nación aquella herencia bilateral que ponía en manos de un emperador alemán la corona de España (1516), sin que hubiera motivo para distinguir si tocaba a Carlos ser V de Alemania o I de España.

Sus cuarenta años de imperio fueron ofuscadores para la Europa entera; al abdicar le sucedió el trágico Felipe II, cuyo reinado señaló el apogeo político de la monarquía española (1556-1596).

Durante este rápido ascenso político, todo se combina para preparar la ruina de la nación: el unitarismo en lo político, la inquisición en lo cultural, la despoblación en la base árabe-judía de país, el parasitismo en lo colonial, el nacionalismo antieuropeo, el imperialismo teocrático.

Es indispensable mencionar esos hechos para comprender la unilateralidad mental de España durante esos siglos. Ha escrito Unamuno que en la península todo se vuelve literatura; verdad es, pero eso no prueba incapacidad filosófica, sino que el hábito de altos pensamientos se perdió por la dictadura espiritual de la teocracia. Mientras en Europa cundía el Humanismo con Erasmo y la Reforma iniciada por Lutero, que consolidaron el principio del libre examen, los católicos de la España oficial tornáronse suspicaces y absurdos, confabulándose reyes y obispos en el trágico enloquecimiento anticultural. Por nacionalismo se

[57] E. H. DEL VILLAR acaba de publicar un interesante estudio sobre *El factor geográfico y el gran problema de España*, en la revista "Estudio", Barcelona, 1914.

[58] Calcúlase que a principios del siglo XVI Madrid tenía 3.000 habitantes, y muchas de esas ciudades más de 200.000. En 1360 contábase entre 25.000 y 30.000. Hasta 1700 la "villa del oso y del madroño" tenía indiscutida reputación de ser la capital más pobre y desaseada de Europa. En 1750 no había variado mucho. Su embellecimiento data del último siglo, convertida ya en una ciudad moderna e interesante.

empieza a odiar al extranjero, hasta aislarse de la civilización europea; [59] or fanatismo se llega a repudiar las ciencias como artimañas de herejes.

El Humanismo y las ciencias encarnan, como antes los moros, al doble enemigo de la patria y de la religión.

Todo lo que antecede es verdad; pero sería una verdad incompleta si no agregáramos que al lado de la "España negra", como la llama un escritor español, vive, palpita y lucha una España que quiere nivelarse con el Renacimiento europeo. En toda hora un anhelo subterráneo de cultura y de ideales nuevos vibra bajo la caparazón dogmática de la teocracia, buscando en Europa lo que la Inquisición persigue y ahoga en la península en cien herejías que brotan dentro de la península como reflejo del erasmismo o del protestantismo, desafiando las hogueras del Santo Oficio; y asoma también en los moralistas y críticos, bajo cuyas declaraciones de ortodoxia se transparenta una justa inquietud ante las costumbres teocráticas; y es, en otros, indecisa emancipación espiritual que no sabe ajustarse a la teología católica ni a la protestante, como en Servet; y es voluntaria proscripción en el más eminente español, Luis Vives, que para anticiparse a los demás necesita vivir, pensar, enseñar, escribir y morir en Europa, sin que la España negra lo conozca ni lo reclame.

II. -LA ESCOLÁSTICA CATÓLICA

La segunda escolástica agoniza en Europa a principios del siglo XVI y no llega al XVII. En España cultivase sin mayor lucimiento al principio, un tanto contrastada por la influencia de los erasmistas; a mediados del siglo reacciona contra el humanismo filosófico, y lo ahoga rápidamente, cuando la muerte de Carlos V y del arzobispo Fonseca dejan carta blanca a los teólogos del Santo Oficio. Durante los negros cuarenta años de Felipe II la reacción se acentúa, no desdeñando ningún argumento siniestro, hasta dejar estéril toda semilla renacentista. Florece entonces, a fines del siglo, la llamada "escolástica católica" y tócale a la España teocrática la suerte de entregar a la Iglesia el sistema monumental del jesuita Francisco Suárez, basta hoy respetado en ciertos medios eclesiásticos. El "suarismo" es la más genuina expresión cultural de la España teocrática; en ese sentido, es la más española de todos las filosofías cultivadas en la península. Después de la escolástica católica ningún filósofo original puede señalarse en España, frustándose los esfuerzos por introducir algún sistema europeo, no obstante haberse ensayado todos. En el “suarismo”, puso su alma la España católica: fue bandera y mortaja de su cultura filosófica, convertida en instrumento de la Contrarreforma. No exageró Don Emilio Castelar al escribir sus palabras inapelables: "España se ha suicidado por salvar el catolicismo”.

Los cardenales Torquemada y Cisneros parecieron alentar los estudios bíblicos; más tarde aparentó secundarios el propio Felipe II. Ese hecho contrasta, sin duda, con el fanatismo reinante, máxime si se tiene en cuenta que la lectura de la Biblia estaba severamente prohibida por esos tiempos; Carlos V necesitó un permiso especial para leerla y solamente en francés. La escolástica usualmente cultivada era la peor, la primera escolástica europea; la introducción de la segunda motivó querellas durante el entero siglo XVI, siendo frecuentes las polémicas entre los partidarios del Aristóteles primitivo e incompleto, esencialmente logístico, y los del Aristóteles completo y renovado, más naturalista.

Los peripatéticos a la antigua aplicaban su arte de disputar en el vacío a los más insolubles problemas teológicos y metafísicos, insensibles a toda influencia humanista. Representó esta tendencia el aragonés *Gaspar Lax (1487-1560),* profesor en la facultad de teología de la Soborna, dialéctico insustancial e impenitente sofista, autor de varias obras de lógica y teología, que cuentan entre las más absurdas de su tiempo, y de algunos manuales escolares de aritmética, compilados según los peores métodos corrientes por entonces. En París le conoció Vives, quien no tuvo deseos de continuar estudiando donde tan mal se enseñaba.

No quiere esto decir que en España nadie protestara ya contra esa degeneración de la escolástica; contemporáneamente a los escritos de Lax, escribió Alonso *de Herrera,* profesor en Alcalá, su meritísima "Breve disputa de ocho levadas contra Aristótil y sus secuaces" (Salamanca, 1517), acometiendo a los "teólogos y escolásticos que escriben sin entenderse a sí mismos".

Con la aparición del erasmismo parece exagerarse la suspicacia de los dominicos y de los franciscanos; altérnanse en el celo antiherético, hasta que un nuevo aliado viene a excederlos en su funesto misoncísmo.

Un militar aventurero, herido en 1521 en Pamplona, colgó sus armas ante la virgen de Monserrat, para agradecerle su curación, y dedicóse al servicio de Cristo; fue así que Iñigo López de Recalde (1491-1540), conocido luego por *Ignacio de Loyola y santificado* en su oportunidad, fundó en 1540 la orden de los Jesuitas, destinada a ejercer poderosa influencia política y cultural en la teocracia española. Autor místico de significación muy exigua, se le atribuye el libro de *Ejercicios espirituales*, regla de iniciación para los religiosos de la famosa Compañía.

[59] Felipe II llegó a jactarse de preservar a España de todo "contagio intelectual" de Europa.

Coincide la fundación de esta orden con la penetración del erasmismo y los primeros asomos de la reforma; contra ellos tuvieron mucho que hacer los jesuitas, amén de su participación activísima en las disputas entre la primera y la segunda escolásticas, más reñidas desde mediados del siglo.

Emprendiéronla contra Erasmo los teólogos reaccionarios. Fue, de todos, el más violento Diego López de Zúñiga, a cuyo nombre pueden asociarse los de Juan Maldonado, Juan Bonifacio, Antonio Rubio, Luis de Carvajal y Juan Ginés de Sepúlveda, el más importante de todos [60]; muchos simpatizantes con el humanismo volviéronse pronto en su contra, a la vez que algunos se convirtieron a las doctrinas que combatían, como Sancho Carranza de Miranda, hermano del perseguido arzobispo de Toledo Bartolomé de Carranza.

La teología produjo algunos libros místicos sin particular mérito filosóficos y otros de sentido marcadamente aristotélico, fluctuantes entre la vieja escolástica y la nueva [61]. Contra Luis Vives escribió *Lorenzo de Villavicencio, cuyo De Oeconornía Sacra (1564)* combate las ideas del ilustre valenciano en favor de una secularización de la caridad, considerada por él como una función de solidaridad social; Villavicencio sostiene, en esto, como en todo, el monopolio o la tutela de la iglesia, aunque en su *De recte formando, theologia studio,* publicado en Amberes (1565), adviértese una marcada influencia erasmista.

Mayor originalidad y afán de renovación obsérvanse en los escritos de *Sebastián Fox Morcillo* (1528-1560), autor de varios tratados y comentarios, entre los que tiene singular interés el *De Naturae Philosopiae.*

Inspirado en lo fundamental por el naturalismo aristotélico, intenta conciliar las doctrinas del estagirita con las de Platón; pone en ello mucho ingenio, distinguiéndose entre los aristotélicos de su tiempo.

En otros escritos censuró severamente a los dialécticos que olvidan la realidad al entregarse a juegos de palabras, sin por eso librarse él mismo de algunos resabios de lo que tan crudamente combatía.

Contra la dialéctica de los viejos escolásticos escribieron muchos aristotelistas modernizantes, más o menos influenciados por el movimiento erasmita. En 1540 el benedictino *Francisco Ruiz* compuso un *Index locupletissimus* in Aristóteles, etc., obra meritoria y muy citada en su tiempo. *Gaspar Cardillo de Villalpando* (1527-1581), profesor en Alcalá, publicó muchos *Comentarios* aristotélicos y una *Summa Summularon* usada como libro de texto en su Universidad. El docto humanista valenciano, erasmida y amigo de Alonso Valdés, *Pedro Juan Núñez* (1522-11602), mostróse muy innovador dentro del peripatetisimo, pronunciándose con firmeza contra la dialéctica de los escolásticos y teólogos de entonces. También aristotelista antiescolástico muestráse *Francisco Vallés* (1524-1592), profesor en Alcalá, dado a escribir con impecable oscuridad sobre la esencia de las cosas la primera, causa y análogos temas de Aristóteles, muéstrase en tal sentido más interesante y ejerció positiva influencia. Medio siglo más tarje se decía discípulo suyo *Pedro Fernández Torrejón,* que publicó en Alcalá una *Philosophia antigua,* etc (1611) Los principios renacentistas influyen de manera más decidida sobre otros aristotelistas modernizantes, que se esfuerzan por renovar la escolástica y desarraigar del peripatetismo los vicios dialécticos. En 1540 se advierte ya en la *Declaración de la diferencia de libros que hay en el universo,* publicada en Telodo por Alejo de Vanegas; en 1567 se publicó en Colonia la obra *Intistutionum dialectaticarum* del jesuita portugués Pedro de Fonseca*;* en 1569 *Juan Bazaista Monllor* publicó en Valencia su *Paraphasis et scholia,* etc, y los escritos *De Universis,* etc *y De Nomine Entelechia,* en los que se acentúa marcadamente el nuevo espíritu del Ebre exatnen en las materias filosóficas; en 1687 las censuras a los dialécticos y malos escolásticos culminaron en la valiosa obra *Primera parte de la filosofía, llamada la Lógica, o parte racional,* escrita por el doctísimo *Pedro Simón Abril.*

Más directamente vinculada a la teología y el dogmatismo católico, aparece en el siglo XVI una corriente especial en que trabajan con grande empeño domínicos y jesuitas; más menos subordinada al aristotelismo de Tomás, se desenvuelve y remata en la formación de una escolástica católica, de fundamento tomista. Los estudios teológicos abundan en España; por influencia de *Antonio Agustín,* gran filólogo y promotor de la revisión crítica del Derecho Canónico, constituyóse a fines del siglo XVI una importante escuela de erudición católica.

Tres domínicos contribuyeron con brillo a la restauración de la teología católica. *Francisco de Victoria* (1480- 556), publicó en 1577 la obra *Relationes theologicae; Domingo de Soto* (1492-1560), profesor de Salamanca, los muy leídos comentarios de la dialéctica de Aristóteles (1548), y varios tratados de poca

[60] FRANCISCO DE OSMA: Alfabeto espiritual; ALONSO DE OROZCO:

Espejo de la oración y Montaña de la contemplación; GUTIERRO GONZÁLEZ: *La doctrina Cristiana*; LUIS DOMINGO DE ALARCÓN: *El camino del cielo*; ALEJO DE VENEGAS: *Agonía del piso de la muerte*.

[61] Sobre Sepúlveda hay una buena noticia de Hauréau en el *Diccionario* de Franck, que creemos inútil copiar o glosar.

importancia; la *Summulae Summularum,* empleada como texto escolar en su Universiciad, etc. De mayor mérito es el *De Logis Theologicis, de Melchor Cano* (1509-1560) natural de Cuenca y de Salamanca; su criterio es muy ortodoxo y distinguióse por su tesón contra todo lo sospechoso de erasmismo y reformismo. Fue él quien supo extraer 140 proposiciones tachadas de herejía en el catecismo del perseguido arzobispo Carranza.

En Salamanca, publicó en *Hipotyposeon theologicarum* (1565)

Martínez Cantalapiedra; en Colonia, Luis de *Carvajal*, su notable *De restituta teología.* Los jesuitas, en colegios importantes en Roma y en Coimbra, además de los instalados en España proseguían los estudios teológicos con ahínco, sin descuidar por eso obra de penetración social y política, rápidamente agigantada, *Jaime Ledesma,* (1575) sin apartarse de la vieja escolástica, ocupóse de cuestiones dialécticas y morales. El cordobés *Francisco de Toledo* (1532-1596), cultivó el aristotelismo en sentido tomista. *Tomás Sánchez* (1550- 610), adquirió singular celebridad por su casuística y su pintoresca psicología de las pasiones carnales; no fue menor la d e Molina, cuyo *De Concordia* (1588), agitó mucho tiempo al mundo católico, planteando los problemas de la Gracia, el libre albedrío y la predestinación. De Coimbra gran fama *Pedro de Fonseca* (1599), autor de *Institutionum dialecticarm,* publicada en Colonia en 1567 y *Manuel Goes* (1593), doctísimo comentarista aristotélico.

En Alcalá fue *Gabriel Vasquez* (1604), cuyas *Disquisitiones Methaphysicae* parecen inspiradas por Suárez, a quien también siguen Benito Pereira, Pedro Hurtado de Mendoza y otros de menor cuantía.

Esta restauración jesuítica del tomismo tuvo su complemento en la moral inverosímil de la Compañía, destinada a facilitar la captación de los católicos por los miembros de esta Orden. La ética severa de los primeros Padres de la Iglesia fue substituida por un oportunismo inmoral y nocivo, que cuenta entre las más singulares perversiones de la moral religiosa. Florecieron los famosos casuistas, subordinando los intereses del intimido católico a la política absorbente de la Compañía; tocóle a España la desdicha de verse complicada en esta notoriedad siniestra y vergonzosa. [62] a introducción del punto de vista católico en la tradición tomista dio lugar a la formación de una tercera escolástica, cuando la segunda moría en Europa por la formación del espíritu nuevo. Con un carácter dogmático y religioso sobrevivió en Colonia y tuvo su mayor desarrollo en España y Portugal, cuyas Universidades alentaron el tomismo aristotelizante, con la eficacísima cooperación de los jesuitas, agentes principales de la contrarreforma.

Francisco Suárez representa la antítesis de Luis Vives en la cultura filosófica española del siglo XVI. "Suárez cifra y comprendía la filosofía jesuítica, viva y poderosa hoy todavía, y tan suarista hoy todavía, y tan como en el siglo XVI", dice con exactitud, su eminente apologista Marcelino Menéndez y Pelayo.

Es indudable que su rango en la historia de la filosofía depende del valor que se le asigne a la filosofía jesuítica por él sintetizada; no cabe dudar del valor sistemático de su obra filosófica, ni de la considerable influencia por ella ejercida sobre la metafísica católica. Hecrebord le llama "el papa de los metafísicos" y *sus Disputaciones* han sido consideradas como el breviario de la escolástica tomista durante tres siglos.

Su doctrina de la ciencia media, "en la cual pretende explicar la conciliación del libre albedrío y el misterio de la gracia ante la verdad de la razón", alcanzó notoriedad; Menéndez y Pelayo considera que hay mucha originalidad de pensamiento en la "no distinción entre la esencia y la existencia en el conocimiento intelectual de los singulares". Es de notar que esa clase de cuestiones, y ese lenguaje, proscriptos de Europa por el renacimiento, sólo reaparecen en lo sucesivo en la escolástica española.

Suárez nació en Granada y estudió en Salamanca. Desde su ingreso en la compañía cultivó la teología y la filosofía; enseñó en Segovia, Roma. Alcalá, Salamanca y Coimbra, muriendo en Lisboa. Consagró su vida entera al estudio. Fue, por ello, fecundísimo y adquirió una erudición inmensa; le eran familiares los filósofos griegos, alejandrinos, árabes y los escolásticos que le precedieron.

Consta su sistema de 54 *Disputaciones Metaphysicae,* elaboradas sobre el material de la vieja escolástica. Estima que la filosofía debe subordinarse en absoluto a la teología católica; cree que no puede existir ningún conocimiento que no concuerde con las verdades reveladas.

En cuanto respecta a los primeros principios o problemas fundamentales, se atiene a Tomás de Aquino; ese criterio impera en su primera disputa, *De natura primae Philosophiae sou metaphysicae,* en que examina los conceptos de existencia, de causa final, de Dios, de alma, etcétera. El conjunto de su obra dos XXVI volúmenes han sido bien comprendidos por Migne, París 1858) deja la impresión de que Suárez es un sistematizador del tomismo, introduciendo en éste el orden y la unidad de que carecía como doctrina

[62] Ver PASCAL: *Les provinciales.* En las páginas de este leidísimo libro se repiten a cada instante los nombres de Suárez, Vázquez, Molina, Valencia, Basilio Ponce, Sánchez, Villalobos, De la Cruz, Fernández, Martínez, Henríquez, López, Gómez, etc SAINT BEUVE: *Port Royal,* en el vol, III ilustra docta- mente la querella entre molinistas y pansenistas, a la que también se refiere accidentalmente en otros volúmenes de la misma obra.

general de la Iglesia católica. Si no hay en Suárez una originalidad esencial, son indiscutibles su coherencia y su método.

La exaltación del sentimiento religioso produjo un género literario que representa un aspecto interesante en la mentalidad filosófica española.

En el siglo XVI Eckard, Tauler, y principalmente Ruisbroeck (1294-1381), habían llevado el misticismo a extremos ascéticos, haciendo consistir el verdadero amor de Dios en una contemplación que ponía al hombre fuera de la realidad; esta corriente renace en España. En el siglo XVI al mismo tiempo que la homiliética alcanza una altísima inspiración. La mística española es poesía pura, en verse o en prosa, pero siempre poesía psicológica y moral. Para algunos críticos literarios constituye lo fundamental y más original de la metafísica religiosa en España; para los críticos filosóficos representa uno de los más altos géneros literarios de la península. Es legítima esa disparidad de opiniones.

Junto a los nombres de Santa Teresa de Jesús (1515-1582), San Juan de la Cruz (1542-1591), Fray Luis de Granada (1504-1588), Juan de los Ángeles (1536-1609), Diego de Estella (1524-1578), Pedro Dalón de Chaide (1530-1596) y otros menores, destácase el del eminente platónico Fray Luis de León (1528-1591), preclaro ingenio erudito, sobrio teólogo y poeta inspiradísimo; sus obras reflejan un profundo misticismo y un desdén por la vanidad de las cosas humanas, igualándose la belleza de la forma con la hondura del pensamiento. La mentalidad de estos místicos y ascéticos es profundamente individualista e introspectiva, lo que explica su peligrosa inclinación a la originalidad y al libre examen; dejándose llevar por la verdad sentimental, apartáronse con frecuencia de la verdad teológica, representada por el Santo Oficio, siendo lo más de ellos perseguidos por la Inquisición, y algunos encarcelados.

III. -TENTATIVAS RENACENTISTAS: ERASMISMO, PREFORMISMO Y HUMANISMO

La influencia del humanismo y la Reforma, contrastada por la España negra, hízose sentir en buena hora; dentro de la península con prudencia y timidez, fuera de ella con mayor acentuación y eficacia.

En el Humanismo señaláronse dos corrientes bien diferenciadas: la puramente literaria y la propiamente filosófica. La primera cundió en España; la segunda fue reprimida. Se permitió en la península escribir novelas, poesías y dramas: fueron al Index los libros de ciencia o de simple teología no ortodoxa. Los erasmistas y los protestantes españoles –no bien diferenciados en tiempo alguno, pues la persecución católica se inclinaba a confundir a todos en la herejía de los segundos, y muchos luteranos preferían pasar por erasmistas para no ir derechamente al "quemadero" -constituyen un grupo numeroso y selecto; es innegable que en un ambiente propicio habrían podido hacer por la cultura española tanto como los de cualquier otro país.

Bueno es advertir que muchos teólogos católicos de Europa se inclinaban a ver en Erasmo un protestante más peligroso que el mismo Lutero; y no andaban descaminados. Toda la batalla filosófica del Renacimiento se planteaba sobre un principio filosófico; el libre examen.

Erasmo, hombre de mundo y espíritu sutil, lo introdujo sin agredir con violencia a la iglesia de Roma y antes procurando cultivar sus simptías; Lutero, de temperamento exaltado y menos acomodaticio, llevó el ataque directo contra el papismo y la corrupción de la Iglesia, obligando a ésta a soportar el erasmismo para no duplicar el número de sus enemigos.

Del filósofo nació una nueva iglesia.

En 1492 nació, en Valencia, el eminente *Luis Vives,* de una familia oriunda de Francia y que vivió en Cataluña, dando vástagos a los ejércitos de los reyes de Aragón. Estudió en Valencia, donde poco pudo aprender; [63] n busca de otras luces dirigióse a Europa, después de asistir en su Valencia al espectáculo de Autos de Fe en que las mujeres eran quemadas vivas. En 1509, a los diez y siete años de edad, encontróse en París, donde frecuentó algunos compatriotas que enseñaban o estudiaban en la Universidad. El ambiente cultural era muy reaccionario, especialmente el de sus compatriotas, que le cercaba de inmediato.

Terminados sus estudios en tres años no se atrevió a tomar el camino de España; en 1512 dirigióse a Brujas, donde abundaban los comerciantes españoles, afanoso de ganarse dignamente la vida y de seguir su vocación de estudioso. Escribió algunos trabajos insignificantes, hasta que en 1516 conoció a Erasmo; tenía éste cuarenta y nueve años y Vives veinticuatro. Su amistad fue creciendo; nunca pudo encontrar un mejor discípulo el maestro de Rotterdam. En 1519 Vives fue nombrado profesor en el Colegio Castrense, agregado a la Universidad de Lovaina, donde frecuentó a erasmistas ilustres, vinculándosse definitivamente al movimiento humanista.

[63] "La enemiga suerte le obligó a disciplinarse bajo la férula de algunos insignificantes dómines y atrevidos sofistas, de los que luego renegó... pintándolos con enérgico estilo y con la realidad que es de suponer en quien tan de cerca les conocía y aun les había seguido en sus extravíos". BONILLA loc. cit., pág. 35.

Después de haber escrito su interesante *Epístola contra los falsos dialécticos*, aconsejóle Erasmo que emprendiera sus *Comentarios* (1522) a San Agustín, obra que le valió renombre y consideración, mereciendo figurar bien pronto en los Índices del Santo Oficio y compartir entre los teólogos católicos las antipatías de que Erasmo era objeto encubiertamente, aunque éste evitaba complicarse con Lutero y cultivaba la protección de los Romanos Pontífices. [64] rasmo era un protestante que trabajaba dentro del catolicismo. En 1523 enseñó Vives en el Colegio del Corpus Christi, en Oxford, regresando al poco tiempo a Brujas, donde contrajo matrimonio. Por esos años el eramista español Juan de Vergara propúsole ir a enseñar en el claustro de Alcalá, no aceptando Vives por temor al fanatismo imperante en la península donde a no dudarlo, hubiéranle esperado las mismas persecuciones de que fueron objeto los erasmismas y protestantes no emigrados. Compuso en 1529 los cuatro libros *De Concordia et Discordia in humano genere* y en 1531 apareció su obra maestra *De Disciplinis* en veinte libros, desenvolviendo el concepto fundamental de la filosofía renacentista, que poco antes, en Padua, había fijado Pomponazzi (1462-1526) en una frase inmortal: "la observación y la experiencia son la balanza de la verdad".

La admirable *De Anima et Vita* se publicó en 1543, tres años después de su muerte, acaecida en Brujas (1540) al poco tiempo de morir su maestro Erasmo (1536).

La vida y las obras de Vives, muchas veces escrita y reeditadas, han encontrado un brillante biógrafo y comentarista en el meritísimo escritor Bonilla y San Martín. Sus *obras completas* han sido editadas en Valencia, en 1782, por Mayans y Ciscar.

El docto valenciano comparte con Erasmo la gloria del movimiento humanista en la filosofía. Tranquilo y conciliador, su lema fue *sine querela;* ello le apartó de Lutero, a quien, por otra parte, nunca combatió explícitamente. Fue, en cambio, adversario firmísimo de la escolástica católica, criticando sin piedad su falsa dialéctica y sus pseudos-ciencias. Entendía que el saber humano debía fundarse en la experiencia y demostró la necesidad del libre examen para la interpretación de todos los textos antiguos; antepuso su criterio personal a la autoridad dogmática. Su *De Disciplinis* es una obra enciclopédica y concebida con gran amplitud de criterio; examina las causas corruptoras de las ciencias y procura establecer las líneas generales de su ulterior restauración. Verdadera metodología de las ciencias, renuévase en ella la tentativa de Rogerio Bacon (1214- 294), en sus tres Opus, y se anticipa a la definitiva instauración del método científico por Francisco Bacon (1561-1626), en el *Novum organum.*

En metafísica muéstrase Vives muy esquivo, oscilando entre las ideas aristotélicas y las cristianas, inclínase a pensar que esos problemas exceden a la humana capacidad, poniendo fuera de la razón los problemas esenciales de la divinidad y del alma, cuya necesidad le parece esencialmente cristiana, con marcadas influencias socráticas y estoicas.

Las ideas metodológicas de su *De Disciplinis* las aplicó luminosamente en *De Aninta, et Vita,* obra profunda, original, nueva, científica, que ejerció merecida influencia en los siglos XVI y XVII. En vez de estudiar el problema de la esencia del alma, se aplica a estudiar las manifestaciones de la vida psíquica con un criterio puramente empírico y funcional. Separó siempre lo propiamente descriptivo, de toda especulación teológica. Considera las manifestaciones del alma como un resultado de la vida orgánica, consciente e inconsciente; las funciones psíquicas superiores le parecen depender de las funciones biológicas inferiores. Asigna al cerebro la función de conocer, aunque en su tiempo no podía tener cabal idea de su estructura y fisiología. En cuanto atañe a su observación introspectiva, y siempre que describe las manifestaciones de la actividad mental, es verdaderamente asombroso por su precisión y su espíritu crítico. Lange le considera precursor de la moderna psicología empírica; podría agregarse que el *De Anima et Vita* conserva en nuestros días un valor actual, además del puramente histórico.

La influencia de Erasmo en España fue considerable. Muchos teólogos de las Universidades peninsulares mantenían correspondencia con él y con Vives, introduciendo la semilla del humanismo. Había en todos un deseo de renovación y de libre examen, mal acallado por el terror que sembraba doquiera la Inquisición. Se discute si Carlos V los acompañaba con su tolerancia y simpatía; pero es evidente que la expansión española en Flandes había puesto en contacto a muchos españoles con Europa, no pudiendo evitar un abierto contagio del erasmismo, tolerado a disgusto por los ortodoxos, y una infiltración de la herejía luterana, abiertamente perseguida.

Alonso de Fonseca, arzobispo de Toledo; Pedro Juan Oliver de Valencia, los Valdés, los Enzinas, los Vergara, Alonso de Virués, Luis Núñez Coronas mantenían relación con Erasmo y Vives, y varios de ellos fueron perseguidos y condenados a abjurar públicamente de sus errores, librándose de otras consecuencias por ser los más de ellos protegidos por Carlos V. Además del gran prestigio literario

[64] "¿Cómo negar que las atrevidas afirmaciones del doctor de Rotterdam acerca de la función de las Ordenes religiosas de la potestad pontificia, de las ceremonias eclesiásticas, de los ayunos, del celibato de los clérigos, de la divinidad de Cristo, del divorcio, de la Inquisición, de la Teología escolástica, etc., etc., habían de suscitar contradicciones, contenidas, sin embargo, por la protección que a Erasmo dispensaron Papas como León X, Adrián VI, Clemente VII y Paulo III?" BONILLA loc. cit., pffig. 123.

alcanzado por el humanismo eramista [65], en libros de índole varia se insinuaban discordancias dogmáticas de igual tendencia, preludiando el nuevo giro que tomarían las doctrinas después de 1530, fecha en que la dicta de Worms condenó a Lutero.

Hemos repetido que el eramismo era, en España, la carátula protectora de la protesta. El luteranismo se insinuó, prudente y enmascarado siempre, aun entre teólogos y dignatarios que parecían combatirlo de buena fe. Famoso fue el proceso del domínico *Bartolomé Carranza,* arzobispo de Toledo, que absolvió a Carlos V sin tomarle confesión y fue objeto de horribles persecuciones. *Juan* Valdés se pronunció abiertamente por la Reforma, que tuvo algunos partidarios de significación entre los primeros erasmistas y llegó a formar dos núcleos importantes de predicación evangélica en Sevilla y Valladolid. [66] as persecuciones contra estos protestantes fueron violentísimas, especialmente al morir Carlos V y subir al trono Felipe II. Los dominicos viéronse estimulados en su celo por los jesuitas; bien pronto hombres y mujeres fueron quemados vivos. Muchos huyeron de España, refugiándose un crecido número en Ginebra. En 1570 la Inquisición había acabado con el protestantismo español. [67] na de las figuras más singulares y atípicas del protestantismo español fue el aragonés *Miguel Servet; nació* en 1509 y fue a morir en Ginebra en 1533, a manos del fanatismo calvinista. Docto en ciencias médicas y en teología, que estudió en Toulouse, su espíritu inquieto le impuso a oponerse con igual tenacidad a la vieja ortodoxia católica y al nuevo dogmatismo del inquisidor ginebrino. Entre otros títulos de gloria, comparte con Harvey el descubrimiento de la circulación sanguínea.

Ningún otro protestante español le igualó por la profundidad en el pensar.

La influencia neoplatónica es muy visible en todas sus doctrinas teológicas, principalmente en cuanto respecta a las hipostasis de la unidad; declaróse por eso contra el dogma de la Trinidad, diferenciándose originalmente de los demás antitrinitarios. Entiende que las ideas son las únicas intermediarias entre la divinidad y el mundo sensible.

Su vida fue tan azarosa como sus doctrinas. Siguió a Carlos V a Alemania y asistió a su coronación. En 1530 fue a Estrasburgo; en Hagenau publicó *Los* errores *de la Trinidad. Regresó* a Francia, estudió astronomía, matemáticas y medicina, interviniendo en estudios de algún mérito. En 1553 publicó en Lyon la *Restauración* del Cristianismo, que le atrajo el odio de católicos y protestantes.

Fue encarcelado y huyó de la prisión, teniendo la mala suerte de dirigirse a Ginebra; como no abjurase, Calvino le mandó a quemar vivo, imitando al Santo Oficio en nombre, del nuevo fanatismo protestante.

El estudio de Emile Saisset comprende el carácter, las obras y el sistema teológico filosófico de Servet, que cuenta con una vastísima bibliografía y sigue motivando polémicas entre católicos y protestantes.

El criterio psicológico empírico-naturalista, que caracteriza el *De Anima et Vita de Vives,* reaparece en la obra meritísima del ilustre médico *Juan Huarte de San Juan,* titulada *Examen de ingenios para las ciencias.* Sin grande originalidad filosófica, en cuanto renueva el concepto de la base fisiológica y cerebral del entendimiento, es de muy grandes méritos por la forma de exposición y la agudeza analítica. Pone los temperamentos como base de los caracteres, deduciendo de ello la desigualdad de los ingenios humanos con relación a los diversos géneros de cultura intelectual. Examina las influencias del organismo sobre el temperamento y los del ambiente sobre el carácter individual. Su conclusión es sobremanera

[65] "Crecidísima era entonces en España la falange de los erasmistas. Puede afirmarse sin reparo que la mayor parte de los lileratos que por aquel tiempo se distinguían en nuestra patria, figuraban entro los admiradores y adeptos del autor del *Elogio de la locura*. Tal acontecía con los Valdés (Alonso y Juan), singularmente con Alonso, que era su partidario más devoto; Juan de Vergara y sus hermanos Francisco de Vergara y Bernardina Tovar; el teólogo sevillano Luis Núñez Coronel; Alonso de Virués, docto benedictino; el insigne arzobispo de Toledo, D. Juan Aranco de Fonseca; el humanista valentino Pedro Juin Oliver; el arcediano de Alcor, Alonso Fernández de Madrid; el ilustre Francisco de Vitoria; Diego Gracián de Alderete; el abad Pedro de Lerma; su sobrino el cancelario de la Complutense, Lis de la Cadena; Sancho Carranza de Miranda, adversario antes y ferviente admirador después; los hermanos Pedro y Cristóbal Mejía; Juan Maldonado, Nicario general que fue del arzobispo de Burgos; el secretario Juan Pérez; el obispo de Jaén, D Esteban Gabriel Merino; el obispo Cabrero; los muy originales Fernando de Herrera y Cristóbal de Villalón; Luis Mejía, Bernardo Pérez, Juan Justiniano, Juan Martín Cordero, Juan de Jarava y Francisco Thamara, Fernando Ruiz de Villegas, Francisca de Enzinas y otros de menor renombre". BONILLA Luis Vives, pág. 193.

[66] Los nombres de Juan Gil, Constantino Ponce de la Fuente, Domingo Rojas, Fernando de Texeda, Agustín Cazalla Juan Seso, Pedro Núñez Vela Antonio del Corro, Casidoro de Reina, Cipriano Valera, Francisco de Enzinas, Reinaldo G. Montana, Nicolás Sacbarles, Aranso de Castrillo, Julián Hernández. Juan Pérez de la Pineda, Carrascón, etc., están vinculados *a* este movimiento religioso, considerados individualmente, carecen de interés filosófico.

[67] Datos bibliográficos sobre el protestantismo en España se encuentran en el *Discurso Preliminar* del tomo I y en todo el tomo II *de los Heterodoxos, de* Menéndez y Pelayo (primera edición)

práctica y de valor pedagógico: deben conocerse a tiempo las características mentales de los individuos, para que cada cual procure dedicarse a los estudios más conformes con su particular naturaleza. Clasifica las ciencias de acuerdo con las aptitudes mentales que se requieren para cultivarlas: ciencias de la memoria, ciencias del entendimiento y ciencias de la imaginación; Francisco Bacon repitió esta clasificación, y es verosímil que conociera la obra de Huarte, muy difundida desde su aparición. Sin tener el interés descriptivo y mundano de *Los Caracteres* de la *La Bruyére*, con quien se le ha comparado, aventájale en fundamentos científicos; no desmerece de los mejores tratados didácticos sobre la materia. Fue traducido al alemán por Lessing, y al francés por varios.

Otras manifestaciones renacentistas se notan entre los españoles del XVI. Alcanzó nombradía el sevillano *Juan Montes de Oca*, profesor en la Universidad de Padua, y sensiblemente influenciado por Pedro Pomponazzi; como éste, sostenía la necesidad de poner la experiencia como base de todo estudio, y mantenía la distinción averroísta entre la verdad teológica y la verdad filosófica.

Mucho interés para la lógica y la estética presentan los escritos de *Francisco Sáncuz de las Brezas* (1523-601), que no escatimó censuras a los errores de la dialéctica escolástica.

En Medina del Campo el médico *Gómez Pereira (1500-1569)* publicó, en *1544, su Antoniana Margarita.* Entre otras cuestiones trata del alma de los hombres y de los animales; distingue al alma sensitiva de la intelectual, subordina la una a la otra, y niega el entendimiento a los animales, aunque sin tenerlos por máquinas como Descartes. En muchas partes no se pueden apreciar sus opiniones, por la equívoca nomenclatura que emplea. [68] urante mucho tiempo tuvo cierto renombre el libro *Nueva Filosofía de la Naturaleza del Hombre (1587),* atribuido a la joven Oliva Sabuco; era extraordinario para ser escrito por una joven española de ese tiempo. Más resultó ser de su padre, el bachiller *Miguel Sabuco y Álvarez,* con lo que dejó de asombrar, sin perder sus méritos.

Fuera de los escritos nombrados y algún otro de menor significación filosófica, el renacentismo español fue ahogado al nacer por la Inquisición. Los mismos erasmistas, relativamente tolerados mientras les duró la protección del arzobispo Alonso de Fonseca "dio alientos nuevos al oscurantismo para reanudar su patriótica tarea de perseguir a los más eximios representantes del Renacimiento literario y filosófico".

En eso se resolvió la obra del Santo Oficio en la teocracia castellana.

Considerable valor presentan las obras de varios moralistas más o menos influenciados por el humanismo literario. Destácase sobre todos los de este siglo el obispo *Antonio de* Guevara (1480-1545), historiador, teólogo y erudito; su Reloj de *príncipes o Vida de Marco Aurelio,* refleja la inspiración estoica que se acentúa en *Menosprecio de corte y alabanza de aldea, Aviso de cortesanos,* etcétera. Parecida influencia nótase en los escritos morales del filólogo *Fernán Pérez de Oliva* (1493-1533); *su Diálogo de la dignidad del hombre* es de alto mérito, así como sus fragmentarios *Del Uso de las riquezas y De la Caridad.*

El aragonés *Pedro Ciruelo* (1500-1550) estudió en Salamanca y París, siendo más tarde profesor en Alcalá; escribió contra los errores astrológicos y pseudo-científicos de su tiempo, señalando el buen criterio para observar los fenómenos de la Naturaleza, en su *Reprobación de las supersticiones;* en ese orden de ideas pronunciόse abiertamente contra Lulio, cuyo método famoso proclamó nocivo para quien estudiara en serio, en *su De Arte Raymundi Lully (Paradoxae Questiones X)*

(1538). Son de ese mismo siglo el *Diálogo e razonamiento en la muerte del Marqués de Santillana,* del doctísimo renacentista literario Pedro Díaz de Toledo; el cordobés *Francisco de Mendoza y Bobadilla* (1508- 566), arzobispo de Valencia, tuvo trato en Lovaina con Luis Vives y editó las observaciones a la Historia Natural de Plinio (1544), escritas por Fernando Núñez de Guzmán; *Miguel Sabuco y Álvarez,*

[68] BONILLA y SAN MARTÍN: "El Santo Oficio, que oprimió al insigne Antonio de Nebrija, "acusándole de temerario y sacrílego, principalmente por que siendo profesor de Gramática y no maestro en Teología, osaba poner sus manos en las Divinas Escrituras; porque no satisfecho de los códices latinos corrientes, recurría a los originales; porque requería en el sagrado interprete pericia gramatical, no sólo en latín, más en el hebreo y el griego, mucha crítica y filología"; el Santo Oficia, que destruyó dos "Quinquagenas" de lugares de la Biblia, ilustrados por aquel claro humanista; el Santo Oficio, que encarceló a Juan de Vergara, a Bernardino Tobar y al venerable Juan de Ávila, apóstol de las Andalucía; el Santo Oficio, que, procesó y tuvo en prisión al sabio filólogo y catedrático de la Complutense Mateg, Pascual, confiscándole todos sus bienes; que obligó al septuagenario erasmista Pedro de Lerma a ausentarse de su patria para morir en el extranjero suelo; que persiguió a Luis de la Cadena, cultísimo cancelario de la Universidad de Alcalá; que vejó la memoria de Raimundo Lulio, dé Luis Vives, del Venerable Granada, de Huarte de San Juan y de Doña Oliva Sabrica de Nantes: que formó causa a Fray Juan de Villagarcía, profesor en Oxford; a Martín Martínez de C. Cantalapiedra, profesor de Salamanca; al celebérrimo Arias MonLano, y por dos veces a Fray Luis de León; que condenó a cárcel perpetua al famoso humanista portugués, amigo de Vives, Damián de Goes, entre otras razones por haber comido y bebido en cierta ocasión con Lutero y Melanchton, y a prisión temporal tras largo e injustísimo proceso al arzobispo Carranza de Miranda; el Santo Oficio, finalmente, que amargó la vida del insigne poeta D. Esteban Manuel de Villegas y acibaró los últimos momentos del doctísimo Sánchez de las Brozas, mutilando algunos de sus más importantes opúsculos llenó cumplidamente su misión". (páginas 234-235).

autor del agudo tratado *Nueva Filosofía de la Naturaleza del hombre (1587)*; el erudito jurisconsulto *Juan López de Palacios Rubios*, uno de los autores de las famosas leyes de Toros, escribió muchos trabajos de filosofía natural y moral, de escaso interés. [69] ayor significación tienen los escritos de *Benito Arias Mon*tano (1527-1598), colaborador de la Biblia Políglota y procesado bajo la imputación de falsear el texto hebreo, que se publicó en Amberes; poeta místico y humanista doctísimo, tiene gran valor *su Rethorica*, publicada en Francfurt (1572), sosteniendo la suficiencia de los idiomas vulgares que deben cultivarse de preferencia al latín. En su sonado proceso defendióle Juan *de Mariana* (1536-1624), jesuita, varias veces perseguido y encarcelado por el Santo Oficio, autor de notables escritos morales, políticos y filosóficos, aunque más conocido por la injuzgable *Historia General de España*. Alcanzó celebridad europea con *su De regis institutione*, en que justifica el regicido; el libro fue quemado en París cuando Ravaillac asesinó a Enrique IV, suponiéndose que había inspirado ese crimen. Motivó polémicas. Sus páginas dedicadas a poner en contraste el buen rey, que admira, y el mal rey, que reprueba, son de una elocuencia magistral.

Fue su contemporáneo el catalán *Joaquín Setantí*, autor de *Centellas de varios conceptos y Avisos de amigo*, obras de filosofía política y moral, de entonación marcadamente realista. Se mencionan en esta época algunos economistas.

IV. -EL CREPÚSCULO DE LA MENTALIDAD ESPAÑOLA

Lope de Vega, Cervantes y Calderón ponen altísima la fama de las letras españolas después del siglo XVI; en cambio se agostan y mueren todos los gérmenes del renacimiento filosófico, sin que la escolástica triunfante pueda ostentar un nombre comparable al de *Francisco* Suárez.

La "fatal manía de pensar" está curada en España y solo algún caso esporádico se denunciará hasta mediados del siglo XVIII, en que se ensayan nuevos esfuerzos por nivelar la cultura filosófica española con la europea. No quiere eso decir que faltaran en España, por ese tiempo ingenios eminentes y pensadoras profundos; pero el terror de la Inquisición –ya bien probada con los erasmistas y los reformistas- impidió que se cultivaran los altos géneros didácticos y especulativos, orientando todas las actividades culturales hacia los géneros puramente literarios.

Si una filosofía sobrevive en España, es necesario buscarla en el teatro y la novela trasuntos fidelísimos del alma contemporánea; en ese sentido, indirecto y convencional, la hay en el teatro místico- heroico-aballeresco y en la españolísima e insuperable novela picaresca, [70]viviente psicología de una raza, sólo superada por la sabia psicología del Quijote. [71] a misma grandeza literaria fue, sin embargo. El imperio teocrático universal, que habían concebido Carlos V y Felipe II, era un absurdo histórico; pudo el Santo Oficio impedir el renacimiento científico y filosófico en España, pero fue ceguera suponer que esa restauración moral de la Edad Media podía extenderse más allá de los Pirineos. "La inquisición no fue, al fin, sino un signo -dice D. Juan Valera-, un síntoma del estado mental de un Pueblo que se hizo el campeón de lo pasado contra lo presente y contra el porvenir de la civilización, y que no pudo menos de salir harto mal Parado de la gigantesca y absurda lucha." El reinado de Felipe III (1598-1621) señala el

---

[69] Cítanse otros moralistas, humanistas, escritores políticos, estetistas, etc. Francisco Pérez de Salazar, Femando de Talavera, Fray Juan Dueñas Pedro de Navarra, Francisco de Villalobos, Pedro de Valencia, Pedro Fernández de Navarrete, el valido Antonia Pérez, Juan de Guzmán, etc. El judío convertido León Hebreo (1460-1535) no puede considerarse español; nació en Lisboa (?) escribió en italiano, publicó su libro en Roma y murió en Ferrara. Toda su biografía es incierta. Sus interesantes *Dialoghi d'amore, muy* celebrados en los medios literarios, muestran intenso influjo platónico. (Ver Ueberwegs, vol. III, 16 y bibl. 9. Munk publicó un conciso resumen de su obra en el Diccionario de Franck. Ver también: B. CROCE, en La Crítica, 1914).

[70] "Dicen por ahí que no ha habido filosofía en España y realmente, si aIgo ha habido en España ha sido filosofía. Por ella carga tanto a no pocos la lectura de Guzmán *de Alfarache, y por* no tener paladar para filosofía española es por lo que muchos no leen el Criticón ni entiennden el *Libro del Buen Amor*, desprecian el Corvacho y no calan los *Sueños de Quevedo*, la *Celestina* ni aun el *Quijote.*

"Porque todo eso es filosofía española y sus autores son los ingenios españoles. Pintar por pintar, describir por describir es cosa que nunca se hizo en España, y si a eso llaman algunos el arte por el arte, como meollo del ser del artista, en España no hubo jamás artistas, como no hubo filósofos. Pero si la moral es filosofía y lo más entrañable de la filosofía, hubo en España filosofía y hubo filósofos: demasiados filósofos y demasiado filósofos. Los que piden que *se* les descargue el *Guzmán de Alfarache* piden menos filosofía" «Julio Cejador.

(Prólogo de *Guzmán de Alfarache*, etc. Renacimiento, 1913)

[71] Ver MIGUEL DE UNAMUNO: *Vida de Don Quijote y Sancho*, Madrid, 1905.

comienzo de la ruina política, social y cultural de España; [72] elipe IV (1621-1665) y Carlos II el Hechizado (1665-1770) asisten a los funerales de la teocracia castellana.

Junto con la gloria se van las buenas letras del siglo de oro. Felipe IV presencia la batalla absurda entre conceptistas y culteranos, dos corrientes degenerativas que substituyen a los tres grandes focos de cultura literaria a fines del siglo XVI: Salamanca, Aragón y Sevilla.

La escolástica católica, definitivamente cristalizada en el suarismo, ningún brillo alcanzó en el siglo XVI. Los más de los jesuitas -agotada por Suárez la sistematización tomista- dedicáronse a perfeccionar sus instrumentos de captación espiritual, perfeccionando su casuística hasta caer en la inmoralidad y el ridículo. [73] a nos hemos referido a ese movimiento.

Honrosa excepción, el jesuita *Diego Ruiz de Montoya* introduce el criterio histórico en la enseñanza de la teología escolástica y publica *"De Trinitate"* (1625), *"De Scientia"* (1629) y otros discretos tratados que revelan un ingenio claro y metódico. Algún peripalético erudito, como Vicente Mariner de Alagón y el seviliano Nicolás Antonio, reemplaza con paciencia la falta de originalidad de esa escolástica endurecida teóricamente en el dogmatismo; prácticamente se desviaba hacia el ascetismo, cuando rehuía la casuística. El mal Aristóteles de la primera escolástica reaparece; la dialéctica asoma en los escritos teológicos de Gaspar Hurtado, de Juan de Santos Tomás y de otros pocos.

Contra esa vuelta al primitivo aristotelismo dialéctico, el médico español *Isaac Cardoso* habíase pronunciado con brío y acritud, en su obra *Phisolophia Libera*, publicada en Venecia en 1673. Para que el cuadro de esa decadencia sea complete, algunos teólogos y peripatéticos de menor cuantía se contagian de conceptualismo y culteranismo, como se advierte en los logicistas y en la homiliética de fines del siglo. Los últimos ocios teológicos son dedicados a disputas fervientes entre jesuitas, dominicos y agustinos, que tratan de apuntalar sus influencias respecti- vas, cimentando la hegemonía de los Padres, del Tomismo o de los Casuistas.

El único teólogo de la segunda mitad del XVII que alcanzó renombre fue *Miguel de Molinos* (1627-1696), místico suigéneris, inventor del quietismo. Su *Guía Espiritual*, inspirada en fuentes "iluministas" extranjeras, produjo entre monjes y beatas una epidemia de fanatismo ascético, motivando muchos procesos, que se repitieron durante todo el siglo XVIII. La *Guía* defiende una doctrina de la aniquilación de las pasiones y de la voluntad, a la manera del nirvana Ludhista. En Francia encontró algunos partidarios religiosos y mundanos; su celebridad europea coincidió con las famosas disputas entre Fencl6n y Bossuet, aprovechando este último para acusar al primero de quietismo y publicar algunos escritos famosos sobre el asunto.

Felizmente, y para honor del agonizante siglo de oro, tres grandes ingenios se dan cita a su cabecera: Quevedo, Saavedra Fajardo y Gracián.

El señor de la Torre de Juan *Abad don Francisco de Quevedo y Villegas*, nació en Madrid en 1580 y allí murió en 1645. Talento universal y de una asombrosa fecundidad, ninguno le iguala en su siglo por la agudeza del ingenio, la riqueza de imaginación, la perfección de estilo, la profundidad filosófica y la originalidad inagotable. Sin haber escrito una obra maestra extraordinaria –un Quijote, un Organon, una Comedia, una Suma, un Fausto- reveló sobresalientes aptitudes en todos los géneros; no es aventurado afirmar que en un medio propicio habría contado entre las dos docenas de grandes genios que honran a la humanidad entera. [74] n la España teocrática su pensamiento vivió apocado por la dictadura intelectual; en la Madrid de los Felipes III y IV ocupóse en disputar de culteranismo y conceptualismo, sin que el defender a éste le impidiera contagiarse de aquél. Y, por fin, hizo chistes.

Muchos chistes. Y escribió las *Gracias y desgracias del etc*.".

Por ello fue admirado durante dos siglos; destino trágico para quien llevó dentro de sí alternándolos un Cervantes, un Maquiavelo, un Luciano, un Tomás. Pues Cervantes firmaría su Buscón, Maquiavelo su Política de Dios, Luciano sus *Sueños* y Tomás su *Providencia de Dios*.

Justo Lipsio le llama “la mayor prez y la más alta gloria de los españoles".

---

[72] En 1609, Felipe III ejecutó la expulsión de los moros, más de medio millón de hombres.

[73] Sobre la educación jesuítica en España, puede leerse la serie de novelas recientemente publicadas por el cultísimo escritor Pérez de Ayala.

[74] Más de la cuarta parte de los españoles eran en aquel tiempo frailes, monjes y ermitaños. El resto no parecía que era sino de galanes caballeros, de lacayos y de pícaros. Juan Valera: *Estudios Críticos sobre filosofía y religión*. Tomo XXXIII de Obras, estudio sobre Quevedo, pág. 188 (1914)

Quevedo, graduado en teología a los quince anos y docto humanista a los veintitrés, malgastó su tiempo durante medio siglo: acaso le habría bastado vivir lejos de Madrid, y ajeno al ambiente cortesano, para no malograrse. Eruditísimo, conecta varias lenguas vivas y muertas; le eran familiares la historia v las letras clásicas, el derecho y la teología, los filósofos griegos y los padres latinos. Con todo ello no supo librarse de cultivar el retruécano, la hipérbole y el equívoco.

Quevedo no tuvo una filosofía en ningún sentido. Es admirable como satírico-moralista, admirable como escritor ascético y político. Si alguna orientación moral se acentúa en sus obras serias, es la estoico-cristiana; no se contagió de la amoralidad de los casuistas, no obstante haber cultivado con celo la influyente amistad de los jesuitas. Esta circunstancia, y su incesante profesión de ortodoxia en materia dinástica y religiosa (de muy discutible espontaneidad), dieron cierta impunidad a sus escritos satíricos, a menudo escandalosos; no tanta, sin embargo, que se librara de conocer la cárcel por imputársele una sátira política que no había escrito.

Sobre Quevedo han escrito los más eminentes críticos españoles, y no pocos extranjeros; con el andar del tiempo el conocimiento de sus obras más importantes ha borrado su primitiva reputación de humorista licencioso. [75] rudito y mundano, con visión de los asuntos públicos pocas veces igualada en España, Diego de Saavedra Fajardo (1584-1648) natural de Algezares y alumno de Salamanca, inicióse tempranamente en los nego- cios de Estado y diplomáticos. Obligado por razón de su oficio a vivir fuera de la península fue sensible a muchas tendencias europeas que apenas tenían eco en su patria. Algunos le consideran como el primer escritor del reinado de Felipe IV; lo es, sin duda, por la vastedad de su pensamiento político, más consiente que el propio Quevedo. Sus Empresas Políticas, de forma alegórica revelan gran experiencia del arte de gobernar y pueden resistir el parangón de las más famosas obras de filosofía política publicadas en su tiempo. Son de menor vuelo, aunque denotan igual ingenio, el diálogo *Locuras de Europa*, la República literaria, etc.

La tortura del lenguaje en algunos escritos, y la ausencia de originalidad substancial en otros no bastan para quitar a *Baltasar Gracián de Morales* (1601-1658) el primer rango entre los moralistas españoles de su siglo. Natural de Calatayud, fue profesor en el Seminario jesuítico de Tarragona; una laboriosa vida permitióle adquirir gran erudición literaria, de la que supo sacar eficaz partido para sus escritos personales.

Sus obras características muéstranle bajo aspectos muy distintos y reflejan dos períodos de su evolución intelectual. Culterano extremoso, sus dos primeros ensayos, *El héroe y El Discreto*, son recopilaciones de máximas y pensamientos, encadenados por un estilo artificial y quebradizo; este primer Gracián fue llevado por sus inclinaciones literarias a redactar el tratado de *Agudeza y Arte* de Ingenio, en que la retórica y poética de su escuela son eruditamente sistematizadas. Pertenece a ese período el *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, del mismo género que los dos primeros muy inferior a la fama que le dio en Alemania una muy acreditada traducción de Sebopenhauer, que probablemente le admiró en contra de alguien. Su obra fundamental de estilo menos atormentado que las precedentes fue *El Criticón*, interesantísima alegoría que basta para cimentar su fama de crítico moralista. Un salvaje es conducido a España por un náufrago y tiene ocasión de conversar acerca de las cosas y de los hombres; consta la obra de tres partes, correspondientes a la juventud, la madurez y la vejez. Mal podría indicarse una doctrina moral o filosófica propia de Gracián; no la tuvo. Su mérito, como pensador, consiste en cierta unidad de criterio moral -un desdeñoso escepticismo- para apreciar los hombres y la sociedad. Sinopsis singular de fuentes heterogéneas, Gracián acaba por adquirir una personalidad propia como estilista y como pensador, su *Criticón*, siendo antes obra literaria que filosófica, merece un puesto de honor en las bibliotecas de los moralistas. Entre los eruditos fue siempre tenido en gran valimiento y algunos lo admiran sin reservas.

El crepúsculo cultural era ya noche sombría al fallecer Carlos II El Hechizado (1700). Entre las ruinas del formidable imperio teocrático había caído el siglo de oro literario, entregado desde entonces a la paciente rumiación de los eruditos; los pueblos sin presente y sin esperanzas de porvenir, entréganse a vivir del pasado. La escolástica española ya insignificante en el siglo XVII, desciende aún más, si es posible, en el XVIII; la dictadura católica ha enmudecido a los mismos teólogos. [76] istráense algunos en aprovechar sus

[75] La edición completa de esas obras ha sido ordenada e ilustrada con varios comentarios por D. Aureliano Fernández Guerra. D. Américo de Castro ha prologado la reciente edición de El *Buscón*, publicada por *La Lectura*, de Madrid.

[76] SAINT SIMÓN, en sus *Memorias*, refiere las siguientes palabras que le dijo el arzobispo de Toledo en 1717. "Poco a poco Roma nos ha, no subyugado, sino anonadado, a punto de que ya nada somos en nuestras diócesis. Simples frailes inquisidores, dan lecciones; ellos se han apoderado de la doctrina y de la autoridad... Cuando respecta a las buenas costumbres corre por cuenta de la inquisición... El Papa es diocesano inmediato de todas nuestras diócesis, y nosotros no somos sino sus simples vicarios consagrados y mitrados únicamente para hacer curas y si en algo nos mezclamos, somos ciegamente sometidos a la inquisición, a la nunciatura, a todo lo que viene de Roma. Si un obispo los disputara en lo más mínimo, el castigo vendría incontinenti, sin que se admita ninguna alegación o excusa, pues se nos exige una sumisión muda y torpe. La prisión, el envío de obispos atadas y agarrotados a la Inquisición, y aun a

artes dialécticas discutiendo de problemas inútiles; hácenlo, por lo general, sin originalidad. El atomismo del padre *Manuel Maignan* llegó a reunir en España algunos discípulos obscuros: Diego Mateo Zapata, Francisco de la Paz, Pedro Miranda Elizalde Juan de Náxera y pocos más. El teólogo *Alejandro de Avendaño* se pronuncia por él en sus Diálogos filosóficos, etc., y le ataca el aristotélico *Fray Francisco Palanco,* autor de diálogos contra los innovadores en filosofía (1714) El médico y teólogo *Juan Marlín de Lessana,* profesor de Alcalá, acumula sorprendentes disparates en el mismo sentido en sus *Formas ilustradas a la luz de la razón,* etc.; y para demostrar que es tan ignorante médico como absurdo teólogo, combate con igual inconsciencia el tomismo y la circulación de la sangre descubierta por Servet. El docto valenciano Tomás *Vicente Tosca* interviene con su *Comprendium philosophicum* (1721), en que da razón, por mitades a peripatéticos y atomistas. *Martín Martínez* es más explícito en *Philosophia sceptica (1730),* pues tiene el buen sentido de creer insolubles esas disputas metafísicas que entre tienen a los dialécticos de su tiempo, entregándose a otras curiosas interesantes disquisiciones.

En otros sentidos puramente eruditos- pueden anotarse algunos nombres. *Gabriel Alvarez de Toledo* publicó un solo tomo de su *Historia de la Iglesia y del Mundo* (1713), mejor como teología filosófica que como historia. El jesuita catalán *Juan Bautista Gener* publicó seis tomos de una vastísima *Enciclopedia teológico- scolástica, dogmática, positiva y moral,* etc., etc., que no llegó a su término. *Enrique Flórez,* teólogo ortodoxo, introdujo cierto criterio crítico para depurar la historia eclesiástica española. Algún renombre alcanzó el teólogo gallego *Manuel Ventura de Figueroa*. El deán *Manuel Martí* fue autor de un interesante ensayo sobre la psicología de las pasiones. En 1742 se publicó la *Censura de historias fabulosas,* escrita en el siglo anterior por el sevillano *Nicolás Antonio,* e inspirada por cierto sentido científico.

Y a estos pocos nombres -superfluos los más de ellos- podría agregarse el del portugués *Martínez Pascual* (1715-1779), místico a su manera y cabecilla de la secta de los iluminados o martinistas, que intentó establecer un rito masónico-religioso en que se mezclaban curiosamente las supercherías de la alquimia con las de la cábala y del catolicismo.

Durante el reinado de Felipe V (1701-1746), borbón, educado en la corte de su abuelo Luis XIV, sintióse alguna influencia francesa en las letras castellanas. El benedictino *Benito Jerónimo Feijóo y Montenegro* (1676-1764), profesor de teología tomista en Oviedo, manifestó francas tendencias de reacción contra los dialécticos y la escolástica de su tiempo; tenía aptitudes para ser un Jordán Bruno, faltándole probablemente la ocasión de serlo. No fue menos original el jesuita José *Francisco Isla* (1703-1781), profesor de teología en los colegios de su Compañía, autor de un célebre Quijote de la oratoria religiosa: *"Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas".* Los nombres de Feijóo e Isla descuellan por otros merecimientos en la historia de las letras castellanas.

Después de Fernando VI (1746-1759), la hermética teocracia, inaugurada por los Reyes Católicos, no consigue impedir la penetración de la cultura europea. Con Carlos III se inicia la lucha por el Renacimiento científico y filosófico, prolongada hasta nuestros días y siempre vencida por la Iglesia contra los heraldos de una España Nueva; las semillas -se han probado todas- han caído en terreno infecundo. De esos nobles esfuerzos, a que están vinculados los nombres más gloriosos de la moderna España intelectual, nos ocuparemos detenidamente en la próxima conferencia; ellos representan, en España, las mismas tendencias filosóficas que han contribuido a la formación del pensamiento argentino, nacido como directa consecuencia de las reformas de Carlos III. Pero en España su lucha ha sido más difícil, contrastadas siempre por la tradición teocrática de tres siglos; diríase que las cenizas de los quemaderos" inquisitoriales han esterilizado el suelo de la península para toda filosofía que no fuera la escolástica, allí trasplantada al terminar la Edad Media en Europa.

V. –SINOPSIS

La segunda escolástica, expulsada de Europa por el Renacimiento, fue a agonizar en la España teocrática unificada bajo la hegemonía de Castilla durante el período que corre desde los Reyes Católicos hasta el reinado de Carlos III. El escolasticismo, cuyo apagamiento en Europa coincide con la Reforma, se rehizo en España como una antirreforma y tomó el carácter de teología católica, de base tomista, culminando en el ilustre jesuita Francisco Suárez. Al principio, esa corriente fue compensada por Luis Vives y algunos pensadores erasmistas, reformistas e in- dependientes; pero éstos fueron vencidos. La España ortodoxa cerró sus puertas al renacimiento científico y filosófico, sobradamente satisfecha con el amanecer de su magnífico siglo de oro literario.

Desde el siglo XVI coexisten esas culturas antitéticas: dos nacionalidades dentro de la misma España. La una, siempre dominadora, prolonga la Edad Media en los tiempos modernos y sobrevive todavía. La otra, siempre vencida, lucha por el renacimiento y la europeización cultural. Suárez y Vives las representan y

---

Roma, son ejemplos muy raros actualmente; como antes fueran frecuentes, nadie se atreve ya a correr el menor riesgo".

simbolizan: La España de ayer y la España de mañana. La verdad revelada y el libre examen; la fe dogmática y la filosofía fundada en la experiencia.

Encendidos los quemadores del Santo Oficio, quedó proscrita toda alta cultura divergente del dogma enseñado en las Universidades fosilizadas por el espíritu teológico. Erasmistas y protestantes fueron perseguidos hasta acabar con sus heterodoxias. Servet fue a morir en los quemadores calvinistas de Ginebra. Montes de Oca fue a enseñar a Padua.

Fox Morcillo inventó un prudente eclecticismo platónico aristotélico.

Arias Montano fue perseguido, lo mismo que su defensor Juan de Mariana. Dos médicos, Huarte y Gómez Pereira, se atrevieron a mirar en los dominios naturales del espíritu humano, que el magnífico Luis Vives había explorado ya; las obras de los tres fueron al *Index.*

La condición social de esa España está admirablemente retratada en la novela picaresca, la más original creación del espíritu peninsular.

Apagados los fuegos de artificio que dieron la ilusión del imperio teocrático universal, se inició una profunda decadencia.

El siglo de oro literario no fue áureo para las ciencias y la filosofía.

Tres ingenios consiguieron brillar en sus crepúsculo. El inmenso Quevedo, esterilizado por el medio; el sesudo Saavedra Fajardo, que vivió los más de sus años fuera de la península; el atildado Gracián, moralista agudísimo.

Después, hasta el reinado de Carlos III, la sombra es densa: la España teocrática duerme. En sus trágicos sueños -trágicos como sus siniestros Habsburgos -un peligroso fantasma parece espantarla: Europa. En esos siglos el alma castellana aprende a repeler la cultura europea, enemiga de la suya medieval. Sobre las ruinas del gran imperio se consolida el llamado espíritu tradicionalista, admirativo de la ignorancia autóctona y de la pobreza gloriosa, contra el cual librarán sus batallas culturales todos los renacentistas y europeístas que se suceden desde tiempos de Carlos III hasta la hora reciente de Joaquín Costa, Francisco Giner y Ramón y Cajal.

Por una triste fatalidad -triste para España y para América -esa era la filosofía del país conquistador cuando ocurrió el descubrimiento de América, sin que este juicio amengüe la culminación magnífica de sus letras ni la fortuna de sus conquistadores. Los nombres de Vives, de Cervantes, de Calderón, de Velázquez, bastan a honrar la memoria de la nación que permaneció ajena al renacimiento científico y filosófico de Europa.

LA RENOVACIÓN DE LA CULTURA FILOSÓFICA ESPAÑOLA

I. El ambiente político-social del siglo XIX. -II. Las corrientes tradicionales.

- III. El krauso-positivismo español. -IV. Los estudios filosóficos en Cataluña. -V. La regeneración por el Trabajo y la Ciencia. -VI. Sinopsis.

I. -EL AMBIENTE POLÍTICO SOCIAL DEL SIGLO XIX

Bajo cien distintas maneras, solapada o briosa, científica o literaria, histórica o filosófica, en la política, en la enseñanza, en la moral, en la cátedra y en la barricada, en el Parlamento y en el libro, siempre vencida y siempre renaciente, la tendencia renacentista antes representada por Luis Vives, aparece en España desde tiempos de Carlos III (1759-1788)

y no desmaya en sus esfuerzos. Contra el aislamiento antieuropeo de la teocracia instaurada desde los Reyes Católicos, los nuevos renacentistas pugnan por la *europeización cultural de España.*

Europeización no significa imitación servil; significa nivelamiento.

En los siglos XVII y XVIII España se puso fuera de la cultura europea, después de dar honrosa sepultura a su siglo de oro con tres grandes nombres: Quevedo, Gracián y Saavedra Fajardo. No es posible afirmar otra cosa sin mentir; ya hemos visto que la culminación de su literatura coincidió con la proscripción del Humanismo y del Renacimiento de las ciencias y la filosofía. La alta cultura española quedó circunscrita a lo que permitieron los intereses de la dinastía teocrática: se enclaustró en la escolástica católica. Desde entonces, todo esfuerzo por salir de ella ha implicado un anhelo de europeización, ora confesado como en Costa o Altamira, ora españolizante, como en Ganivet o Unamuno. En todos ellos adviértese un constante esfuerzo por asimilar la cultura europea, transfundiéndola y adaptándola a las peculiaridades de la mentalidad peninsular, que de otro modo fuera inútil cualquier esfuerzo.

En los escritos didácticos de fines del siglo XVIII se advierte ya alguna influencia de los economistas y del enciclopedismo. Durante el reinado de Carlos III, hombre profundamente religioso, la estimula el llamado partido aragonés -antítesis del castellano, reaccionario -cuyos miembros conspicuos fueron designados con el epíteto de "afrancesados":

el más grave que en España se aplica, aun en nuestros días, a los pensadores renacentistas.

Despiertan las letras y las ciencias; parece, por momentos, que van a repetirse los entusiasmos culturales que señalaron el amanecer del siglo de oro. Floreció una brillante legión de fisiócratas. Sólo faltó un Vives, un Vives enciclopedista, más moderno y más español que el otro, un Vives que viviera, enseñara y escribiera en España y para los españoles.

Ambiente no faltaba para un filósofo, ni hombres de acción y de ingenio que abrieran las ventanas de aquella celda herméticamente clausurada por el Santo Oficio. Olavide Aranda, Campomanes, Floridablanca, Cabarrús y muchos otros, dan el tono de esa renovación política y cultural.

[77]Por ese entonces la historia se moderniza, tornándose sociología en unos y política económica en otros; asume caracteres científicos, si no contornos propiamente filosóficos. El valenciano *Mayans y Ciscar* (1699- 781), erudito reeditor de Vives y de muchos autores olvidados, publica, entre otras obras valiosas, su *Tratado de la progenie hispana,* iluminando el problema de los orígenes étnicos. El catalán *Juan Francisco Mesdeu* (1744.1817) da a luz sus veinte tomos de *Historia crítica de España,* cuyo hondo sentido sociológico hace olvidar su criterio confesional. El valenciano *Juan Bautista Muñoz* (lq45-1799) emprende con vistas científicas su *Historia del Nuevo Mundo,* que no pudo terminar. *Gaspar Melchor de Jovellanos* (1744-1811), doctísimo político- económico europeo. Europeísta también, *José Cadalso* (17411782) publicó, entre otros escritos, sus famosas *Cartas Marruecas,* de firme valor político y moral. *Francisco Cabarrús* (1752-1810)

combate la ignorancia rutinaria y el militarismo, en sus famosas *Cartas* sobre la felicidad pública, que sólo cree posible difundiendo una instrucción práctica y científica. Y son del mismo tiempo los escritos didácticos y filosóficos de *Andrés Piquer* (1711-1772), llenos de buen sentido y espíritu crítico; poco posteriores los de su sobrino, el bravísimo polemista *Juan Pablo Forner* (1756-1797), que en 1787 publicó los *Discursos filosóficos sobre el hombre,* de sabor moderno. *Zapata* escribió por entonces su violenta sátira El *ocaso de las formas aristotélicas,* mientras la crítica literaria se ilustraba con los nombres de *Capmany y de Arteaga,* al propio tiempo que florecía el más ilustre filólogo español, *Lorenzo Hervás y Panduro* (1735-1809), precursor de la filología comparada.

En muchos de ellos -no de todos- se manifiesta explícitamente la tendencia de sustituir la España de Suárez por la España de Vives; pero en el subsuelo cultural, infectado por la primera, no logró arraigar la segunda. En vez de la teología escolástica, exhausta ya, brillaron las “ciencias de papel"; es inmensa la cantidad de mediocres escritos jurídicos y de derecho político, a punto de haberse dicho con verdad que en este último “cada maestrillo tiene su librillo". Muy malo, generalmente.

Después de ese paréntesis, el reinado de Carlos IV (178810808)

señala el principio de una nueva decadencia, pronto complicada con la pérdida de la libertad nacional y la disgregación de las colonias de América.

Apenas agrietada, la muralla opuesta a toda penetración de la cultura europea volvió a consolidarse después de la crisis de 1808-1814; la circunstancia de la invasión francesa hizo que la causa patriótica fuera convertida en causa antifrancesa y antieuropea.

Las Cortes de Cádiz (1812) habían abolido el Santo Oficio; la restauración de Fernando VII fue, al propio tiempo, la restauración del oprobioso tribunal (1814) Con ese monarca resurge en pleno siglo XIX la barbarie negra. El rey entró a Madrid sobre un carro triunfal, tirado por veinticuatro mancebos, en vez de caballos mientras el pueblo se arrojaba a sus pies gritando: "¡Viva el rey absoluto!" y (grito nunca oído en la historia del mundo): "¡Vivan las cadenas!". El Renacimiento moría otra vez, amortajado por el fanatismo dinástico- eligioso. El mismo que cuatro siglos antes rematara la cruzada con la expulsión de la cultura árabe y judía; el mismo que había opuesto la Inquisición al despertar del humanismo y del libre examen; él mismo vino a cerrar todas las rendijas a la luces nuevas de los continuadores de la

[77] Algunos creen que la europeización de España se realizará "traduciendo" al español las obras de buerras autores europeos; un siglo de traducir, no ha dado aún resultado perceptible. El problema es otro: asimilar y adaptar para "nivelarse".

El brillante penador Luis Araquistain llega a decir, con cierta ironía, "en el fondo, eso que se ha denominado europeización en España, significa traducir", y considera que "la comunidad de europeizantes podría convertirse en una Liga de Traductores". Sería un trabajo inútil; la renovación de la cultura depende -aparte de otros actores sociales-, del criterio y del método puestos como fundamentos de toda la enseñanza nacional primaria, secundaria y superior. La actual cultura "europea" se caracteriza por tener sus fundamentos en las ciencias naturales: ése es el ideal que renovará la cultura española nivelándola con la europea, como quiere el ilustre Ramón y Cajal. A Araquislain responde con acierto, Miguel de Unamuno, para quien el problema consiste en "apropiarnos y asimilarnos la cultura europea -y las demás culturas- en la que tengan de apropiables o asimilables, y luego expresarlas fundirlas en lo nuestro y a nuestro modo". (Artículos en "Hispania", Londres, 1914).

enciclopedia -los ideologistas- que, en ese momento, podían llegar de Francia. Tres veces, tres, el mismo infortunio de la miseria cultural y moral fue cernido sobre España por la intolerancia de su teocracia.

No nos incumbe opinar sobre política española; pero es necesario consignar ciertos hechos para comprender la pobreza de su cultura filosófica.

Todo lo que hemos leído o conversado con españoles ilustres, nos permite considerar que no exageró Luis Morote al escribir las páginas que iluminan esa tercera inmolación del renacimiento español. [78] n esta época volvieron a España los jesuitas expulsados en tiempo de Carlos III. El régimen reaccionario, con leves oscilaciones, fue prolongándose en la regencia de María Cristina (1833-1840) y en el reinado de Isabel II (1843-1868), cuya continuidad interrumpiera la regencia de Espartero (1841-1843) Con la Isabel llegó a tanto, que la revolución de 1868, al expulsarla fue saludada por los españoles cultos y pundonorosos como una reivindicación de la dignidad nacional.

Bajo tal régimen ninguna filosofía podía florecer en España. Por un lado, los teólogos y dialécticos seguían monopolizando la enseñanza oficial en beneficio exclusivo de la escolástica, muerta en Europa tres siglos antes. Por otro, un grupo de disidentes, inclinándose hacia sistemas de filosofía acatólicos, veíanse obligados a encubrir o disfrazar su orientación científica o positivista.

II. -LAS CORRIENTES TRADICIONALES

Un mismo carácter polémico y faccioso obsérvase en los escritos políticos-jurídicos, cuya producción no escaseó en ningún tiempo:

cuanto peores son las costumbres políticas efectivas de un pueblo, mayores son las disputas teóricas y doctrinarias que en él se producen. En España, la escasa filosofía del siglo XIX transita propósitos de ataque o defensa del régimen imperante.

La escolástica católica conservó su situación de privilegio en la cultura filosófica y en la enseñanza universitaria; pero las más de sus producciones, en ese siglo, son de carácter polémico y dirigidas a contrarrestar el "liberalismo", representado por los introductores de ideas europeas. En el fondo -y esto es lo más importante -la lucha entre conservadores y europeizantes fue, casi siempre, una lucha política entre la monarquía clerical y sus adversarios, generalmente inclinados al republicanismo laico. Este jerbo no es exclusivo de España; en todas partes la filosofía del siglo XIX Ira presentado los mismos caracteres; los sistemas de filosofía científica son bien vistos por el radicalismo y las filosofías espiritualistas son simpáticas a los reaccionarios. Las opiniones, filosóficas y políticas de cada pensador se encuadran en esas líneas generales; en los términos extremos, no podría mencionarse un clerical partidario de la filosofía naturalista, ni un anarquista defensor del espiritualismo escolástico.

Este carácter militante y político es acentuadísimo en los escritos de Francisco Alvarado (1754-1814), Juan Donoso Cortés (1809-1853) y Jaime L. Balmes (1810-1848). No falta en muchos otros, posteriores de Fray Ceferino González, muy versado en materias filosóficas, y en los de Orti y Lara. Más propiamente escolástica es la filosofía expuesta por otros tratadistas de escasa originalidad, como Juan José Urrabura, Cuevas, Mendive, Conmellos y Cluet, unos menos tradicionalistas que otros.

De todos esos nombres, y de otros más obscuros que pueden omitirse, destácase con cierta originalidad el de *Jaime L. Balmes,* que salva del anónimo a la escolástica católica de su siglo. Bello ingenio, sin duda, y provisto de cierto sentido práctico, que se identificaba con el sentido común, agregó matices a ciertos problemas de su doctrina. Dentro de ésta, su *Filosofía Fundamental* (1846) es una obra de mérito, no obstante moverse dentro de una vulgaridad plúmbea. Balmes, en efecto, no vuela nunca; no es un místico ni un metafísico. Parece teóricamente modernista por su excesiva plasticidad; todas sus intransigencias las reservó para el combate diario, cuerpo a cuerpo: había nacido polemista.

En constante comercio intelectual con la filosofía europea (que tanto habían evitado los escolásticos españoles de los últimos siglos), Balmes fue, sin quererlo, un europeizante. Así lo demuestra su intento de rejuvenecer la escolástica aprovechando ciertos conocimientos recogidos en las mismas fuentes que pretendía cegar. Su agresividad hacia las ideas nuevas tiene el ardor de una reacción contra algo que intenta penetrarlo, como si se defendiera de peligros que empieza a llevar dentro de sí; su exaltación españolista es un homenaje al tradicionalismo que defiende y se adapta admirablemente a la mentalidad antiextranjera de los intereses político-religiosos cimentados por su obra. *El protestantismo comparado con el catolicismo* es un enquiridión apologético, descollante entre los similares; quiere ser, en cierta manera una filosofía de la historia.

[78] Luis MOROU, *La Moral de la Derrota:* "Sus principios filosóficos (de los reaccionarios) se consignaban en aquella célebre exposición de la Universidad de Cervera (11 de abril de 1827), que decía al rey: "Lejos de nosotros la peligrosa novedad de discurrir que ha dominado por largo tiempo, con total trastorno de imperios y religión en todas partes del mundo. ¡La peligrosa novedad de discurrir, la fatal manía de pensar! ¡Cuántas veces se verá reaparecer ese programa para nuestro mal y ruina!" (pág. 195).

Salvó las fronteras de España y tuvo muchas traducciones. En ese, y en otros escritos polémicos, la influencia europea se transparenta a cada paso, en cuanto hubo de informarse para combatirla. Acometió el positivismo francés, naturalmente derivado del enciclopedismo y de la ideología; no perdonó al empirismo inglés, que ya se preparaba a rematar en el evolucionismo de Darwin y Spencer; y no dejó de agredir a los filósofos acatólicos de Alemania, ya fueran de cepa crítico. protestantes como Kant, ya idealista -panteístas como Hegel y Krause. Fue el adalid de una tradición y de un partido.

El poeta *Ramón de Campoamor* tuvo la "afición" de la filosofía y despachó por metafísica trascendental ciertas despampanantes divagaciones literarias. Fue, sin duda, muy leído y lo será siempre con curiosidad.

Aunque agudo como crítico, es incoherente. La falta de opiniones seriamente pensadas [79]le da cierto cariz de escepticismo; diríase que éste es simple espíritu "picaresco", transportado a regiones donde no suele aplicárselo. El *Personalismo, Lo Absoluto, El Ideísmo,* etc., son documentos originales de un gran talento poético que en mitad de su carrera cometió la imprudencia de cambiar caballo.

Actualmente cultivan la escolástica, antigua o moderna -con predominio de la orientación neotomista representada por Mercier- Juan Zaraguta, profesor del Seminario Conciliar de Madrid, autor de varios ensayos interesantes; Gómez Izquierdo, Asín, Callejón, Arnáiz, González Carreño, Serra etc. [80] espués del concordato de 1851 no hay nombres ilustres en la escolástica peninsular; sin embargo, ella sigue dominando desde su ataúd; como aquel héroe de la leyenda española cuyo cadáver fue atado sobre un corcel y siguió espantando a los enemigos. "Es claro que los estudios de Teología Dogmática y moral han debido prevalecer sobre otros cualesquiera, y nunca han faltado en nuestros cabildos varones de sólida y profunda doctrina, que son testimonio de que todavía quedan teólogos y canonistas en España". [81]Teólogos y canonistas, puede que sí; pero ninguno entre ellos- después de Balmes- merece tratamiento de filósofo.

Dos nombres ilustran indirectamente la filosofía tradicionalista española corno críticos e historiadores. *Juan Valera, [82]* spíritu menos intolerante, intercaló en su vasta obra literaria numerosas exégesis, comentarios y polémicas sobre los filósofos españoles y sus doctrinas; sus críticas filosóficas tienen mucho valor literario.

El eminentísimo erudito *Marcelino Menéndez y Pelayo* inició su carrera con las dos obras de información y crítica que hemos citado tantas veces, utilísimas para la historia de la filosofía española no obstante su intolerancia. Por su criterio filosófico Menéndez y Pelayo simboliza, a fines del siglo XIX, la España tradicionalista, sin reservas ni condiciones. Formidable polemista católico, vivió conservando hasta el fin su actitud inicial. En la *Historia de los Heterodoxos quiso* justificar los desmanes del Santo Oficio como un resultado natural del derecho histórico español, pero olvidó decir que ese derecho era el instrumento jurídico de una teocracia, y que era necesario justificar históricamente la teocracia misma. "El que admite que la herejía es crimen gravísimo y pecado que clama al cielo, y que compromete la existencia de la sociedad civil; el que rechaza el principio de tolerancia dogmática, es decir, de la diferencia entre la verdad y el error, tiene que aceptar forzosamente la punición espiritual y temporal de los herejes, tiene que aceptar la Inquisición". Con cuantas reservas deben leerse sus juicios y críticas filosóficas, es fácil comprenderlo si se recuerda que en *La Ciencia Española* polemizando con Azcárate y de la Revilla había escrito ya estas palabras muy leales: "Soy católico, no nuevo ni viejo, sino católico a machamartillo, como mis padres y abuelos y como toda la España histórica, fértil en santos, héroes y sabios, bastante más que la moderna... y comprendo y aplaudo - grega- y hasta bendigo la Inquisición, como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional del pueblo español, y no opresora de él, sino en contados individuos y ocasiones rarísimas". [83]Esas dos obras fueron escritas entre los veinte y los

---

[79] Los tradicionalistas le criticaron por novelero y los positivistas por reaccionario; nunca llegó a tener una opinión firme. Por su filosofía, "el segundo Campoamor" -como le llamó Azorín- no agregó nada al "primero" poeta admiradísimo.

[80] Después de releer la obscurísima obra de Narciso Mufioz Etude de *positivisme metaphisique* (París, 1914), parece inferirse que el autor desea rehabilitar la patrología de Agustín contra la escolástica de Tomás y sus continuadores; reprocha a la escolástica las infiltraciones aristotélicas y platónicas, que consi- dera corruptoras de la teología cristiana. No podemos afirmar que sea éste el verdadero criterio del autor, con frecuencia indescifrable.

[81] Menéndez y Pelayo: Heterodoxos, I, 24 (edición de 1911)

[82] Muy interesantes apuntes para su biografía pública D. Julián Juderías: Don Juan Valera, en "La Lectura", números de 1913-1914.

[83] Esas y parecidas citas son repetidas por cuantos se ocupan del problema cultural español; muchos españoles y extranjeros tienen la ingenuidad de refutar a Menéndez y Pelayo, publicando la estadística de las personas quemadas

veinticinco años de edad; al cumplirlos le abrió sus puertas la Academia Española -no por sus admirables estudios literarios (que aún no había escrito)- sino por la misma causa que la indujo a elegirse, en 1913, un presidente en la persona de Antonio Maura.

III. -EL KRAUSO-POSITIVISMO ESPAÑOL

Frente a la escolástica y al tradicionalismo erudito se manifestaron varias corrientes renovadoras y europeizantes. Abiertamente científicas y naturalistas las menos, concretáronse las más a intentar una regeneración cultural y moral de España mediante la introducción de doctrinas extranjeras. [84] inguna de estas influencias llegó a tener importancia tangible, alternándose ellas esporádicamente. Después de 1850 se acentuó la actividad de sus Partidarios, emprendiéndose numerosas traducciones:

Descartes, Kant, Leibnitz, Hegel y, sobre todos, Krause.

Este autor, que ocupa rango secundario entre los filósofos de su patria y de su siglo, alcanzó fortuna en España; ello no se debió al valor intrínseco de sus doctrinas, sino al *sentido ético político-pedagógico* que ellas adquirieron en manos de los krausistas españoles. Apóstoles, antes que filósofos, pusieron su mayor empeño en acometer la regeneración social de España por la difusión de la instrucción pública y de severos preceptos éticos que refrenaran las corruptelas del Poder político y religioso. Vino, con esto, el krausismo a ser el centro de todas las corrientes europeístas y en torno suyo giraron los Partidarios de otras influencias, principalmente el hegelianismo y el positivismo. Este bloque de la renovación española contra el tradicionalismo teocrático influyó en el acontecimiento político más significativo de cuantos presenció España en los últimos tiempos.

La revolución del 68, a la inversa de los innumerables pronunciamientos militares que durante el siglo XIX subvirtieron el régimen español, debió ser una verdadera revolución, en el sentido histórico de la palabra: política, económica, social, moral e intelectual. Hondo respiro de la mentalidad española por siglos adormecida, trasfundió en la vida pública anhelos de alta cultura; sus directores habrían rehecho la mentalidad nacional a no ser absorbidos, casi totalmente, por la politiquería, enfermedad congénita en los peninsulares y en sus descendientes hispanoamericanos.

Muchos espíritus de la época, rompiendo la coyunda que pesaba sobre las Universidades españolas concentráronse desde mediados del siglo en torno de *Julián Sanz del Río,* apóstol de esa regeneración moral.

Fue acaso, error suyo el de importar las insípidas doctrinas de Krause, que aprendiera de los discípulos Roeder y Loenhardi, durante sus estudios en Heidelberg y Praga (1844-1850). Pero el error se aminora pensando que Sanz del Río tomó el krausisino como simple instrumento para auspiciar una *moral cultural,* capaz de orientar la actividad política de la generación que frecuentó su cátedra de historia de la filosofía hasta 1869, año en que murió.

Sus obras, valiosas por su sentido político- social, son insignificantes por su valor científico y filosófico, sin que esto haya amenguado su eficacia. [85] u cosecha de brillantes ingenios fue vastísima en la política y en las Universidades. Fueron sus discípulos Fernando de Castro, Tomás Tapia, Augusto G. de Linares, Mariano Arés, Gumersindo de Azcárate, Alvaro Zafra, Rafael de Lara, Ruperto Navarro Zamorano, Manuel de la Revilla Joaquín Arnau e Ibáñez Manuel Ruiz de Quevedo, Hermenegildo Giner; con el krausimo tuvieron estrecho contacto hombres que fueron sensibles a otras influencias filosóficas europeas, principalmente los tres conspicuos españoles; *Salmerón, Castelar y Pí y Margall,* que, juntos, constituyeron la más brillante trinidad intelectual de la España moderna. En todo tiempo el krausismo mantuvo firme vinculación con la corriente positivista; en la actualidad sería difícil señalar los límites de ambos, que son el núcleo inicial de una posible filosofía científica española.

---

o perseguidas por la Inquisición en España, que se cuentan por centenas de millares. Si aquí citamos las opiniones del eminente crítico, es para explicar la exigua confianza que merece cada vez que trata los problemas de historia filosófica relacionados con sus creencias religiosas. Baste recordar que al final del tomo III de los *Heterodoxos* (1882), se leen éstas palabras: "Todo lo contenido en estos libros, desde la primera palabra hasta la última, se somete al juicio y corrección de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, y de los superiores de ella con respecto y obediencia rendida".

[84] Hubo eclécticos cowinianos, como García Lima; cartesianos, como Martín Mateos: la influencia escocesa de Hamiltor se siente en los escritos, de José J. de Mora y de los catalanes Martín Eixalá y F. J. Llorens; la de Kant, en Rey y Heredia; la de Renouvier, en Nieto Serrano; la de Vacherot, en Indalecio Armesto; A. M. Fabié fue hegeliano neto y menos acentuadamente lo fue F. Fernández y González.

[85] "No publicó muchos libros el inmortal maestro; su acción fue más bien personal como profesor público y privado; fue, además, una acción educativa, impuesta por una vida ejemplar, modelo de sinceridad científica, de honradez, de moralidad". ADOLFO POSADA, *Literatura* y Problemas *de la Sociología.*

Filosóficamente, en su conjunto, el movimiento krausista español se transformó en una de tantas manifestaciones del liberalismo positivista, sucesivamente representado por Comte en Francia, Spencer en Inglaterra, Ardigó en Italia, Ostwald en Alemania. Después de Sanz del Río, el grupo tornóse cada vez más acentuadamente republicano en lo político y laico en lo religioso, no conservando de "krausismo" más que el nombre, como un símbolo tradicional del grupo. Por eso muchos de sus adscritos no vacilaron en llamarlo "krausopositivismo", denominación introducida por Adolfo Posada. Sin alcanzar en ningún momento la significación de una escuela propiamente filosófica, conserva hasta el presente su carácter profundamente ético: "Se dice en España un krausista como antiguamente se decía en Roma un estoico, dando a esta palabra el significado de una virtud elevada hasta el puritanismo".

Su influencia cultural se ejercitó en torno de dos hombres de extraordinario valor moral: Federico de Castro, en Sevilla más fiel a la primitiva manera krausista de Sanz del Río, y Francisco Giner de los Ríos, en Oviedo y Madrid, que se inclinó francamente hacia el positivismo.

Don Francisco Giner de los Ríos es un apóstol: un santo laico. Sus escritos no presentan mucha originalidad filosófica; su verdadera gloria está en su obra de propaganda cultural y en su inextinguible actividad pedagógica. Es un hombre nacido para enseñar y para guiar. Su palabra es un verbo. Su vida un trabajo. Su conducta un ejemplo. El hombre -aun aparte de su filosofía- es uno de los pocos santos que han vivido en la Europa contemporánea.

Su nombre está indiscutiblemente ligado a la vivificación de la Universidad de Oviedo, cuyo cuerpo docente vibró por su impulso e inspiración; a esa obra fecunda vincúlanse nombres ya ilustres. *Adolfo Posada,* sociólogo y jurista de reputación europea; el doctor penalista *Aramburu; Buylla* bien conocido por cuantos estudian los problemas sociales contemporáneos; el ilustre restaurador de la historia española *Rafael Altamira,* ardiente europeísta. Con la cooperación del eminente pedagogo Manuel Cossío ha sostenido contra la hostilidad religiosa la "Institución Libre en Enseñanza".

Los hombres de este grupo han sido el alma del "Museo Pedagógico", del instituto de Reformas Sociales", de la "Residencia de Estudiantes", de la "Junta de Ampliación de Estudios" en el extranjero, y de casi todas las iniciativas encaminadas a la europeización cultural de España. [86] *on Federico de Castro* fue el centro de un movimiento similar en Sevilla; alejado de la capital política, pudo concentrarse en la labor propiamente filosófica, sin dejar de ser, en primer término, un maestro de ética cultural. Entre sus discípulos merece mencionarse Tomás Romero de Castilla.

Una personalidad interesante fue *Fernando de Castro* (1814-1874)

Encaminado hacia los estudios teológicos, cuando era franciscano descalzo, justas inquietudes le hicieron pasar del convento a la vida secular, siendo ya profesor en el Seminario de León. Fue catedrático en la Universidad de Madrid y murió fuera de la iglesia. Sus pocos escritos son menos interesantes que su vida ejemplar; su *Memoria testamentaria,* leída por sus amigos en el acto de su inhumación, es una autobiografía moral y un programa ético. Fue un místico disidente, un monje laico; su *Memoria* es una pieza singular, referible por un lado a Calvino, por otro a Comte y por otro a Krause, resolviéndose en una especie de monismo panteísta.

El eminente republicano Nicolás Salmerón ejerció grandísima influencia positivista en su cátedra de metafísica de la Universidad de Madrid; su principal discípulo, *Urbano González Serrano,* publicó una docena de obras de valor muy desigual, pero cuyo conjunto representa uno de los más sostenidos esfuerzos filosóficos de la época.

Por doctos estudios de derecho político, sociología y legislación social, destácase entre la última generación del siglo XIX *Gumersindo de Azcárate,* cuyo prestigio y consejos han irradiado fructuosamente sobre todos los hombres de izquierda en la política y la cultura españolas.

Escritos sociológicos de mérito débense a *Sanz y Escirtín,* conocido fuera de España por su monografía sobre el individuo y la reforma social. Muchos y valiosos trabajos de historia y sociología ha publicado M. *Sales y Ferre,* un ensayo sobre las nuevas direcciones de la lógica *A.*

González Izquierdo, estudios jurídicos *Jerónimo Vida y Enrique de Benito,* económicos *Vicente Gay,* culturales *Federico de Onís* etc.

La corriente científica y positivista había tenido otras manifestaciones esporádicas durante el siglo pasado. *Ramón Campos,* de Barcelona, publicó poco después de 1800 varios ensayos de filosofía social,

[86] Entre otros proyectos de expansión cultural suele hablarse en España de la reconquista espiritual de los países sudamericanos. Es indudable que, en la actualidad, los editores de libros en idioma castellano venden más del 80 por ciento de sus ediciones en América. Este comercio de librería no guarda proporción con la influencia cultural, pues lo que más se vende en América son traducciones españolas de libros europeos. El problema ha sido encarado con exactitud por Miguel de Unamuno, Rafael Altamira y Adolfo Posada, cuyas opiniones están resumidas en el óptimo libro *España en el siglo XX,* que acaba de publicar (1913) Ángel Marvaud.

de verdadera significación sociológica. El ilustre médico *Pedro Mata* escribió muy felices estudios de filosofía naturalista, acogidos por general indiferencia; justo es confesar que el krausismo, por exceso de prudencia, evitó en sus comienzos toda complicidad con los positivistas demasiados netos, considerando peligrosa en España toda posición extrema y prefiriendo una actitud ético-pedagógica que levantara resistencias menos absolutas. También se presenta aislada la personalidad de *Pedro Codina y Vitá*, no menos interesante que la de Mata. Una acción más social que filosófica cúpole desempeñar al eminente médico *Federico Rubio*, cuyas obras filantrópicas durarán más que sus escritos científicos.

Una actividad más larga y combativa es la del docto profesor de psicología experimental en la Universidad de Madrid, *Luis Simarro*, cuyo agudo ingenio y forme cultura le han hecho vivir adelantándose a su medio. En 1878 expuso las *Modernas doctrinas sobre el sistema nervioso*, fundando sobre ellas la enseñanza de la psicología y sus aplicaciones a las demás disciplinas filosóficas. Su famoso volumen sobre el proceso del anarquista Francisco Ferrer es un admirable gesto de valor moral, en cuanto Simarro no conoció jamás a aquel insignificante pedagogo, convertido en mártir por sus fusiladores, Representa *Simarro* la orientación más estricta dentro de la filosofía científica, en España, en un sentido análogo al monismo de Haeckel y Ostwald.

A esta misma corriente cultural pueden referirse los esfuerzos de educación política de las masas realizados por socialistas y anarquistas.

Prescindiendo de su espíritu partidista o sectario, les indudable que han despertado en muchos la afición por las escuelas científicas y filosóficas.

Los nombres de Tarrido del Mármol, José Prat, Jamie Vera, José Nakens, etc., han alcanzado merecida notoriedad.

IV. -LOS ESTUDIOS FILOSÓFICOS EN CATALUÑA

El pensamiento filosófico catalán-aragonés, entrado a la penumbra desde el comienzo de la hegemonía castellana, vibra apellas en el siglo XVI, con Joaquín Setanti, y no intenta resucitar hasta el XVIII. La escuela de Cervera no alcanzó a poseer maestros ilustres; perdióse lo más del tiempo en estériles discusiones entre el viejo aristotelismo de la primera escolástica y el ampliado por la segunda.

Disputábanse la hegemonía del claustro los dominicos, los capuchinos y los jesuitas, partidarios, respectivamente, del Tomismo, del Scotismo y del Suarismo. En los últimos tiempos la enseñanza tornóse ecléctica y absurda, amalgamándose nuevas influencias postcartesianas con las precedentes direcciones escolásticas.

Dos de los tipos más representativos de la alta cultura peninsular en el siglo XIX se formaron en los claustros de Cervera: Jaime Balmes y Ramón Martín d'Eixalá. Más que ellos, sin embargo, sirvió a la causa cultural de Cataluña *Francisco Javier Llorens*, maestro eficaz y sugerente; sus *Lecciones de Filosofía* serán editadas en Barcelona cuando cesen de oponerse a ello las autoridades universitarias que las tienen secuestradas, pretextando que no son bastante ortodoxas (?). Podrían mencionarse aquí el nombre del doctor Milá y Fontanas, no ajeno a la filosofía; el del escolástico Comellas y Cluet y el del positivista Pí y Margall. La obra de un krausista, *José Soler y Miquel*, fue periodística y su póstumo volumen de *Escritos* carece de significación propiamente filosófica.

Entre los contemporáneos, varios escritores tienen conquistado un puesto firme en los dominios de la filosofía renaciente.

Es justo indicar que, los más, toman su fundamento en diversas corrientes de la filosofía científica; positivista en Gener; biológico pragmatista en D'Ors; biológico-nietzcheísta en Ruiz; psicológico-biológica en Turró y físico-naturalista en Comas Solá. Esta concordancia en poner la cultura científica como premisa necesaria de la especulación filosófica, nos parece del mejor augurio para el florecimiento de los estudios filosóficos en Cataluña. La corriente teológico tradicional, no obstante el horrorisímo precedente del gran escolástico Balmes, tiene aquí menor significación que en el resto de España.

Un soplo de vida y modernidad se advierte en toda la obra de *Pompeyo Gener, cuyo* serio y continuado esfuerzo merece el reconocimiento de la nueva generación catalana; su nombre cuéntase entre los más conspicuos cultores del positivismo científico de la península. Pensador jugoso y original, fácilmente se nota que llegó a la filosofía con una sólida base científica y con una vasta erudición, que nunca dejó de aumentar. Algunos de sus libros cuentan entre los más interesantes de la España nueva y su reputación trascendió los límites de la península donde su independiente criterio le mantiene ajeno a todas las camarillas políticas y universitarias que tanto influyen en la estimación de los valores culturales. Su obra de juventud, *La muerte y el diablo*, sin ser una obra propiamente doctrinaria, le dio rango como filósofo y fue honrada con un prólogo de Littré. Sus *Herejías* son obra de varón y de español, llenas de ese hondo sentido ético y político que animó los escritos de Joaquín Costa, el vencido Sarmiento de España; Gener, como Costa, puso la ciencia y el trabajo como bases para el renacimiento de su patria liquidada, afirmando la necesidad de una renovación cultural fundada en las ciencias naturales. Cuenta en su haber otros libros muy leídos en todos los países de habla castellana, como *Amigos y Maestros*, Inducciones,

etc. En el más reciente, sobre la vida y obras de *Miguel Servet,* presenta al gran humanista español en lucha abierta contra los dos fanatismos cristianos, encarcelado por los católicos y quemado por los protestantes.

Gener es una mente europea.

La personalidad multánime de *Eugenio D'Ors* acrece diariamente su autoridad moral y su eficacia entre la nueva generación de Cataluña.

Su curiosidad sin fronteras y su poliédrica cultura le permiten transfundir savias personalísimas en su *Glosario,* especie de Suma periodística en que comenta día a día la nota más actual en el mundo de la cultura; fácil es comprender que la unidad no es un atributo esencial de esa labor sobradamente extensiva.

Ciertos trabajos de raigambre biológica le acreditan de pensador naturalista; ello no obstante sus inclinaciones literarias y su acicalamiento estilístico dan a algunos de sus escritos recientes un tono imaginativo y menos técnico. En *La Bien Plantada* esas cualidades se subrayan; es una abstracción simbólica e idealista de la realidad eterna, en que el arte se amplia en humanidad. En algunos de sus escritos reaparece un concepto alegórico: "el hombre que trabaja" y "el hombre que juega"; diríase que en ellos se humanizan y transmutan, metafóricamente, la experiencia y la imaginación, formas esenciales de toda la evolución biopsíquica. Hombre de acción por el pensamiento, teoriza con el ejemplo vivo de su formación cultural; sabe encender en sus lectores la confianza en el esfuerzo propio y su orientación ética es, más o menos, pragmatista. Gala de estilo y sumo arte de ingenio ha revelado en su último ensayo *De la amistad y del diálogo,* digno de figurar en un volumen selecto de Montaigne.

De carácter heterogéneo son los escritos del alienista *Diego Ruiz.*

Con su obra de juventud, sobre la genealogía de los símbolos adquirió merecida notoriedad; pocos nombres, en su tiempo, podían citarse en España que le aventajaran en el camino de la filosofía. Tras un paréntesis poco fecundo, ha dedicado sus más recientes escritos a la propagación multilingüe de una "ética del entusiasmo", marcadamente iconoclasta y optimista.

Algunos fundamentales problemas de sociología biológica y de psicología social han sido tratados por Ruiz en términos líricos, sabor es principalmente en el *Kosmogogischer dialog*. En su interpretación psiquiátrica de la historia se plantea la sociología biológica, simbolizando a las razas en "parejas humanas" y estudiando las leyes de su constitución y disolución; estudiando la función biológico-social del genio, adhiere a la doctrina que ve en él una fuerza de resistencia contra la degeneración individual de las personalidades intensas y capaces de reaccionar contra el medio domesticador (es decir, la llamada voluntad de potencia), se manifiesta por el Entusiasmo, y es la clave de una ética de los hombres superiores. El "súper hombre" conviértese en doctrina más propiamente biológica en Ruiz, que anuncia el advenimiento del "Ultravertebrado"; en su opúsculo *Des Ueberwirbeltier* derrocha el autor gran ingenio y logra mucha eficacia su estilo, aunque científicamente no vale el "metantropo" hipotético de Morselli o el "ultrahombre" imaginado por nuestro Ameghino, para callar de otros que han dado fórmulas biológicas similares.

En su última forma, el tono lírico y el estilo torturado, dan una impresión de nietzelteísmo literario; Ruiz, que había comenzado por donde pocos terminan, parece terminar por donde muchos comienzan. El bello decir, original y dionisíaco, priva ahora sobre el grave pensar, y en vez de escribir obras de filósofo, ha creído más sencillo anunciarse como filósofo antes de escribirlas. Hay volcado, en todo ello, mucho corazón e inspira una firme simpatía. Se comprende así, que la eficacia de sus recientes propagandas sea mayor entre las gentes de letras, siempre inclinadas a reemplazar los valores lógicos por los valores estéticos, como si las vías intuitivas de la Belleza pudieran sustituir a los caminos experimentales de la Verdad. Pasar de éstos a aquellos como ocurre a Diego Ruiz, resulta interesante y permite una mayor originalidad personal; pero la filosofía corre el riesgo de ser tanto menos filosófica cuanto más se adentra en el estatismo. Esta no significa que un mal filósofo sea preferible a un buen poeta, ni lo contrario; quiere decir, simplemente, que la literatura y la filosofía son dos cosas distintas, por su método y por su finalidad. Y se comprende que literatura no quiere decir buen estilo; aquélla distrae de filosofar y éste ayuda a hacerlo bien.

El recientísimo (1914) volumen *Los Orígenes del Conocimiento,* de R. Turró, del Laboratorio Municipal de Barcelona, estudia la formación natural del conocimiento de acuerdo con los principios de la psicología biológica; en el curso de la asimilación nutritiva el organismo va adquiriendo una "experiencia trófica", que es el punto de partida de la "experiencia sensorial", base del conocimiento y de la lógica humana.

En esta dirección no conocemos, en la bibliografía española moderna, ninguna obra que pueda comparársele; en la misma filosofía biológica europea merece contarse entre las producciones más sistemáticas, por su riguroso y excelente método. Se comprende sin esfuerzo que el autor ha entrado a la filosofía con el capital de una severa disciplina científi- ca, adquirida en muchos años de laboratorio; y se notan en la obra los beneficios de esa ventaja fundamental.

Una exposición técnica de los principios de la filosofía científica ha sido efectuada, sinópticamente y con encomiable precisión, por *José Comas y Solá,* del Observatorio Fabra. En este terreno, como es natural queda poco campo librada a la fantasía, consistiendo el mérito de tales trabajos en coordinar sistemáticamente las leyes e hipótesis más legítimas que pueden inferirse del estudio de las ciencias físico-naturales.

En el dominio particular de la estética merecen recordarse varios estudios monográficos del profesor *José Jordán de Urries;* más que a exponer una doctrina personal, están encaminados a comparar las diversas corrientes que se agitan dentro de la nueva estética experimental, convirtiendo en una ciencia psicológica lo que antes fue una disciplina especulativa.

Esta información sería incompleta si olvidáramos algunos estudios de historia de la filosofía publicados por eruditos meritísimos, que continúan la obra del gran Milá; entre ellos descuella *Antonio Rubio y Lluch,* afanosamente consagrado a restaurar las fuentes de la cultura catalana medieval, y su discípulo *A. Calvet,* autor de una excelente monografía sobre Anselmo de Turmeda.

Interesantes estudios de ética y psicología del pueblo español viene publicando *Carreras y Arnau,* catedrático en la Universidad de Barcelona.

Con mucho ingenio y doctrina ha desentrañado "la filosofía del derecho en el Quijote", en un libro que todo cervantista leerá útilmente; ha emprendido, además, una serie de estudios monográficos sobre los antiguos filósofos de Cataluña.

De especial importancia para la cultura filosófica catalana son las corrientes científicas muy desenvueltas en los últimos años, y que, en todos los países, convergen a renovar las fuentes mismas de la filosofía moderna.

Manuel de Montoliu, en sus *Estudios de la literatura catala*na, dedica un entero capítulo a señalar la desproporción entre el florecimiento literario y la cultura científica en Cataluña. La observación es justa; pero es necesario agregar que refleja un aspecto común de toda la cultura española. Debe hacerse otra limitación a ese juicio: las "ciencias de papel" (erudición, historia, derecho, etc.), han sido siempre, y son actualmente, copiosas en toda la península. Las que escasean son las "ciencias de la naturaleza", las destinadas a observar y experimentar sobre la realidad que rodea al hombre. Toda la cultura española desde el siglo XVI hasta el XX, puede simbolizarse en una frase: sobran archivos y escasean laboratorios.

A pesar de estas reservas, sigue pareciéndonos exagerada la opinión de Montoliu. Quien observe con interés la vida intelectual de Barcelona, no podrá suscribir sus afirmaciones: "nuestra cultura está aún divorciada de la del mundo contemporáneo, faltándonos el lazo de unión definitivo entre nuestra mentalidad y la del resto de la Europa civilizada:

la cultura científica". Sin comparar nuestra exigua información con la profunda de Montoliu, debemos hacer justicia a cosas y personas que conocemos, pues revelar un movimiento científico digno de respeto.

El renacimiento cultural se inició en la poesía y trascendió efusivamente a las letras, las artes, poniendo en ellas alguna marca original y duradera. En las ciencias no puede ocurrir lo mismo, por una razón muy simple: las ciencias no se improvisan. La inspiración artística puede ser episódica o accidental; las investigaciones científicas exigen institutos, métodos y disciplina de trabajo. En un poema vuelca su ingenio un hombre excepcional; en la determinación de una ley científica colaboran generaciones. Unamuno escribe lo que sale de su caletre; nada podría descubrir Cajal si otros no hubieran perfeccionado el microscopio y organizado los métodos histológicos. Esto quiere decir que la originalidad científica es siempre y necesariamente distinta de la literaria; resulta absurda la aplicación de igual medida a dos asuntos absolutamente heterogéneos.

Por estas razones creemos lícito atribuir tanto valor cultural a los estudios psiquiátricos de Giné y Partagás, a los bacteriológicos de Ferrán, a los pediátricos de Martínez Vargas, a los biológicos de Turró, a los fisiológicos de Pi Suñer -para citar a los que mejor conocemos y podemos juzgar con alguna competencia - omo a las poesías de Verdaguer y Carneut, o a los dramas de Guirnerá y Rusiñol.

Las dos grandes corrientes científicas de verdadera influencia filosófica son las ciencias biológicas y las ciencias sociales. Dentro de las primeras, la patología mental ha contribuido a resonar la psicología; dentro de las segundas, la sociología ha puesto bases nuevas a las corrientes ético-pedagógicas.

Acaso una insuficiente competencia haya desviado nuestra atención de otras ciencias naturales; parécenos que la renovación científica iniciada en la Universidad de Barcelona se percibe más acentuadamente en los estudios médicos, cada día más inclinados hacia la enseñanza clínica y la investigación experimental. El cambio es muy sencillo en estas décadas.

Es notoria la popularidad de *José de Letamendi, cuyos* aforismos y escritos, por su recto sentido moral, alcanzaron gran boga en todo el mundo médico de habla española: su nombre señala el fin de la vieja escuela pues en sus refranes y consejos campea un burdo empirismo, que es la antítesis de los verdaderos métodos científicos. Con espíritu amplio y generalizador, éstos fueron eficazmente propiciados por los

Jaime M Suñer, Salvador Cardenal, Giné y Partagás, Rodríguez Méndez, J. Valenti Vivó, maestros de alta envergadura, cuya obra fue secundada y continuada por los Coll y Pujol, Suñe y Molist, Carulla Martínez Vargas, Vallejos Lobón, Fargas, Bartrina, Augusto P. Suñer, Celis, distinguidísimos todos en sus especialidades respectivas y algunos ya respetados fuera de España.

Bajo su dirección, modernamente orientada, fórmase actualmente una generación nueva de estudiosos que honran a la escuela médica barcelonesa. ¿Podría aplicárseles justicieramente las palabras del distinguido crítico citado?

Los estudios biológicos y experimentales, iniciados hace ya algunos años, [87] ncamínanse a un brillante desarrollo por la fundación de la Sociedad de Biología, cuyos trabajos son editados por la Sección de Ciencias del "Institut d'Estudis Catalans". Los del año 1913 constan de cincuenta monografías presentadas por Agustí, Alomar, Alzlna, Ba- lasch, Bellido, Carrasco, Darder, Dargallo, González, López, Marimón, Nubiola Ors, Peyrí, M Suñer, Sayé, Turró, Verderau y Vidal.

En este orden de investigaciones científicas son de notoriedad europea los trabajos del célebre bacteriólogo Jaime Ferrán, las investigaciones antroposiciológicas de J. Valenti Vivó, la doctísima labor del higienista R. Rodríguez Menéndez, los originales estudios fisiológicos de Augusto Pi Suñer y las publicaciones de histología y neurología del profesor Carlos Calleja, hombres que honran a la ciencia catalana en el extranjero. Podrían, sin duda, citarse algunos más.

La patología mental, desamparada en España por la enseñanza oficial, alcanzó en Cataluña mayor brillo que en otra región alguna de la Península.

El admirable "Instituto Pedro Mata", de Reus, honra a toda España e inmortaliza el nombre del verdadero creador de la patología mental española. Dirígenlo el eminente profesor Rafael Rodríguez Méndez, ya rector del claustro barcelonés, y el ilustre mentalista Arturo Galcerán Granés, presidente de la Sociedad de Psiquiatría y Neurología de Barcelona.

Después de Pedro Mata son dos catalanes los representantes más conspicuos de la clásica lucha entre la vieja psiquiatría supersticiosa y la nueva psiquiatría científica, que ha durado siglos. La locura, considerada como una maléfica posesión del alma por misteriosas fuerzas invisibles, pasó a ser, poco a poco, una perturbación funcional del cerebro, cuya anatomía patológica vamos conociendo mejor día por día.

Esas dos corrientes, teológica y anatómica, estuvieron representadas en la renovación de la cultura catalana: *Pi y Molist*, el admirable cervantista que analizó los primores del Quijote, y G*iné y Partagás*, que en doctísimas obras y conferencias introdujo el criterio científico moderno en la patología mental.

Para el primero, de acuerdo con sus creencias, la locura era una desintegración total o parcial del alma; para el segundo, de acuerdo con su experiencia, las enfermedades mentales dependían de alteraciones estructurales o químicas del cerebro.

En los últimos años el laboratorio y la clínica se han pronunciado por Giné y Partagás, preparando una concepción naturalista de las funciones de la mente; hoy, todos los psicólogos toman los datos de la biología como fundamento de sus estudios. Los filósofos que no ignoran la ciencia llegan a afirmar que la psicología biológica es el eje de la moral, de la lógica y de la estética, que antes fueron ramas de la filosofía especulativa.

Son vecinos de la escuela catalana dos valencianos ilustres: el sabio psicólogo Luis Simarro y el doctísimo psiquiatra José M. Esquerdo. Y vecinos suyos son también los zaragozanos Ramón y Cajal y Gimeno Riera, el más grande neurólogo y el más moderno mentalista de los maestros aragoneses. Concebida la Cataluña grande en sentido histórico y cultural, entrarían ellos en la misma unidad en que otrora se fundían los nombres de Luilio, Vives, Sabunde Vilanova y Servet.

Los problemas económicos y sociales, básicos para toda sociología, alcanzaron mucho lucimiento en tiempo de Carlos III. Suelen recordarse varios nombres. Mardeu, Cadalso, Cabarrús, Piquel, Forner, Cammany, Campos, etc. Durante los comienzos del movimiento catalanista las preocupaciones políticas distrajeron de los estudios económicos y de la investigación propiamente sociológica. A fines del siglo pasado fundóse un Instituto de Sociología, presidido por el sabio profesor Valenti Vivó; pero languideció rápidamente. La Biblioteca sociológica internacional" difundió un tanto este género de estudios y algunos volúmenes de autores españoles llegaron a publicarse en la Biblioteca Moderna de Ciencias Sociales", dirigida por Alfredo Calderón y S. Valenti Camp.

Una fermentación sociológica, digna de mencionarse, acompañó en Cataluña al movimiento anarquista, que conviene no olvidarlo, contó durante diez años con las simpatías más decididas de mucha juventud

[87] Ver: AUGUSTO PI Y SUÑER: *Las nuevas instalaciones biológicas* de *Barcelona.* Comunicación a la Asociación Española por el progreso de las Ciencias, junio de 1913.

intelectual, diseminada actualmente en otros partidos y facciones. Algunas revistas de sociología ácrata reunieron esos esfuerzos inquietos; entre los pocos libros de alguna originalidad o eficacia, recuérdanse todavía los de Tarrida del Mármol, leidísimos en toda Europa.

Cuenta entre los eruditos de cuestiones sociológicas *Santiago Valenti Camp,* autor de *Premoniciones y reminiscencias y de Atisbos y Disquisicones,* editadas en la Biblioteca Sociológica Internacional. Su libro *Vicisitudes y Anhelos del Pueblo Español* plantea y analiza los problemas vitales de España, resolviéndolos en sentido paralelo al que señaló Joaquín Costa; no obstante su redacción fragmentaria y su escasa unidad, se puede contar entre la docena de buenos libros que la sociología política produjo después del desastre del 98. Además de los volúmenes que ha publicado, es propulsor de varias. iniciativas encaminadas a la difusión de la alta cultura, dirigiendo o asesorando traducciones europeas y ediciones españolas. Su última obra es el primer volumen de un estudio sobre las sectas y las sociedades secretas a través de la historia, comprendiendo desde las creencias de las primitivas civilizaciones hasta las últimas modalidades del sindicalismo contemporáneo.

Hemos leído varias referencias a una "tradición pedagógica catalana" que pretende ampararse bajo el heteróclito abolengo de Lulio, Vives, Rerach y Balines; no podemos nombrar, acaso por ignorancia ningún pedagogo catalán contemporáneo. No conocemos otro nombre que el de Francisco Ferrer, cuyas opiniones pedagógicas parécenos de una absoluta insignificancia; su título para el monumento de Bruselas es un fusilamiento absurdo.

V. -LA REGENERACIÓN POR EL TRABAJO Y LA CIENCIA

La última generación del siglo XIX asistió al "Desastre" de 1898, fin del poderío colonial de España. La crisis motivó una particular literatura sociológica, de orientación europeísta y antitradicional. Libros muy diversos por su criterio originario, convergieron a auspiciar una renovación de la ética española oponiendo las virtudes del trabajo y los dictados de las ciencias a las dos tradicionales carcomas del carácter español: la pereza y la rutina. Estas, solamente éstas, causaron la pobreza y la incultura de España.

Hay, sin duda, mayor filosofía en el "ldearium español" de Ángel Gavinet; más preocupación económica en los escritos de Joaquín Costa;' más afán de verdad política en “La Moral de la Derrota", de Luis Morote; mayor sentido de la realidad en "El Problema Nacional, de Ma- cías Picavea; fondo ético y más anhelo culturales en las obras político- sociológicas de Adolfo Posada; en la psicología del pueblo español, de Rafael Altamira; en "Problemas urgentes de nuestra educación nacional, de Francisco Giner; en "Hacia otra España", de Ramiro de Maeztu; en "Educación nacional", de Aniceto Sela; en la más reciente "Ética española", de Eloy Luis André, etc. Son libros de ayer, de hoy; revelan un momento del alma española inquieta de renovarse por no morir sobre el Desastre.

Grande agitación en la península produjeron los escritos económicos de *Joaquín Costa,* cuyo carácter práctico no impide descubrir en ellos un sesudo pensamiento sociológico y moral; fueron el programa de una famosa Liga que se proponía "procurar por los medios más enérgicos y eficaces la inmediata reconstitución de la nación española", sin descuidar, entre ellos los relativos a la instrucción pública y al cultivo de las ciencias. Trazó Costa las líneas de la "europeización" de España, coincidiendo con las ideas que medio siglo antes desarrollaron Juan B.

Alberdi y Domingo F. Sarmiento al predicar la "europeización" de la Argentina y de la América española. La regeneración moral de España debía tener por base el renunciamiento a la sistemática mentira heroico-caballeresca [88]y fue sintetizada en una frase que alcanzó merecida celebridad: "Doble llave al sepulcro del Cid, para que no vuelva a cabalgar"..

[88] Escribía JOAQUÍN COSTA: "Vivimos todavía los españoles en el período mítico y fabulosa de nuestra vida racional. Todavía nos fascinan y nos acaloran las luchas de moros y cristianos; todavía nos obsesionan el descubrimiento de las Américas y los galeones cargados de metales preciosos; nos decimos el pueblo de San Quintín y de Lepanto; llenan aún nuestra imaginación los rrambres de Viriato, el Cid, Roger de Lauria, Hernán Cortés, El Gran Capitán y el Duque de Alba; nos duele que hayan pasado para no volver aquellos siglos en que el sol no se ponía nunca en nuestros "dominios"; nos figuramos aún nuestras fronteras como diques impenetrables a toda invasión extranjera, y nuestro pueblo, el más valiente y el más hazañoso de la tierra... No hay clima tan benigno como nuestro clima, ni cielo tan próvido como nuestro cielo, ni suelo tan fértil y abundante como el suelo de España; aquí la Naturaleza provee generosamente al sustento del hambre casi sin esfuerzo; brota la tierra por do quiera espontáneamente frutos en abundancia, y el español, este haragán eterno, tendido a la sombra de los árboles, apenas tiene que hacer más sino extender la mano para coger el pan que liberalmente le están brindando plantas y animales; no hay otro como él tan harto ni tan regalado; los demás pueblos se morirían de hambre si nosotros no les ofreciéramos las sobras de este festín espléndido a que nos tiene perpetuamente convidados la Naturaleza; ni hay ingenio tan profundo, ni talento tan vasto, ni lengua tan rica, ni dicción tan galana como la de los españoles; en menos tiempo del que emplea un extranjero para plantear un problema, el español le adivina la solución; y así recordando nuestras glorias científicas, más veces fingidas que reales, de otros tiempos, nos juzgamos sabios; soñando en las riquezas a su vez soñadas, de otros siglos nos creemos ricos; y saturados de la leyenda con que los árabes nutrieron y adulteraron nuestro carácter nacional, convertimos a España en una especie de fantástica Jauja, sin que sean parte a

Poco duró el entusiasmo por tan justos anhelos; ellos murieron cuando se calmó el dolor del Desastre.

Algunos pensadores, con loable clarividencia, afirmaron que el porvenir de España estaba en estrechar sus vínculos culturales con la América latina; ese movimiento se continúa aún. [89] uvieron cierto desarrollo, en los últimos años, las doctrinas positivistas del derecho penal. Con tendencias morales, antes que científicas, había ya abordado estos problemas la fecundísima escritora *Concepción Arenal. Muy* valiosos estudios de criminología débense a *Rafael Salillas y o*riginalísimos trabajos de Ciencia Penal a *Pedro Dorado Montero,* honra de la cultura científica española; cuéntase en este orden otros nombres ya respetados: Constancia Bernaldo de Quirós, Eugenio Cuello Colón, Fructuoso Carpena, etc. La patología mental y las ciencias biológicas afines, cuya importancia en psicología -centro actual de las disciplinas filosóficas -es creciente, tienen en España muchos y notables cultores: Miguel Gayarre, César Juarros, Royo Vilanova, J. Gimeno Riera, R. Álvarez Salazar, Albiñana y Sanz, Ricardo Añibarro, E. Fernández Sanz, A. Fernández Victorio, Rubiano, Antón y Fernández, Sánchez Herrero, E. Navarro Salvador, etc. En otros sentidos, convergentes a la filosofía científica, merecen recordarse los estudios de química biológica de José R. Carracido y las investigaciones de médicos legistas como Tomás Mestre, Lecha-Martínez y Antonio Lecha-Marzo.

Convergen hacia la filosofía científica los profesores Julián Besteiro (naturalismo de Mach y Ostwald), José Castillejo, Leopoldo Palacios y Lorenzo Luzuriaga (krauso-positivistas), Martín Navarro Flores (positivismo spenceriano), Eloy André (filosofía científica de Wundt), José Verdes Montenegro, Ferrilín Herrero Baylló, Lafora, Santamaría (psicología de orientación experimental) y el ya eminente histólogo N.

Achúcarro.

Algunos universitarios jóvenes, convencidos de que no hay tradición filosófica española han creído de provecho introducir en España una de las escuelas que están de moda en Europa. Dado el profundo sentimiento antifrancés de los españoles, en vez de acudir a Bergson optaron por el neokantismo de Marburgo, su equivalente alemán como filosofía ecléctica, equidistante de la atrasada escolástica española y del naturalísimo científico muy resistido en España. Los neokantianos españoles cultivan el derecho y no desdeñan las matemáticas; no profesan las ciencias naturales. Entienden ejercer una función moral y política, en lo que parecen continuar las huellas del krausismo; en España dicen que "es otro krausisino". Aunque no exteriorizado aún en obras filosóficas, su influencia cultural es ya muy apreciable. Encabeza el grupo el distin- guídisimo profesor José *Ortega y Gasset, y a* él pueden referirse Manuel G. Morente, Luis de Zulueta, Domingo Barnés, Francisco Rivera y Pastor, De los Ríos y otros jóvenes.

Personalidad original e incalificable, *Miguel de Unamuno,* es un removedor de ideas y de ideales, en cuyas obras se ha acentuado gradualmente su preocupación por los problemas filosóficos. Temperamento crítico e insaciable, no ha sistematizado sus ideas en ningún sentido, sus primeros libros eran simpáticos a los hombres de izquierda; los últimos parecen inclinarse a un ascetismo individualista, como si el alma de los místicos del XVI, se reencarnase en un anarquista contemporáneo.

El agudo psicólogo de Vida *de Don Quijote y Sancho,* idealista lírico y entusiasta, reaparece conmovido ante el problema de la muerte y el más allá, en *El sentimiento trágico de la vida,* más fácil de admirar que de resumir. Gustando de mezclarse en los cien problemas que agitan la cotidiana vida intelectual, Unamuno ha prodigado su labor en jugosos escritos periodísticos; si su obra de pensador ha perdido con

---

disipar este espejismo los crueles desengañas de la realidad; y si en riqueza, en saber, en poderío y en política no sostenemos el cetro de la hegemonía europea y no vamos a la cabeza de la Humanidad, culpa es exclusiva de nuestra inactividad y de nuestra desidia..."

[89] El movimiento americanista en España presenta un doble aspecto comercial y cultural. Hasta hace pocos años, las españoles consideraban a los hispano- americanos como "ignorantes ricos", reservándose la condición más honrosa de "sabios pobres"; de allí que algunos tuvieran la peregrina idea de sembrar entre los "Indianos" la sabiduría española y cosechar las pesetas americanas.

Contra esta grasera ilusión comienzan a reaccionar los españoles ilustrados que visitaron algunas Universidades Sudamericanas, comprendiendo que España anda más lenta que algunas de sus colonias en materia de' nivelar su cultura científica con la Europea. Es, sin embargo, de toda evidencia la importancia grandísima de acudir a los numerosos "Archivos" de España, en busca de todos los antecedentes de historia colonial; cuanto se haga en este sentido dará óptimos resultados. El Congreso Hispano-Americano de 1900; la expedición comercial al Plata organizada por Puigdollers; los viajes universitarios de Posada y Altamira; la Asamblea española de Sociedades y Corporaciones americanistas en Barcelona en 1911; la Federación Nacional de esas Sociedades por obra de Rafael M. de Labra y Fernando Rahola; el Centro de Cultura Hispano Americana de Madrid; la Academia Hispano Americana de Cádiz; la Casa de América de Barcelona; la Asamblea de Sevilla en 1914, y otras iniciativas e instituciones similares, son los múltiples resortes de esa creciente vinculación entre las naciones dé habla canellana.

ello, en unidad, su función de agitar la cultura hispano-americana ha ganado en amplitud y eficacia. Su nombre es de los pocos contemporáneos que parecen haberse asegurado ya una honrosa posteridad.

Los estudios de historia de la filosofía en España (que en el siglo XIX estaba fragmentariamente representada por Luis Vidart, Ceferino González, Marti Eixalá, José Fernández Cuevas, Gumersindo, Laverde y Ruiz, Patricio de Azcárate, y los ya citados de Castro, Valera y Menéndez y Pelayo), tienen un versadísimo cultor en *Adolfo Bonilla y San Martín*, profesor en Madrid y autor de Luis *Vives y la Filosofía del Renacimiento* (1903), merecidamente honrada por la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Además de muchos ensayos, monografías y comentarios, ha publicado los dos primeros volúmenes de su *Historia de la Filosofía Española cuyo* único defecto -si lo es- consiste en detenerse sobre cuestiones de historia filosófica general y en dar rango de filósofos a algunos rapsodas insignificantes. Sus méritos, en cambio, son absolu- tos; España tendrá, gracias a Bonilla y San Martín, una historia de su filosofía que pueda consultarse con provecho, y sin desconfianza." [90] demás de otras publicaciones de filosofía y psicología experimental, D. Manuel Navarro, profesor en Tarragona, ha publicado una exposición de las doctrinas éticas en forma de monografías individuales, libro que merece mencionarse por la claridad y exactitud de la exposición.

El autor se refiere, en particular, "a la escasez de información, en lo que respecta a la ética española. Yo creo, que no tratándose, como no se trata, de una obra de investigación, y especialmente consagrada a la historia de nuestra filosofía, hay dos razones que la justifican: primera, la escasez de material aprovechable que hay sobre estos asuntos en nuestra patria, y segunda, que en mi opinión, aunque haya habido en España moralista prácticos de gran valía y tan exigentes y sagaces como el promedio de los de otros países, no hemos tenido, ni podíamos tenerlos verdaderos eticistas, que por la originalidad de sus concepciones merezcan figurar en la historia universal de nuestra ciencia". En sus publicaciones de psicología se advierte un claro sentido de los modernos problemas de esta ciencia, que cultiva con recomendable eficacia didáctica.

Buenos estudios de crítica y bibliografía filosófica han publicado los González Blanco, Agustín Calvet, A. Rubio y Lluch, Joaquín Deleito y Piñuela etc.

Existe un grupo de escritores literarios que reflejan en sus obras una tendencia a agitar ideas, revelando reflexión y vasta cultura: Azorín, Pío Baroja, Ramiro de Maeztu, Gabriel Alomar, Mario Verdaguer, Pedro Corominas, José Paz y Meliá, Julio Nombela y Campos, Luis Araquistain, Faustino Ballvé, Juan Guixé, Julián Juderías, etc. En esta literatura las ideas tienen mayor importancia que el estilo.

Sobre todo ese movimiento de renovación cultural se destaca un nombre ilustre en el mundo, el más alto que la filosofía científica cuenta en España: *Santiago Ramón y Cajal.* Si otrora fue la filosofía una especulación individual sobre problemas inaccesibles a las ciencias, empieza ya a concebírsela como una elaboración hipotética de los principios más generales de las ciencias mismas: sobre las ciencias y no aparte de las ciencias. La lógica, la moral y la estética, son hoy tres ramas de una vasta ciencia natural que estudia las funciones psíquicas del hombre: la psicología. El conocimiento de lo real y los criterios de verdad, los sentimientos de justicia social y de dignidad individual, el juicio de valor sobre lo bello y el ideal abstracto de belleza, son funciones del cerebro humano que sintetizan la actividad de todo el organismo en sus relaciones con el ambiente natural y social. Estos dominios filosóficos son principalmente psicológicos. En ellos se mueve Cajal como creador y como maestro. Si es ilustre científico por sus doctrinas y descubrimientos sobre la arquitectura histológica del sistema nervioso, es filósofo, cuando sus agudas hipótesis fisiológicas intentan explicar los más altos procesos de la psicología humana, excediendo el límite de los hechos experimentales, que son su punto de partida.

Así como el erudito Menéndez y Pelayo representa la cultura tradicionalista fundada en las "ciencias de papel", el sabio Ramón y Cajal representa la cultura moderna fundada en las ciencias de la Naturaleza.

Sin una previa difusión de la cultura científica, [91] o podrá tener España filósofos, ni un verdadero y propio pensamiento nacional nivelado con el europeo; para especular sobre las cosas de la Naturaleza, es

---

[90] Al recibirle en la Real Academia de la Historia (marzo de 1911), dijo el eminente *Menéndez y P*elayo: "Cuando recuerda que por mi cátedra han pasado don Ramón Menéndez Pidal y D. Adolfo Bonilla empiezo a creer que no ha sido inútil mi tránsito por este mundo, y me atrevo a decir, como el Bermudo del romance que si no vencí reyes moros engendré quien los venciera".

[91] El deseo de la cultura científica es ya sentido por algunos grupos universitarios.

En Madrid, entre otros profesores, son bien notorios el naturalista Ignacio Bolívar y el ingeniero Torres de Quevedo. La "Asociación Española para el progreso de las ciencias", ha publicado una reseña de los institutos y laboratorios existentes en Madrid (junio 1913)

necesario comenzar por conocer las cosas mismas. Entre éstas, ninguna nos interesa tanto como el hombre, cuyo origen, cuyo destino y cuyos ideales son la razón esencial de toda filosofía pasada y futura. Y como el hombre es, ante todo, un ser vivo, un animal de la especie humana, para estudiarlo es necesario recurrir a las ciencias de la vida. Ramón y Cajal ha formulado un breviario de los fundamentos y condiciones técnicas de la investigación biológica; dos cualidades morales considera inherentes al buen investigador: independencia de criterio y perseverancia en el estudio. Es decir, la antítesis de la rutina y de la pereza.

La Ciencia y el Trabajo son, para Cajal, los elementos indispensables para la regeneración moral de España. La una y el otro necesitan ser alentados por un ideal: la Verdad. Sin ello no habrá cultura científica ni pensamiento filosófico. Son memorables las palabras que en las horas tristes del Desastre dirigió Ramón y Cajal a los jóvenes españoles: "Y tú, juventud estudiosa, esperanza de nuestra renovación, que te consagras al trabajo en estos luctuosos días de nuestra decadencia, no te desalientes.

Contempla en nuestra caída la obra de la ignorancia o de la media ciencia, el fruto de una educación académica y social funestísima, que ha consistido siempre en volver la espalda a la realidad, sumergiendo el espíritu nacional, a la manera del morfinómano, en un mundo imaginario lleno de fingidos deleites y de peligrosas ilusiones. So color de excitar la adhesión a la patria, o acaso por vanidad mal entendida, hemos ocultado siempre a la juventud, en el orden histórico, los defectos de nuestra raza y la virtud y valor del extranjero; en el orden geográfico y físico, la pobreza de nuestro suelo (inmensa meseta central, estéril, salpicada de algunos oasis y bordeada de una faja de tierra fértil), y la inclemencia de un cielo casi africano; en la esfera social y política, la indisciplina, el particularismo y el atavismo del caudillaje, es decir, el culto fetichista al sable que resurge de continuo como planta parásita en el terreno, firme al parecer, de nuestro régimen constitucional y democrático; en lo científico, filosófico, industrial y literario nuestra falta de originalidad y nuestro vicio de la hipérbole que nos lleva a honrar como genios a meros traductores o arregladores de ideas viejas o exóticas... Sé como Temístocles, a quien no dejaba dormir la gloria de Milciades. Considera todo descubrimiento importante traído de fuera como una recriminación a tu negligencia y a tu poquedad de ánimo... ¡Qué sería de la patria si tú no respondieses a su tierna solicitud, si te mostrases indiferente a sus anhelos y esperanzas!" Estas palabras de Verdad [92]debieron incluirse en todos los textos de lectura usados en España: trabajar para la ciencia. El porvenir de la cultura filosófica española está supeditado al desenvolvimiento previo de la cultura científica; los más grandes filósofos fueron, siempre, los más grandes sabios de su tiempo.

VI. –SINOPSIS

Desde fines del siglo XVIII hasta nuestros días, la España renacentista de Luis Vives aniquilada por la España teocrática de Francisco Suárez, intenta despertar en la Península con exigua fortuna. Contra el aislamiento antieuropeo de la teocracia, los renacentistas pugnan por la europeización cultural de España. Todo esfuerzo por salir de la escolástica católica, implica un anhelo de adaptación a la cultura científica y filosófica europea.

Dos veces se encarna en grandes hombres que igualan a los más ilustres del tradicionalismo dominante.

Frente a Balmes, es ético pedagógica con Sanz del Río. Frente a Menéndez y Pelayo es científico-naturalista con Ramón y Cajal.

El desastre de 1898 provocó un despertamiento de la conciencia española por tres siglos adormecida. Con Joaquín Costa comenzó a afirmarse el convencimiento de que era indispensable cambiar rumbos. A la ignorancia autóctona se sobrepuso el deseo de tomar contacto con la cultura científica moderna; a la pobreza gloriosa se intentó substituir la renovación de la técnica en las artes de la producción. Síntomas hay, muy alentadores, de que la europeización de España está en vías de realizarse:

por la Ciencia y por el trabajo.

Al mismo tiempo que la civilización suprime el ambiente de novela picaresca, la cultura española se aparta de la teología escolástica y se aproxima a las ciencias naturales. Esa evolución, lenta pero inevitable, permite augurar a España un nivelamiento filosófico con los países europeos. Y en su hora podrá pesar de nuevo en el pensamiento del mundo, con brillo y con acentos propios, como en los siglos de Isidoro, Averroes, Maimónides y Lulio.

---

[92] "No empecemos -no podemos empezar- nuestro renacimiento científica, filosófico, sobre la base de una tradición más o menos fantástica, aunque ella pudiera complacer a nuestros sentimientos patrióticos; la ciencia, como decía un gran maestro, D. Julián Sanz del Río es obra más que nada, de conciencia, y ésta debe decirnos que para redimirnos de nuestros pecados contra la cultura, hemos de presentarnos ante Europa y ante el mundo no altivos y retadores por lo que ni aun hicieron nuestros padres, sino amargados y arrepentidos de no tener ya hecho lo que la historia y nuestro honor de pueblo civilizado nos exigen al presente". -M. NAVARRO FLORES: Historia de la Ética, página IX-X, - Tarragona, 1913.